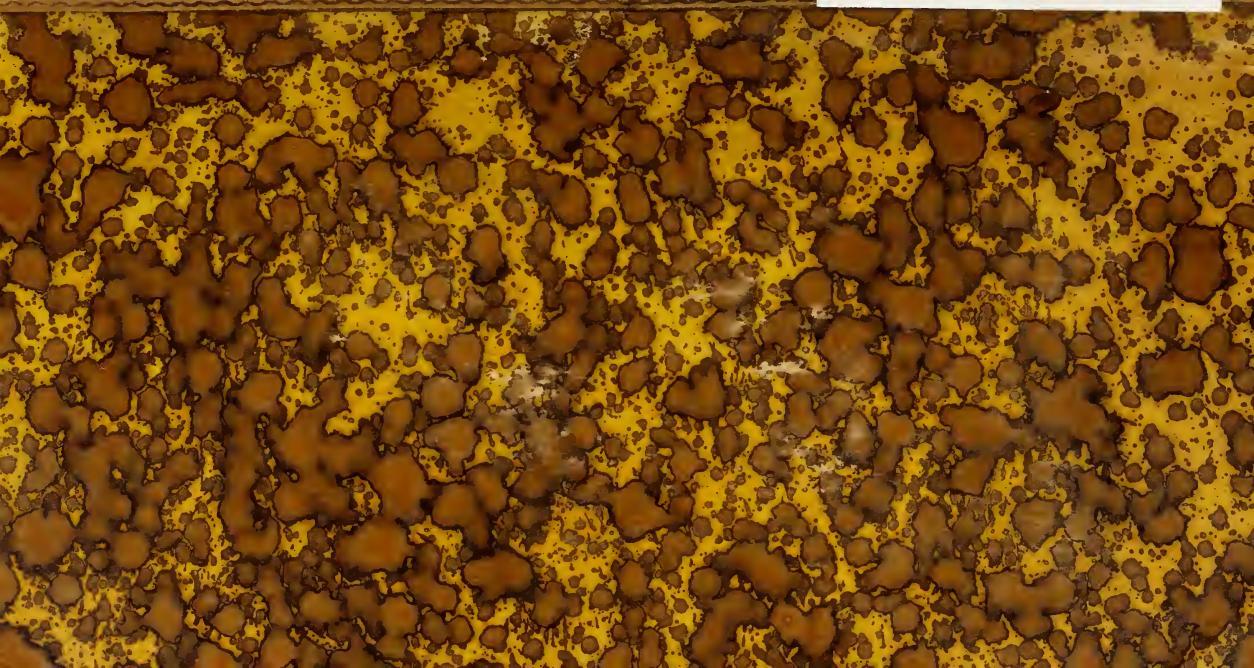
3 1761 09545150 6



MIGAJAS

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/migajas00lpez

J. José LÓPEZ SILVA

MIGAJAS

CON UN PRÓLOGO DE

SINESIO DELGADO

SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1898

306633

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

PRÓLOGO

¡Vive diez! (como diría
don Gil Blas de Santillana)
que hace tiempo tengo gana
de hablar de la poesía
castellana.
Y aprovecho la ocasión
de que mi amigo José
me pide una introducción
ó prólogo, ó no sé qué,
para echar mi cuarto á espadas
en los puntos esenciales
que tienen preocupadas
á las personas formales.
Pues señor,
se trata de averiguar
si en el siglo del vapor
es error ó no es error
ponerse á versificar;
si la Musa se ha cansado

de soplar, y ya no sopla,
y es un loco rematado
todo el que escriba una copla.
Supone la mayoría
de la gente
que ya va la poesía
decayendo lentamente,
y no encuentran nuestros vates
la inspiración de los cielos
con que hacían... disparates
nuestros ilustres abuelos.
Pero hace falta saber
para juzgar en conciencia
si con esa *decadencia*
se va á ganar ó á perder.
Yo, por mí (Dios me perdone
si digo una tontería),
creo que esa poesía
cuyo fin se presupone,
la que canta de manera
que no dice lo que quiere,
hueca, falsa, tonta y huera,
ésa... ¡vaya si se muere!
Y más vale que se muera.
¡Basta de versos forzados
y palabras rebuscadas
y pensamientos robados
y frases encopetadas!
¡Abajo esos pretenciosos
poemas interminables,
ampulosos,

pesados, inaguantables,
y esas odas *Á la idea*,
Al sol, *Al mar*, *Á María*...
porque eso no es poesía
ni importa que no lo sea!
La que siente las pasiones
y describe lo que siente,
no con pompa y relumbrones,
sino lisa y llanamente,
la que no gasta en el traje
percalina y lentejuelas
y habla el sencillo lenguaje
de salones ó plazuelas,
la que arranca al natural
su caudal
de lágrimas ó alegría,
de placeres ó de penas,
la que busca en sus escenas
verdad... esa poesía
que no se sale del centro
por rodeos ni recodos
¡cómo ha de morir, si todos
la tenemos allá dentro!
Pájaros, flores, espumas,
trinos, auras, brisas, brumas,
todo, afortunadamente,
cayó en la sima traidora
del olvido. ¡Ya era hora
de hablar como habla la gente!
Yo creo que esto es un signo
feliz. Lo fingido sobra;

como lo prueba esta obra
de que soy portero indigno.

—

López Silva es uno de esos
poetas de nuevo cuño
ingeniosos y traviesos
que van metiendo en un puño
á los versificadores
incorrectos, rimbombantes,
que cantan dudas y horrores,
escépticos, soñadores,
románticos vergonzantes...
Sin modelo que seguir,
libre, expresivo, genial,
dice lo que va á decir
y nunca lo dice mal.
Sobre todo,
sabe dibujar de un modo
la gente de gorra y faja
que grita, riñe, trabaja,
tima, se emborracha y pega,
que en este punto quizás
nadie le aventaja... más
que Ricardo de la Vega.
Cuando hace hablar á esa gente
de rompe y rasga, el ambiente
de Lavapiés le satura
y al lector se le figura
mayormente
que la está viendo delante...
Y es que pinta la verdad

con esa desesperante
difícil facilidad
que ya quisiera yo ver
en algunos caballeros
que tardan años enteros
en pulir y componer.

—

Tal vez haya algún error
en mi modo de pensar,
porque profeso al autor
devoción particular;
pero permitid que crea
(sin la idea
de adular, ni por asomo)
que ha de gustar este tomo
muchísimo al que lo lea.
El título solamente
creo que no está bien puesto,
porque va á creer la gente
que es demasiado inmodesto;
y el argumento es sencillo:
—¿Migajas estas alhajas?
Pues si éstas son las migajas,
¡cómo será el panecillo!

Sinesio Delgado.

Enero de 1890.

¡OH, EL HONOR!

Á MI BUEN AMIGO CAMILO BARTRINA

Á pesar de los años transcurridos
no ha podido saberse con certeza
si el muy noble don Juan de Casarrubios,
conde de Pradofiel y Villaluenga,
tendría ó no motivo suficiente
para dudar de la virtud de aquella
que tantísimas veces le jurara
fidelidad eterna;
pero es lo positivo que una noche
se ocultó en el *boudoir* de la condesa
y en flagrante delito de adulterio
la sorprendió impertérrita
con el no menos noble y distinguido
barón de Miraflores de la Sierra.
Á punto estuvo el ofendido esposo
de hacer un disparate que sirviera

de sabrosa lección á los casados
con mujeres livianas y coquetas;
pero pensando al fin juiciosamente,
como los hombres de criterio piensan,
se dijo: «Tente, Juan, y no te pongas
al nivel de la gente sin vergüenza
que busca en el revólver ó la faca
solución inmediata á las ofensas.
Nada de barbarismos que rebajen
tu propia dignidad. Cálmate y piensa
que entre nobles, los lances de esta especie
se deben resolver de otra manera.»
Esto dijo, mandó salir al otro,
que tenía un *mieditis* de primera,
y con frases muy cultas, por supuesto,
puso de oro y azul á la condesa.

. . . . . .

Según cuentan las crónicas,
cuatro días después de aquella escena
pidió una explicación el agraviado
al barón que el ultraje le infiriera;
y éste, que como noble
estaba educadito á la alta escuela
y manejando el sable y el florete
era la admiración de sus colegas,
le dió un pinchazo en hueso, que no tuvo
por fortuna sensibles consecuencias.
Total· un agujero y un apósito,
cuatro días de cama, tres de dieta
y una honra que, según los elegantes,
quedaba como nueva.

Sin embargo, es lo cierto
que desde aquella fecha
tantas y tantas veces
faltó la ilustre dama á la decencia,
y al dar satisfacción al ultrajado
tuvieron los amantes tal destreza,
que el ínclito don Juan de Casarrubios,
conde de Pradofiel y Villaluenga,
vive con el honor hecho una lástima
y con el noble cuerpo hecho una breva.

—

Aplaudan los casados con mujeres
livianas y coquetas
al honorable y distinguido conde
que así las leyes del honor respeta,
y después que se cansen de aplaudirle,
bueno será que cada cual proceda
á comprarse un revólver ó una faca,
por si se ve como él. (¡Dios no lo quiera!)

PREDICAR EN DESIERTO...

—Pero, mujer, si comprendes
que ese hombre es un sinvergüenza,
¿por qué no te *desapartas*
de una vez? ¿Ó es que tú esperas
á que cambie?
—Sí, señora.
—¡Pues entonces, estás fresca!
Yo le conozco, y me *costa*
que el mejor día te suelta
dos *patás* en el estómago,
ú en otro sitio cualquiera,
y te lisia. No lo tomes
á broma, porque es muy bestia.
—¿Y qué me importa, si yo
le quiero?
—*Mas* que le quieras
no debes vivir con él
ni dos días *tan siquiera*,
porque el hombre que permite

que una mujer le mantenga
con el sudor de su cuerpo
no puede hacer cosa buena.
—Según y conforme.
—Mira,
tú has perdido la chabeta
por él, y va á sucederte
lo mismo que á la *Almejera*
con Melitón; es decirte
que, siguiendo así, te quedas
en pelota.
—Pero, madre,
mediando ya lo que media,
¿cómo le dejo?
—¿Que cómo?
¡Pues de cualisquier manera!
¿Tienes algún compromiso
firmao pa que Bruno pueda
obligarte á hacer la burra?
¿No le tienes? Pues ¡so bestia!
chafa con él, y que busque
por ahí otra primavera
pa que le llene la *andorga*,
igual que tú se la llenas
hace un año.
—Bueno, madre,
no me dé usté la jaqueca,
haga usté el favor.
—Pero, hija,
¡ten *círculo tan siquiera*!
¿Es justo que tú trabajes

talmente como una perra,
pa sacar, sudando pringue,
tres miserables pesetas,
y que él se las gaste en vino
ú en otras cosas más feas,
es un *supongamos?* Díme:
¿no te da mala vergüenza
ver cómo vas, porque nunca
puedes comprarte una prenda,
mientras tanto que él se luce
con la cazadora nueva,
y gasta y triunfa lo mismo
que un duque? Mira, *Grabiela:*
á ti lo que te hace falta
es un sujeto que pueda
pagarte la *mantención*
y tenerte con decencia,
másime más, cuando sabes
que esto no impide que quieras
á quien á ti *te se* antoje,
con tal de tener prudencia.
—¿Sabe usté lo que la digo?
Que ya tengo la cabeza
igual que un bombo, de tanto
como usté me sermonea,
y que no me da la gana
de aguantar que nadie venga
armándome *toos* los días
broncas y marimorenas.
Métase usté en sus asuntos,
que es lo que le tiene cuenta,

y deje usté que *ca* quisque
viva como le parezca
que debe vivir.
—La culpa
la tiene quien se interesa
por animales, sin pizca
de educación ni vergüenza!
¡Así te reviente!
—Bueno.
¿Y á usté qué, si me revienta?

UNO DE TANTOS

I

Con los *pieses* metidos en almadreñas
y la ropa cuajada de costurones
y la cara cubierta de pelusilla
y las manos llenitas de sabañones,
caballero en un burro sucio y enteco,
desde un triste villorrio de cien vecinos
vino Pancho á la corte, veinte años hace,
á servir á un tendero de ultramarinos.
Pasóse un par de lustros, próximamente,
en continuado trato con fregatrices,
y sólo aprendió en este tiempo citado
á meterse los dedos en las narices.
—¡Soy un burro!—decía cierta mañana—
y sé que trabajando no haré carrera.
¡Es preciso agenciársela con otra cosa!
¡Es forzoso buscarla de otra manera!

II

. . . . . .

. . . . . .

Vió el tendero á su chica pálida y triste,
y buscando las causas ávidamente,
tropezaron sus ojos en un detalle...
¡qué detalle, Dios mío, más elocuente!...
—¡Él ha sido el bellaco!—gritó furioso.—
¡Él ha sido el causante, no cabe duda!
Y cogiendo al buen Pancho por el cogote,
le pegó una paliza morrocotuda.
Pero al final, velando por su buen nombre,
el ofendido padre, dado al demonio,
pasados cuatro meses de aquella escena,
casó á la *frágil* niña con el bolonio...

. . . . . .

Y el que vino á la corte con almadreñas
y la ropa cuajada de costurones
y la cara cubierta de pelusilla
y las manos llenitas de sabañones,
caballero en un burro sucio y enteco,
desde un triste villorrio de cien vecinos...
hoy tiene una consorte bastante guapa
y tres ó cuatro tiendas de ultramarinos.

LA CANCIÓN DE SIEMPRE

—¡Sebastián!
—¿Qué?
—¡Vamos, hombre!
Que ya son las ocho dadas,
y me *paece* que no es hora
de estar metido en la cama.
¿Oyes lo que digo?
—Lo oigo.
—Pues á ver si te levantas,
y no me das la jaqueca
como todas las mañanas.
—Bueno, cállate.
—Si *fuese*
pa irte por ahí de *jarana*,
pué que no necesitases
tanto *pa* mover la raspa;
pero *pa* ir á la *ofecina*
tomas la cosa con calma,

y ni Dios te echa del catre,
cuantimás persona humana.
¡Pues no se ha vuelto á dormir
otra vez el *gandumbazas!*
¡Sebastián!
—¡Que no me chilles!
—¡Pero hombre!...
—¡Á ver si te *largas!*
Te he dicho cincuenta veces
que cuando estoy en la cama
no quiero que me den música,
y menos música mala;
conque andando.
—Tú te empeñas
en perder cada semana
seis jornales y en que yo
vaya siempre hecha una *guarra,*
y lo consigues.
—¡Felipa,
que te tiro una alpargata
si me calientas! Más vale
que me dejes dormir.
—¡Lástima
que no te duermas *pa* siempre,
so morral!
....
....
—Trae la *cofaina.*
¿Qué hora es?
—Las once.
—¡Las once!

¡Maldita sea tu estampa!
Vamos, hombre, si no fuese
porque estás *adelantada*,
te daba así en los hocicos
como hay Dios.
—¡Tendría gracia!
—¿No estoy *cansao* de decirte
que no quiero caer en falta
ningún día? Pues entonces,
¿por qué no entras y me llamas,
si sabes que en cuanto te oigo
ya estoy fuera de la cama?
¿Ó es que buscas que *haiga* bronca?
¡Porque es muy fácil que la *haiga!*
—¡Hay que tener en el mundo
toda tu *poquisma lacha*
pa venir *entodavía*
con insultos y *fanfarrias*,
después de que he *estao* dos horas
lo mismo que una carraca
dándote murga en el cuarto
pa ver si te levantabas!
—¡Bueno! ¿Sabes lo que digo?
—¿Qué?
—Pues que hoy no tengo ganas
de cuestión, y *pa* que veas
te perdono.
—¡Muchas gracias!
—Pero lo que es si otro día,
pongo por caso, mañana,
no estoy en la fundición

á las seis, como Dios manda,
salimos en los papeles.
—¿De *verdá*?
—Por estas; *¡mialas!*

AL SEÑOR MARTÍNEZ

Aunque á nadie le importe,
decirlo quiero.
Este señor Martínez
es mi casero.

¡Señor Martínez! Por los dolores
de la bendita Madre de Dios,
ponga usté coto sin perder tiempo,
con una enérgica disposición,
á los excesos casi brutales
de estos vecinos sin pundonor.
¿Usté no sabe, señor Martínez,
lo que sucede con ellos? ¿No?
Pues bien, sucede que hace ya un año,
cuando aún apenas alumbra el sol,
el caballero que vive enfrente
del entresuelo que ocupo yo
se sube al cuarto del inquilino
de la buhardilla número dos,
y uno en guitarra y otro en bandurria,

pese á quien pese, se dan charol
haciendo escalas y tonterías
que á mí me parten el corazón.
Luego, el del bajo de la derecha,
que es casi casi compositor,
ha escrito un *schottis* bastante feo
que se titula *Chas de Lamott.*
Además de esto, que acabaría
con la paciencia del mismo Job,
el del primero toca el armonium,
el del segundo toca el fagot
y el del tercero las castañuelas
y el manucordio y el acordeón.
Dos señoritas del otro bajo,
sobrinas de uno que trata en cok,
tocan al piano varios fragmentos
de la *Lucia de Lamermoor*;
y, en fin, el chico de la portera,
que es un insigne melocotón,
cuando no llora, ni corre ó juega,
ni tira coces, ni alza la voz,
se pasa el tiempo dando golpazos
sobre los parches de su tambor
precisamente junto á la puerta
del entresuelo que habito yo.
No hubiera dicho ni una palabra
de estos salvajes; pero ¡por Dios!
¡Si todos tocan alguna cosa,
y todos tocan de un modo atroz!
....
Ya usté conoce, señor Martínez,

mi exagerada circunspección;
pero me chinchan de tal manera
las señoritas y el del fagot,
y el individuo de la guitarra
y el caballero compositor
que si á estas músicas no da usté término
con una enérgica disposición,
la emprendo á tiros con los culpables,
lo mismo que una y una son dos.

UNA CONSULTA

—Bueno, ¿qué es lo que usté quiere?
—Pues mire usté, yo quisiera
dar pasaporte al comercio,
porque veo que no es esa
mi vocación. Tengo ya
la seguridad completa
de que vendiendo crudillos
y terlices y bayetas
tuerzo mis inclinaciones
y no me gusta torcerlas.
—Bien hecho, porque supongo
que tendrá usté otra manera
de vivir honradamente,
cuando de ese modo piensa.
¿No es cierto?
—Claro que sí.
Á mí me tiran las letras.
—¡Hola!
—Y estoy persuadido

de que en cuanto me resuelva
y publique en los periódicos
los versos de mi cosecha,
voy á quitar muchos moños.
—No digo que no.
—De veras.
—¿Ha escrito usté mucho?
—¡Digo!
Ya lo creo; si usté viera...
Tengo ya un montón así
de composiciones sueltas.
¡Como que todos los días,
después de limpiar la tienda,
me pongo á tirar de pluma
y no levanto cabeza
hasta que hago, por lo menos,
una ristra de cuartetas!
Al principal no le gusta
que yo cultive las letras
con tanto ardor, porque dice
que le descuido las ventas
y además tengo los géneros
de un modo que da vergüenza;
pero esto es inevitable,
porque, amigo, no me deja
la inspiración. Muchos días
estoy barriendo la acera,
pongo por caso, y de pronto
me se viene á la cabeza
un pensamiento sublime
con el cual hago un poema

en menos de diez minutos.
—¡Canario!
—Así, como suena.
¡Ca, si tengo una soltura!...
En fin, es tan estupenda
mi facilidad, que á veces
versifico aunque no quiera.
Anoche, sin ir más lejos,
me compró dos camisetas
la señora de Colindres,
una parroquiana nuestra
que tiene casa de huéspedes
en la calle de la Greda,
treinta y ocho duplicado,
principal de la derecha,
y la despaché en romance,
pero así, sin darme cuenta.
Si mi padre, que esté en gloria,
no hubiera sido tan bestia,
vaya usté á saber la fama
que yo tendría á estas fechas;
pero claro, al infeliz
se le puso en la cabeza
que despachando retores
hace fortuna cualquiera,
y no tuve más remedio
que apencar con sus ideas.
. . ..
¿Conque á usté qué le parece
mi resolución?
—Muy buena.

¿Cómo está usté de gramática?
—Hombre, no estoy fuerte en ella.
—¿Sabe usté latín?
—Ni pizca.
—¿Y francés?
—Ni media letra.
—¿Tiene usté conocimiento
de los clásicos?
—Apenas.
Conozco á Chas de Lamotte
y á Sañudo Autrán.
—¿De veras?
Pues se me ocurre una cosa.
—¿Cuál?
—Que siga usté en su tienda
vendiendo madapolanes
y crudillos y bayetas,
sin olvidar, sobre todo
si la inspiración le asedia,
que no se hace el chocolate
para mulas de colleras.
—¡Usté me insulta, don Rufo!
—¡Cállese usté, sinvergüenza!

SALDO DE CUENTAS

¡Sastre de condición dura:
me tortura
tu pertinaz insistencia!
¿Por qué razón, criatura,
me mandas con tal frecuencia
la factura?
¿Por qué eres tan exigente,
si sabes que me revienta
el tener constantemente
en mi casa al dependiente
con la cuenta?
¿Te van á sacar de apuros
los diez duros
que de un modo tan grosero
no cesas de reclamar?
¿Que sí? ¡Qué te han de sacar,
embustero!
¿Acaso cuando me hiciste

la ropa no me dijiste
con frase dulce y sincera,
sin traba ni cortapisa:
«Págueme usted cuando quiera.
No corre ninguna prisa?»
¿Y á pesar de que te sales
de lo que tratado está,
en seis años, dí, Perales,
no te he dado á cuenta ya
treinta reales?
¿Además, no te aseguro,
como cumple á un hombre honrado,
que el pico que no has cobrado
lo cobrarás de seguro
el día menos pensado?
¿Á qué, pues, si en puridad
aún no te he faltado yo,
haces eso? La verdad,
no tienes formalidad
ni Cristo que lo fundó.
¿Que quizá lo mismo haría
yo en tal caso? Tu osadía
no es fácil que me convenza.
¿Yo hacer lo que tú? ¡Vergüenza
me daría!
Tengo gente que me abona,
porque ya sabe la gente
que yo soy una persona
muy decente,
y haces una insensatez,
que en tu ignorancia se escuda,

al querer poner en duda
mi honradez.
¿Que por qué á obrar de este modo
cínicamente me atrevo?
¿Que por qué no pago todo
lo que debo?
¿Que por qué soy un pillastre?
¿Que por qué no doy razones?
¡Yo no entro en explicaciones
con un sastre!
No me pongas en un duro
trance con ese rigor
y ganarás, pues te juro
por mi honor,
que cuando logre alcanzar
un destinillo que espero,
tú vas á ser, Baltasar,
el primero
(que se quede sin cobrar).
Mas si porque te convenga
me mandas el *documento*,
no esperes que me contenga:
¡nada, al primero que venga
le revientol

ROMPIMIENTO

—Mira, mañana te espero
junto á la cacharrería
de Onofre; si quieres, bajas,
y si no, te estás arriba.
—Pero dí, ¿por qué no subes?
—Porque tu madre, Francisca,
es muy bestia, y yo no quiero
tratar con caballerías.
—No la faltes.
—Ca, si la hago
mucho favor *entoavía;*
sólo que tú, por lo visto,
vas haciéndote muy fina,
y te *atufas* en cuanto alguien
se mete con tu familia.
¿Me ofendo yo cuando dicen
algo malo de la mía?

¡Nunca! ¿Por qué he de ofenderme,
si es *verdá too* lo que digan?
—Bueno, ya sé que lo que haces
con todas esas pamplinas
es preparar el terreno
para buscar la salida.
¿No te parece?
—Lo que hago
es tragar mucha saliva.
—¿Por qué?
—Porque no me quieres,
ni me has querido en tu vida.
—¡Qué casualidad!
—Pues claro.
Vamos, al que se le diga
que después de cuatro meses
de relaciones *continuas*
estamos, como quien dice,
lo mismo que el primer día...
—¿Quieres variar? Nos casamos
y verás cómo varías.
—Me da vergüenza.
—Lo creo;
y hasta ver si *te se* quita,
¿pa qué has de buscar mujer
si puedes tener...
—¡Francisca!
—Como tienes la costumbre
de tratar con la *Donisia*,
que es tan *frígil*, no me extraña
que andes á caza de *primas;*

pero te *azvierto* una cosa.
—*¿Cuála?*
—Que á esta personita
no hay quien la toque en el mundo
sin ir á la Vicaría.
—Pues *pa* rato tienes.
—Bueno.
Así como así, *entoavía*
no *nesecito*, á Dios gracias,
que ningún hombre me vista,
ni que me dé *pa* el casero,
ni que me compre sortijas,
como esa golfa perruna
que tú conoces.
—¡Ay, chica!
Cualisquiera que te escuche
se va á pensar que eres hija
de algún príncipe lo menos.
—Toma, otras cosas habría
más difíciles.
—¿Pues sabes
que, en cuanto que te decidas
á quererme, voy á ser
un personaje, Francisca?
—Pero como que no pienso
decidirme mientras viva,
te quedarás de lo que eres:
de *méndigo* y compañía.
.....
—¿Lo has *pensao* bien?
—¡Me parece!

—De modo que...
—¡Ni tan *prima!*
Eres muy poquita cosa;
ya te lo he dicho.
—Pues mira,
voy á ver si encuentro un duque
y te le traigo en seguida;
pero será conveniente
que te pongas ropa limpia,
porque le va á dar mucho asco
si te ve así, tan cochina...
—Hombre, vaya usté... á paseo,
so boceras.
—¿Pican? ¿pican?...

MÁXIMAS, REFLEXIONES Y CONSEJOS

Si tienes unas botas y están rotas,
no te aflijas y cómprate otras botas.

Santa Teresa de Jesús.

—

Hurgarse las narices no es decente,
sobre todo delante de la gente.

Lord Byron.

—

No trates de buscar mujer ajena,
porque ofendes á Dios; pero, no obstante,
si se te pone á tiro alguna buena,
déjate de pamplinas y adelante.

El sentido común.

—

¿Quién sería el morral
que inventó los relojes de metal?

Un rata.

—

No pagues á los sastres en tu vida,
porque es gente muy poco agradecida.

Shakespeare.

—

Nos hablan del honor hombres de peso.
¡El honor!... ¿Y qué es eso?

Un político práctico.

—

Predica como yo la moral sana,
pero haz después lo que te dé la gana.

Muchos.

—

Aquel que en dulce calma vivir quiera
nunca debe salirse de su esfera.

Carlos Albarrán (El Buñolero).

—

Si te chincha el calor en el estío
y estás apuradillo de dinero,
resígnate y espera que haga frío,
que yo también espero.

Mangue.

—

La familia. El hogar santo y bendito.
El abrazo amoroso. El dulce beso.
Todo eso es muy bonito,
¡pero qué bien se está sin nada de eso!

Un viudo.

—

¿Pecadora y después arrepentida?
¡No lo he visto en mi vida!

Una señora bufa.

MADRILEÑERÍAS

—Vaya, *tiés* que convencerte
de que no bailas un pito,
y eso que presumes tanto.
—Claro, porque no te arrimo
la cara, como esas otras
señoras... de regadío.
¿No es *verdá*, Ginés?
—No es eso.
Es que ni *pa* Dios consigo
que marques el molinete
cuando te bailas conmigo.
Ahí *tiés* á Inés *la del grano*
y á Benita *la del chirlo*,
que cuando agarran á un hombre
le hacen perder el sentido;
pero no es más que por eso,
porque se traen el estilo

que hace falta *pa* que queden
los hombres agradecidos.
—¿Tienes más que irte con ellas?
—Claro que me iré.
—Pues chico,
así como así, me carga
tener que bailar contigo,
sobre todo en el verano,
porque eres un poco tímido
para el aseo, y me llenas
de grasaza los vestidos.
—¿Los de gro?
—No son de gro,
pero *pa* el caso es lo mismo.
Vamos, y si *tan siquiera*
te *lavases* los domingos,
menos mal; pero es que tú
no te humedeces el físico
más que cuando llueve.
—Oye;
mucho *cuidao* con el pico.
—Y es la *verdá*.
—Bueno, calla
y escucha lo que te digo:
hoy es la función del barrio.
—Lo sé.
—Y con este motivo
habrá procesión, y fuegos,
y cohetes, y novillos,
ecétera, y por lo tanto,
vendrá la mar de gentío

como de costumbre...
—¡Bueno!
—Lo cual te lo participo
porque tú eres muy amiga
de timarte con *too* Cristo,
y yo tengo malas pulgas
cuando me toman de pito. .
—Dale muchas expresiones.
—Es que si *tiés* un descuido,
verbo en gracia, con cualquiera,
te hago pupa en los hocicos.
—¡Qué horror!
—Eso. Y ahora vamos
á montar en el Tío Vivo,
á fin de que se nos bajen
los caracoles y el vino.
—Yo no monto.
—¡Me hace gracia!
¿Que no montas? Ahora mismo.
¡Pues no tienes tú ganillas
de columpiarte conmigo!...

UN HOMBRE CORRIDO

—Chico, me extraña que tengas
humor *pa dir* á los bailes
entodavía.
—¡Qué quieres!
Hay aficiones que nacen
con tanta fuerza, que duran
hasta que te ves cadáver
y *agusanao*.
—Sin embargo,
ya debías retirarte
de una vez.
—No soy tan viejo,
gracias á Dios, *pa* privarme
de ciertos goces.
—No lo eres;
pero es que tú *principiastes*

á correr ant's de tiempo
y estás muy *cascao*.
– No le hace.
—Y ya *tiés* que andar buscando
martingalas *pa* peinarte
de forma que no te vean
el brillo del cuero, Práxedes,
y padeces del estómago
y estás lleno de alifafes
y no vales dos pesetas
á pesar de tus alardes,
que *aquellos polvos traen estos lodos* (la *verdaz* más grande
que se ha vertido en el mundo
desde que existen refranes).
—Algo hay de razón en eso
que dices, porque no en balde
llevo treinta y pico de años
disfrutando más que un chantre
de *too*; pero si resulta
que he perdido en facultades
físicas, y en circunstancias,
y en humor, una gran parte
desde que éramos los reyes
del *Salón de Capellanes*,
y se rifaban las hembras
nuestras gracias personales,
he *ganao* en otras cosas
pa mí más indispensables
por hoy: en golpe de vista,
y en oratoria y en arte

pa chalar á las mujeres
y llevármelas de calle.
¿Comprendes? Quiero decirte
con esto que, sin malgaste
de la *saluz*, hoy disfruto
pa el caso lo mismo casi,
porque nunca yerro el golpe.
De manera que lo que antes
lograba con aquel físico
que hizo que me titulasen
el Querubín de la Cuesta
de los Caños, como sabes,
en la *aztualidad* lo *azquiero*
con dos onzas de jarabe
de pico. Por consiguiente,
lo que es la mujer que baile
conmigo *na* más que un *chotis*
y me permita que la hable
tan siquiera diez minutos
por lo bajo... ¡que me maten
si no queda interiormente
más *estropeá* que el *Maine!*
Porque ya habrás comprendido
que *ca* palabra que sale
de mi boca es un torpedo,
según los destrozos que hace.
En fin, chico, la otra noche
me soltaron esta frase:
¡Eres un hombre que tiras
de espaldas! con que me *paece*
que esto corrobora un poco

mi dicho.
—Quizás te engañen
las ilusiones.
—¡Ya empiezas
á molestar!
—No te enfades,
y cuéntame lo que *hicistes*
el martes.
—Pues bien, el martes
de Carnaval, como á cosa
de las dos, cogí el portante
y me largué á la Zarzuela
pian pian, después de atizarme
varios golpes de Monóvar,
como aconsejan los cánones,
porque *pa* ver bien los bultos
es menester alumbrarse.
—¡*Chipén*! ¿Y te *divertistes*?
—Esas preguntas se le hacen
al mocoso que concurre
por primera vez á un baile,
pero no al hombre que tiene
resentidos los ijares
de correr en este mundo
juergas de distintas clases.
—¡Perdona si te lastimo!
—¡Ya estás *perdonao*, Melquiades!
—¡Gracias!
—Pues me fuí vestido
de diablo, porque es un traje
sencillito y económico

y *desahogao*.

—Y elegante
si me apuras.

—Y de cierta
novedad en lo que cabe,
dao lo que vemos hoy día.
—Y hasta defensivo casi,
porque si te ven el rabo
digo yo que no es tan fácil
que te ofendan, como *diendo*
de istitutriz ó de fraile.
—Sobre *too* cuando se lleva
con el interior de alambre,
como yo.

—¡Valiente pájaro!
—¡La *práztica*!

—¡*Mia* que sabes!
—¡Regular! Con que penetro
justamente en el *istante*
de empezar una mazurka
de esas que encienden la sangre,
y *mia* tú si tengo suerte,
que no hago más que asomarme
cuando ¡pum! *me se* presenta
Concha, la de los lunares,
que entraba en aquel momento
con su *respetiva* madre.
¿No la conoces?

—No caigo.
—¿No? ¡Pues estás en pañales!

—¿Por qué?
—¿Tú has visto la cara
que le pintan al arcángel
San *Grabiel*?
—Aún no he tenido
proporción.
—Entonces, bástete
con saber que ésa es la cara
de un mozo del *Fiel Contraste*
al *lao* de la de la Concha.
Ya es algo *pureta*, ¿sabes?
porque va *pa* los veintiocho
lo menos, pero ¡qué carnes!...
¡Y qué bien distribuídas
al parecer! ¡Y qué andares!
¡Y qué dientes más bonitos!
¡Y qué labios más charranes!
¿Y las cosas que te dice
solamente con clavarte
los ojos, que cuando miran
destilan azúcar cande?
¿Y aquella hechura de cuerpo?
¿Y los movimientos que hace
cuando baila con personas
de su agrado?
—¡Vamos, cállate,
que le soliviantas á uno
la *materia*!
—¡Sí que es fácil!
Bueno, pues fuí donde estaba,
y estirando así los *dátiles*,

y arreglándome los cuernos
y poniéndome muy grave,
la dije, sin más pamplinas:
—*¿Hacemos eso, comadre?*
—*¿Cuálo?*
—*Bailar unas miajas.*
—*¡Por qué no!*
—*Lo que usté mande.*
Conque la mujer se vino
pa mí; la cogí del talle
con la finura del mundo,
pero con estilo y arte;
se recostó la cabeza
en mi pecho, no sin que antes
no me pidiera permiso
con los ojos, y al *istante*
principiemos á dar vueltas...
y allí verías tú clase
superior y filigranas,
y *calaos* y habilidades,
y decir los concurrentes:
¡Vaya calóricol y *¡Ande*
la elasticidaz! y *¡Vivan*
las caderas dislocantes!
y otras muchas expresiones
que no deben mencionarse...
.....
Total: que llega el descanso,
subimos al *restaurante*,
me confiesa que está débil,
yo la digo: *¡No repares!*

Se resiste, me incomodo,
y al fin, *pa* no desairarme
la pobre muchacha, cena
valor de veintitrés reales.
Viene el camarero, cobia,
se oye el principio del *valse*,
y cuando ya nos bajábamos
más locos que dos pardales,
va y se aparece *el Esteta*
de improviso, y acercándose
sin darnos las buenas noches,
porque hay sujetos muy cafres,
la dice con malos modos:
—¡*Arza pa casa, que es tarde!*
—¿Y se la llevó?
—¡Pues claro!
—¿Y tú qué *hicistes?*
—Callarme.
—Muy mal hecho.
—¡Pero, primo,
no ves que están *pa* casarse!
—¿Y por qué le han puesto *Esteta?*
—¡Porque es tonto de remate!
.....
—Pues sí que te *divertistes*
un porción.
—¡Ya ves! Hay *panflis*
que se están toda la noche
dando vueltas por el baile
sin tropezar con ninguna
mujer que valga dos reales,

y yo en seguida que piso
la alfombra, pues ya se sabe,
¡la nata!
—Porque tú llegas
y las dices cuatro frases
de *doztor*, y las fascinas.
¡Hay seres *escecionales*!
—¡Es que uno es hombre de *práztica*!
—¡Y además que tú *tiés ángel*!
—¡Y sobre *too* mucha suerte!
— ¡Y gusto *pa* los disfraces!
—También.
—¿Qué? ¡*Too* contribuye!
¡No vayas á figurarte!

Vía-Crucis.

—¿El director?...
—Servidor.
—Yo soy Valentín Aguado,
el joven recomendado
de Ruiz el apuntador.
—¡Ah, vamos!...
—Y la verdad,
he venido porque quiero...
—Póngase usted el sombrero.
—Gracias; es comodidad.
Pues sí, señor, he venido
de seguro á molestarle,
porque voy á presentarle
un drama que he concluído,
para ver si usté le estrena
cuando tenga ocasión. Esto
claro está que en el supuesto

de que merezca la pena.
—Dificilillo será,
porque tenemos bastante
trabajo, pero, no obstante,
si el drama es bueno se hará.
¿Cuántos actos tiene?
—Dos
con prólogo, y se titula
Los dolores de una chula
ó buenos te los dé Dios.
—Corriente. ¿Y hay mucha gente?
—No, señor; hacen el drama
dos galanes, una dama
y el barba.
—Perfectamente.
Vaya, déjemelo usté
y hacia el veinte ó veinte así
se pasa usté por aquí.
—Muchas gracias.
—No hay de qué.

***

—¡Hola, don Lino!
—Adelante.
—¿Ha visto usté aquello?
—Sí.
—Bueno, ¿y qué?
—Pues hombre, á mí

me ha *resultado* bastante.
Tiene un asunto perverso,
pero la prosa es preciosa.
—Dispense usté, no está en prosa.
—Bien, quiero decir el verso.
– ¡Ah, vamos!
—Pero la dama
me dice que hasta la fecha
no se halla muy satisfecha
con el reparto del drama,
porque la obligan á ser
con el papel que le dan
madre del primer galán.
—¿Y eso qué tiene que ver?
—Tiene mucho, porque, amigo,
aunque se empeña su padre,
ella no quiere ser madre
con nadie más que conmigo.
De modo que no hay tu tía,
lo tiene usté que arreglar
llevándose el ejemplar
y haciéndola madre mía.
Esto casi es arbitrario,
pero, joven, sepa usté
que la dama es... no sé qué
de un hijo del empresario,
y si ella no se conforma,
para que el drama se estrene
sin obstáculos, conviene
hacer pronto la reforma.
De esta manera quizá

podremos darle salida.
—¿Pero en seguida?
—En seguida.
—Bueno, pues se arreglará.

***

—Diga usté, ¿se puede ver
al señor García ó no?
—En casa está, pero yo
creo que no podrá ser,
porque se ha quedado en cama
con un fuerte constipado
y...
—Bien, dígale que ha estado
el caballero del drama.

***

—¿El señor?...
—Hace un momento
que ha salido.
—¡Me ha partido!

***

—¿El...
—También hoy ha salido.
—¡Caramba, cuánto lo siento!

***

—Acaba de irse al teatro.
—Corriente, pues volveré.

***

—Ha dicho que venga usté
mañana de tres á cuatro.

***

—Le han convidado á almorzar
y ha tenido que salir.

***

—Ya no tardará en venir;
si le quiere usté aguardar...
—No puedo, porque me espera
cierto negocio, señora,
pero antes de un cuarto de hora
volveré.
—Como usté quiera.

***

.....
.....
—Sí, señor; ya que he tenido
la fortuna de encontrarle,
debo de manifestarle
claramente que he venido

á que me diga usté, por-
que tengo interés en ello,
si piensa estrenar *aquello.*
—¿Cuál?
—Mi drama.
—No, señor.
—¡Hombre!
—Pudiera estrenarse,
pero no quiero.
—¿Por qué?
—Porque, como sabe usté,
ya está para terminarse
la campaña teatral,
y comprendo que no tiene
cuenta que el drama se estrene
en la temporada actual.
—¡Caramba! Y yo que creía
que se haría...
—¡Qué locura!
Dígame usté, criatura,
¿no es una majadería
que por ser usté impaciente
hagamos un mal papel
y esté el drama en el cartel
dos noches escasamente,
teniendo más condiciones
que algunos otros muy buenos
para resistir lo menos
treinta representaciones?
—Sí, pero yo...
—Nada, nada,

suceda lo que suceda,
la *cosa* de usté se queda
para la otra temporada;
y puesto que ha de sobrar
mucho tiempo, convendría
bastante que cualquier día
cogiera usté el ejemplar,
y después de quitar la última
frase que contiene el prólogo,
cortara usté mi monólogo
de la escena antepenúltima.
—Bien, pero por caridad
no me tenga usté en olvido;
¡mire usté que se lo pido
con mucha necesidad!
—Márchese usté descuidado,
que no haré tal villanía.
—Pues adiós, señor García.
—Vaya usted con Dios, Aguado.

***

Portero, haga usté el favor
de entregar esto á don Lino.
—¿Qué don Lino?
—El inquilino
del principal interior;
y aunque no muy necesario,
dígale que volveré.
—Pues no se moleste usté,
porque se ha muerto.
—¡¡Canario!!

EL TESTAMENTO

(CUENTO ANTIGUO)

Por culpa de no se sabe
qué enfermedad interior,
encontrábase muy grave
Juan Pachín, el aguador,
y viéndolo necesario,
sin pérdida de momento
mandó á buscar un notario
para otorgar testamento.
Era una majadería
tal pretensión, pero, en fin,
cumplióse lo que pedía
el cuitado *Juan Pachín;*
y cuando vió al funcionario
público á su cabecera,
mentalmente hizo inventario
y le habló de esta manera:

—Dejo á mi cuñado Andrés,
el marido de Asunción,
la casa número tres
de la plaza del Cordón.
Al chico, que es actualmente
vigilante de Pontejos,
otra casa muy decente
del Pretil de los Consejos,
y á mi compadre Pascual,
por más que no es del oficio,
una junto al *Hespital*
y dos más frente al *Hespicio*.—
Hizo el buen notario en esto
un gesto de admiración,
y *Pachín*, sin ver el gesto,
prosiguió su narración:
—Dejo á mi hermano Manuel,
por mal nombre el *Desahogao*,
cuatro casas y un hotel
en la puerta de Bilbao.
Á mi abuelo, dos casuchas
en la calle de Alcalá,
por más que ya tiene muchas,
y no sé si las *quedrá*.
Y á Benito el *Maragato*,
como premio á sus favores,
dos en la calle del Gato
y una en la de Embajadores.—
Aquí *Juan Pachín*, por causa
del cansancio que sentía,
tuvo que hacer una pausa,

y el notario, aunque sabía
que cometía un desmán,
exclamó fuera de sí:
—¡Por favor, señor don Juan,
déjeme usté alguna á mí!—
Mas fué su ruego perdido,
porque aunque *Pachín* le oyó,
hízose el desentendido
y en seguida continuó:
—También dejo el *usufruto*
de la casa de ahí enfrente
á mi *cuñao,* que es muy bruto,
mejorando lo presente;
y á mi sobrino el menor,
ó si se quiere el más mozo,
el de otra muy superior
que hay en la calle del Pozo;
pero como no está ducho
en ciertas cosas dañinas,
ponga usté que tenga mucho
cuidao con las inquilinas.
Dejo al que es hoy mi ayudante,
por su buen comportamiento,
otra casa colindante
con el café de Fomento;
y.....—
El notario en este punto
renovó su petición,
y *Pachín*, casi difunto,
con santa resignación,
dijo:—Bien. No *haiga* rencillas.

Le voy á dejar á usté
dos casas en las Vistillas.
—¡Muchas gracias!
—No hay de qué.
Pero he de hacerle *oservar*...
—¿Qué?
—Nada, una tontería.
Que tiene usté que llevar
siete cubas cada día.

EN EL CORREDOR

(DE MADRUGADA)

—Buenos días, *señá* Pepa.
—Buenos días, *señá* Paca.
—¿Sabe usté qué hora será?
—Pues serán las cinco.
—Gracias.
Bien madrugamos.
—¡Ay, hija!
¿y qué quiere usté que se haga?
Jaboné ayer esta ropa,
y por *mor* de la colada
en cuanto dieron las cuatro
me levanté de la cama
muerta de sueño. No hará
lo que yo la suripanta
del piso segundo.
—Claro.

¡Como está recién casada!...
—¡Calle usté, por Dios, señora!
¡Qué ha de estar!
—¿Que no?
—¡De ganas!
—¿Qué dice usté, *señá* Pepa?
—Lo que oye usté, *señá* Paca.
Yo tengo mucho de aquí (1)
y no soy tan *inoranta*
como son *ustés*, ni tengo
las tragaderas tan anchas.
¡Casada la del segundo!
¿Sabe usté que me hace gracia?
—Eso dicen.
—Sí, señora.
También dicen que lo estaba
la peinadora del bajo
con el músico de marras,
y sin embargo, vivía...
como viven otras tantas.
Aquí para entre nosotras,
sepa usté que en esta casa
la que más y la que menos
no tiene pizca de *lacha*.
—Es *verdá*.
—Diga usté que una
es decente y no levanta

(1) *Mucho pesqui* es lo que quiere—decir la señora Paca.

Advertencia del autor—á las gentes mal ¡ ensadas.

calunias, como esa cursi
del otro pasillo.
—¿Cuála?
¿La mujer del *comendante*?
—Pues claro.
—¡Valiente guarra!
—Sí, señora. Más valía
que en lugar de estar de plática
todo el día con el sastre
del tercero, se cuidara
de lavar á sus chiquillos,
que van hechos una lástima.
—Ya lo creo; pero como
su marido es un bragazas
que nunca tiene *caráter*
para coger una estaca
y darla un pie de paliza
que le rompa un día el alma,
ya se ve, la mujer hace
lo que le da la *rial* gana.
—Podía dar con el mío,
que en cuanto que una le falta
ya la está poniendo á una
que no hay por dónde agarrarla.
—*Ú* con el de la del patio.
—Esa es otra que tal baila;
pero ande usté, que á esa tal
bien le zurran la pavana.
—No será por nada bueno.
—Como que es una borracha,
que en cuanto Dios amanece

ya está metida en la *tasca*.
Por eso huele á vinazo
y está siempre *delicada*...
—¡Hija, pues bonito ejemplo
le está dando á su muchacha!
—Tampoco le *nesecita*.
—¿Por qué?
—Porque es una alhaja...
—¿También?...
—¡Anda, ya lo creo!
Si dicen...
—¿Qué?
—¡Casi nada!
Dicen que...
—¡Jesús María!
Parece mentira que *haiga*
tanto vicio.
—*Prosupuesto*,
señá Pepa, que no salga
esto de usté.
—No hay *cuidao*
de que diga una palabra.
—Bien; pues voy á la *prazuela*
y á ver si echo de la cama
á *Celipe*, que á las ocho
se tiene que ir á la *frábica*.
En cuanto me desocupe
charlaremos una miaja,
y la diré á usté una cosa
que le ha *pasao* á la *Hilaria*
con su señor. Es un lance

que tiene *muchisma* gracia.
No se lo cuento á usté ahora
porque ya está en la ventana
la chismosa de ahí enfrente,
y como tiene tan larga
la lengua...
—Sí, lo comprendo
perfetamente.
—Pues vaya,
hasta luego, *señá* Pepa.
—Hasta luego, *señá* Paca.

DESENGAÑO

Señora doña Tecla de mis pecados:
observo con disgusto bastantes días
que está usté en la ventana continuamente
haciéndome carocas y tonterías;
y como no es juicioso, ni mucho menos,
que una señora viuda, fea y anciana,
parodie á las chiquillas de quince abriles,
hasta en ese detalle de la ventana,
y como además de esto me cargan mucho
esas impertinentes demostraciones,
por si pueden servirla de algún provecho
allá van unas cuantas observaciones.
Hace el martes un año y algunos días
que estoy comprometido completamente,
y si no lo estuviera, pongo por caso,
ya tendría mi *arrimo* correspondiente.
Quiero decir con esto que, aunque pudiera,
no haría caso de esas insinuaciones,

y que le probaría mi indiferencia
como la probé en otras cien ocasiones.
Puede usté, por lo tanto, si le parece,
dar fin á esa tarea de fastidiarme,
y tirar los menjurges y porquerías
con que piensa, sin duda, catequizarme.
Porque ¿á qué fin conduce que usté se esfuerce
en tratar de que crean propios y extraños
que aunque ya es usté viuda de tres maridos
parece una muchacha de pocos años,
si á pesar de los tintes y las pelucas
y los dientes postizos y el colorete
á nadie se le escapa, señora mía,
que tiene usté lo menos cincuenta y siete?
Relegue usté al olvido, sin titubeo,
las dulzuras de aquellos tiempos pasados,
y deje usté á los hombres tranquilamente,
señora doña Tecla de mis pecados,
porque no está bien visto que una señora
cargada de alifafes y obligaciones
parodie á las chicuelas vanidosillas
y tenga cierto género de pretensiones...

DE TIENDAS

—Buenos días, Secundino.
—Muy buenos, doña Melecia.
¿Y el esposo?
— Muy bien, gracias.
—¿Y las niñas?
—Todas buenas.
Es decir, la Merceditas
está un poquitillo inquieta
con lo de siempre, pero, hijo,
no hay más que tener paciencia
y aguantarse. Por supuesto,
eso es natural en ella,
porque lo que es mi Mercedes
tiene una naturaleza
rarisma. En fin, Secundino,
yo quiero unas frioleras
para las pollas, de modo
que á ver si saca usté telas
bonitas.
—Pues ya lo creo.

De todo lo que usté quiera.
Precisamente ayer tarde
se recibió una remesa
de seis fardos y tres cajas
con novedades muy *nuevas*.
Ya verá usté. Por supuesto,
todo en clase de primera.
—¡Ay, qué felpa tan preciosa!
—Eso es lo que más se lleva.
Hoy me han comprado diez metros
las de Navalagamella.
—¿Y tiene usté más colores
en esta clase de felpa?
—Sí, señora, muchos. Hay:
lirio del valle, hoja seca,
verde musgo, azul eléctrico,
gris araña, churro, fresa,
marrón, heliotropo, rata,
rosa *fané, bleu,* magenta,
repollo desvanecido
y humo de Londres y crema.
—Pues déme unas muestrecitas
para que las niñas puedan
elegir. Á usté le habrá
chocado que yo no venga
por aquí tan á menudo
como antes.
—¡Vaya!
—¿De veras?
Me lo había figurado.
Es que hemos estado fuera

un mes.
—¿En el extranjero?
—¡Ay, no! En Colmenar de Oreja.
Fué capricho de mi esposo,
¡como tiene esas rarezas!
Á propósito: ¿hace mucho
que no ve usté á la de Cuevas?
—Mucho.
—El lunes me dijeron
que ha tenido erisipela,
de resultas de un sofoco
que le ha dado el de la tienda
de comestibles. Es claro;
como no paga las cuentas
á su tiempo, se comprende.
¡Ay! se ha quedado muy fea;
es decir, desmejorada,
porque guapa no lo era,
ni mucho menos. Ayer
me la encontré en la novena
de la Virgen de la Leche
y del Buen Parto, con Sierra,
su *agregado*, que, *inter nos*,
es un pez de siete suelas,
según dicen. Ya ve usté,
y entretanto, el pobre Cuevas
estaría en la oficina
trabajando como un bestia,
de fijo.
—Quizás.
—Pues claro.

¡No ve usté que no sospecha!
También estaba su madre,
por cierto muy peripuesta,
con manteleta de nutria
forrada de raso perla.
¡Sabe Dios de dónde habrá
salido la manteleta!
porque ellos están *asperges;*
eso se nota á la legua.
Por supuesto, le sentaba
como á un santo una escopeta
de dos cañones. Bien dicen
que aunque se vista de seda
la mona..... ¡Jesús, qué tipo!
¡Ay, hijo! Si yo tuviera,
por mi desgracia, una madre
como la de la de Cuevas,
me estaba en casa cien años
antes que salir con ella.
Palabra de honor.

—Lo creo.

—¡Ah! que sea enhorabuena.
Ya sé que habla usté con una
muchacha pantalonera,
muy chulapona, por cierto.
Me lo ha dicho mi doncella,
que le vió á usté el otro día
por la calle de las Huertas
muy acarameladito.
Se casará usté con ella,

¿eh?

—¡Dios me libre!

—¡Pero hombre!

¡Mire usté el mosquita muerta!
¡Si ustedes los del comercio
son todos más calaveras!...
Se parece usté á mi niño,
que también las gasta de esas,
ó las gastaba, porque ahora,
como se ha hecho de la prensa,
no le queda tiempo al pobre
para amoríos.

—¿De veras?

—¿Pero usté no lo sabía?
Pues si ha escrito una zarzuela
muy chistosa, para Eslava,
con música de un albéitar
amigo suyo, muy listo.
Lo que tiene es que la empresa
se la ha rechazado. ¡Envidias!
Por supuesto, él bien se venga,
porque se ha metido á crítico,
y ahora ¡arrima cada felpa
á los que hacen ese género
de trajes, luces y piernas!...
De ese género es la suya.
¡Oh, pero está muy bien hecha!
¿Qué hora tiene usté?

—Las cinco.

—¡Jesús! ¡Y me estoy tan fresca!
Córteme usté tres dozavos,

bien medidos, de bayeta,
y mándemelos á casa;
por supuesto, sin la cuenta.
—Corriente.
—Adiós, Secundino.
—Adiós... bruja. ¡Así te mueras!

MENUDENCIAS

No me digas ternezas,
niña serrana,
que no cobro hasta el treinta
por la mañana.

—

—¡Guardias! ¡Auxilio! ¡Favor!
—¿Qué ocurre?
—¡Que quiere entrar
en mi casa un editor!

—

Siempre que cojas la pluma,
literato singular,
quítate los calcetines,
que se te pueden manchar.

—

¿Un tendero con guantes
de tres botones?
¡Buenas tendrá las manos
de sabañones!

—

El hombre más sufrido es el *simón*.
¿No es cierto, Encarnación?

—

Al verla muerta lloré
sin poderlo remediar,
y me dijo mi conciencia:
¿Por qué lloras, animal?

—

Anda diciendo Luisa,
la chalequera,
que le ha hecho un feo el hijo
de mi portera.
Pero yo creo
que, si no es muy bonito,
tampoco es feo.

—

Explicando geografía
el preceptor Malasaña,
preguntó á cierto discípulo:
—Niño, ¿dónde está la Mancha?
Y éste, que era un bruto en toda
la extensión de la palabra,
dijo:—¡Aquí! ¡Mírela usté!
Y le enseñó una solapa.

TRATO SIN CONSUMACIÓN

—¿Don Lino Pérez y López?
—Servidor.
—Muy señor mío.
No quisiera equivocarme,
pero creo haber oído
que usté es dueño de la casa
número cuarenta y cinco
de la calle del Carnero.
—Sí, señora.
—Pues he visto
papeles en los balcones
de uno de los cuartos quintos,
y como tengo el propósito
de cambiar de domicilio,
y el cuarto, aunque es chiquitín,
no me disgusta, he venido
tan sólo con el objeto
de saber su precio mínimo,
para quedarme con él

en caso de convenirnos.
De modo que usté dirá,
sin ser tirano conmigo,
en cuánto podrá dejarme
el citado cuarto quinto.
—En doce duros lo menos.
—¡Jesús!
—¿Es caro?
—¡Carísimo!
Pues si unas amigas mías,
las chicas de Verduguillo,
tienen un cuarto precioso
con dos balcones magníficos
en la calle de la Bola,
junto á la de Leganitos,
y no pagan nada más
que siete duros y pico.
—Sí, pero el sitio...
—¡Por Dios,
no me hable usté mal del sitio!
El sitio es una monada
y el cuarto aquel bonitísimo,
con su fuente en la cocina
¡y unas luces! ¡y unos pisos!
Si ellas no fueran tan sucias
y lo tuvieran más limpio,
crea usté, señor de Pérez,
que parecería un nido;
pero ¡claro! como son
dos muchachas sin principios,
hijas de un ordinariote

que trabaja en embutidos,
no saben lo que es decencia
ni tienen pizca de juicio.
Por eso no me han causado
sorpresa cuando me han dicho
que se casa la mayor
con un corredor de trigos,
cuando todo el mundo sabe
que ha dado cien mil motivos
para que se la critique
con mucha razón, lo mismo
que su hermana la pequeña;
ésa tiene mejor físico,
y no es tan desgarbadota
ni tan cursi, pero, amigo,
en lo tocante á... ¡ya, ya!...
Yo no debía decirlo,
pero como soy mujer
de mi casa, no transijo
con ciertas cosas. En esto
me parezco á mi Sulpicio,
que esté en la gloria.
—¿Usté es viuda?
—Sí, señor. Él era síndico
del gremio de mondongueros,
y además trataba en cisco
de retama; pero un día
compró por tres perros chicos
uno de esos almanaques
que tienen versos de Grilo,
y al acabar su lectura

se me quedó el pobrecito
como un pájaro.
—¿De modo
que con tan triste motivo,
estará usté sola?
—No.
Ahora vivo con un primo,
y además tengo de *huéspede*
á un valenciano muy rico,
sobrino del cura párroco
de Villar del Arzobispo;
está estudiando derecho,
pero es un poco encogido
y me temo que á la postre
va á tener que ahorcar los libros.
¡En cambio, si viera usté
cómo toca el bombardino!...
Por supuesto, de afición;
¡ay, sí, señor! ya de niño,
según dicen sus parientes,
estando en Ciudad Rodrigo
compuso dos *purpurrises*
y un *área* con mucho estilo.
Allá, en casa, le hacen burla,
pero como él es tan lírico
está todo el santo día
soplando con tal ahinco,
que *me se* han quejado ya
casi todos los vecinos.
Yo le digo algunas veces:
¡Pero, por Dios, don Quirico,

no abuse usté de sus fuerzas,
que se va usté á quedar tísico!
Y él, nada, dale que dale
sin cejar en su capricho,
y va á tisis, de seguro,
¡vaya! cuando yo lo digo...
Conque á ver, señor de Pérez,
si hace usted un sacrificio
y baja un poco ese cuarto,
que está bastante subido.
—Yo lo siento, pero...
—Ah, vamos
¿que no puede ser? Pues, hijo,
usté debe comprender
que sería un desatino
dar ese dinero, cuando
por siete duros y pico
tienen un cuarto precioso
las chicas de Verduguillo,
con su fuente y... Sin embargo,
yo se lo diré á mi primo
y si á él le parece bien,
lo cual es dificilísimo,
nos pasaremos los dos
por aquí mañana mismo
y extenderemos el...
—¡Bueno!
—Y después...
—Sí, comprendido.
Vaya usté con Dios, señora.
—Quede usté con Dios, don Lino.

GAJES DEL OFICIO

—Tú subes al *prencipal*,
y cuando ya estés arriba
preguntas por don Sotero
Rodríguez y Rascafría,
que es el amo, ¿me comprendes?
—Sí.
—Bueno. Saldrá una chica
regordeta, la criada,
que tiene así, una vejiga
sobre tal parte. Lo *azvierto*
pa que luego no me digas
que has *ensuciao* el negocio
porque no te han *dao* noticias.
—Corriente.
—Si la muchacha
te hablase por la rejilla
de la puerta, dí que vas
de parte de doña Isidra
con una carta *pa* el amo,

y te abrirán en seguida;
porque, *pa* que tú te enteres
del asunto, esta individua
está *enredá* con el otro,
según ha sabido el *Brisca*,
y es casi el ama. ¿Comprendes?
—Sí, pero...
—Deja que siga.
En cuanto te abran, sujetas
á la fregona. Si grita,
la afianzas el gañote,
y si te apura, la pinchas
ú la enseñas la *herramienta*
pa ver si se atemoriza...
—Pero ¿estará sola?
—¡Claro!
Pues si no, ¿cómo querías
que yo te lo aconsejase?
Hombre, me choca que digas
esas *patochadas*.
—Es
por un por si acaso.
—Mira,
Chupalipis: don Sotero
va al café de Platerías
de ocho á diez todas las noches
y deja sola á la chica;
de modo que no hay motivo
pa que tengas esa *jinda*,
y además, mientras tú subes,
Manolo andará de espía

por la calle, con *ojecto*
de estar á la *espetativa*,
y *Corujo* va al café
de *mirón*, pa que no digas.
—¿Y la portera?
—¿Quién, ésa?
Ésa estará más dormida
que Dios, porque la hemos *dao*
tres duros el otro día.
—Entonces no hay más que hablar,
Zurito.
—Pues mucha vista
y ojo con meter la pata.
—¡Me parece!
—Convendría
que te llevases azúcar,
ú otra cosa parecida,
porque hay un perro de lanas
que cuando oye ruido, chilla.
—Corriente. ¿Qué más?
—Que espero
en casa de la Rufina
pa saber el *resultao*.
—Pues allí voy en seguida.
—Bueno.....
.....
.....¿Y qué?
—Pues *na;* subí,
tiré de la campanilla,
pregunté por don Sotero
y viendo que no me abrían,

dije aquello de la carta.
—Y te abrieron.
—En seguida.
— ¿Lo ves? ¡Claro!
— Luego fuí
á echarle mano á la chica,
como tú me *aconsejastes*,
y cuando ya la tenía
casi *agarrá*, me soltaron
tres *patás* en la barriga,
pero de órdago.
— ¡Ay, su madre!
—Toma, como que sabían
que íbamos á dar el golpe
mientras el otro salía.
—¿De modo que no traes *ná*
tan siquiera?
—Sí, traían.
¡Conque me han *quitao* allí
tóo lo que llevaba encima!
—¿Cuánto?
—Unas nueve pesetas
y dos *ú* tres perras chicas.
—¡Qué bruto eres!
—¡Gracias!
—¡Lástima
que no te han roto la crisma!
¡La culpa la tengo yo
por darte la alternativa!

EL QUE HACE UN CESTO...

I

Con mil duros en billetes
vino á la corte Manuel
para zanjar un asunto
de muchísimo interés,
y dicen que á las dos horas
un prójimo de *chaquet*
le brindó con su amistad
y ofrecióse muy cortés
á cambiarle los billetes
por oro de toda ley,
con lo cual, según le dijo,
podría sacar muy bien
un beneficio seguro
de dos y medio por diez.
Seducido por la oferta
Manolo cayó en la red

y entregó á su compañero
los mil duros en papel,
tomando cándidamente,
según pudo luego ver,
dos cartuchos con monedas
de riquísimo *doublé*.
. .....
Cuando regresó á su pueblo
dando tormento á los pies
y entre suspiros y lágrimas
refirió el caso Manuel,
cuentan que su pobre padre,
con la mayor sencillez,
le arrimó dos estacazos
de superior *calité;*
y el pobre chico decía,
llorando á más no poder:
—¡No volverán á engañarme!
¡Yo se lo aseguro á usté!

II

Era una chica preciosa
la sobrinita del juez,
y aunque cuatro maldicientes
nombraban á un tal Gabriel,
á quien ella en otro tiempo

concedió alguna merced,
lo cierto es que en Villatuerta
cuando se hablaba de Inés
casi todos elogiaban
su acrisolada honradez.
Por esta causa, sin duda,
Manolo en un dos por tres
declaróse sin rodeos
á la sobrina del juez,
despreciando las hablillas
de aquellos que, según él,
buscaban en la calumnia
venganza de algún desdén,
y aunque, por desengañarle,
con la mayor buena fe
su pobre padre hizo todo
lo que un padre puede hacer,
incluso darle dos palos
como los de la otra vez,
tomó tales proporciones
el cariño del doncel
y tan diestramente supo
catequizarle su Inés,
que ambos amantes quedaron
hechos marido y mujer,
como manda Dios, un martes
del año setenta y seis.

....

No se sabe con certeza
si tendría el buen Manuel
algún disgustillo grave

que no esperaba tener,
pero cuando al otro día
le daban el parabién,
contestaba tristemente:
—¡Muchas gracias; no hay por qué!

SEÑORAS BUFAS

—¿Qué es esto? ¡Maldita sea!
Oiga usté, so mamarracho,
como vuelva usté á tirar
cosas húmedas al patio,
la desfiguro esa cara
de mona que Dios la ha *dao*.
—¡Jesús, qué miedo!
—¡Pues hombre,
ni aunque una fuese un guiñapo
pá que estén sin más ni más
ensuciándola á *ca* paso!
—¡Ay, hija mía! ¿Y por qué
no se alquila usté un palacio
pa que nadie la incomode?
—Porque no puedo alquilarlo.
Eso se queda *pa usía*,
que *trata* con millonarios
á ciertas horas.
—Señal

de que puedo, cuando trato.
¿Es *caridaz ú* es envidia?
—¡*Mia* que envidia!
—Se dan casos.
—¡Quizás!
—Como que es usté
más fea que hecha de encargo,
y no se la arrima un hombre
regular hace mil años.
—¡Adiós, huríl
—No seré
ningún sol, pongo por caso,
pero voy á todas partes.
—Sí, señora, en eso estamos;
en que va usté á todas... Justo,
y *tan y mientras* el ganso
de su marido de usté
se hace el remolón; es claro,
como le llenan la *andorga*,
ya se ve...
—Y el de usté, en cambio,
trabaja como un pollino
pa que otro se dé buen trato.
—¿Sí? ¿Quién es?
—El chupatintas
que vive en el treinta y cuatro.
—¡Puede!
—Por lo menos, eso
dice la gente del barrio,
y si la gente lo dice,
debe decirlo por algo.

—Calle usté, *grandisma*...
—¡*Joven*!
No hay que faltar, porque bajo
y la arrimo á usté dos *tortas*
en menos que canta un gallo,
por más de que luego tenga
que jabonarme las manos.
—¡Á que no!
—¿Quiere usté verlo?
—Sí, señora, pero...
—Vamos,
no *me se* antoja que digan
en jamás que doy escándalos;
pero *pa* que usté se entere
de que yo nunca me *acharo*,
ahí va ese *osequio*.
—¡Cochina!
¡¡Jesús, cómo ha puesto el patio!!...

ENTRE MAESTROS

—Estoy más *quemao* que el *gayo*.
—*¿Pus* qué te pasa, *Conejo*?
—*Na*, que ha *estao* esta mañana
en mi casa un *cabayero*
que me quiere contratar
pa lidiar en Matapuercos,
el día de la función,
diez *ú* doce *cornupetos*,
¡y tiene la poca *lacha*
de ofrecerme cuatro pesos
por *toos!*...
—¡Vamos, que te *cayes!*
¿Y *acetas*?
—Claro que *aceto;*
como que hay que *resinarse*.
—Y es la *verdá*.
—Lo que siento
es que tengo *en-peñaranda*
un capote de paseo

que le he *comprao* al *Medrano*
hace dos años y medio.
—¿De lujo?
—¡Que si es de lujo!
¡*Manífico*! ¡Ya lo creo!
Seis pesetas me costó,
ya ves tú si será bueno...
. . . .
. . . . . .
. . . .
—Tienes razón, *Pitarroso*.
— Como que es el evangelio.
Te digo que el Mazzantini
es un *chancleta* de *ivierno*
que se pone muchos *moños*
y no tiene ningún mérito.
— Como *toos* los que presumen.
—Desengáñate, *Conejo*,
ya no hay toreros ni toros
más que tú y *menda*, que *semos*,
aunque esté feo el decirlo,
un par de *gacholis* de esos
que hacen sombra.
—¡Me parece!
Choca, que has *estao* bueno.
—*Mayormente* ¿sabes tú?
á mí me gusta el *Frascuelo*
porque *mata*.
—Y que lo digas.
—Pero no *ostante*, comprendo
que no es para tanto bombo

como le están dando.
—Eso.
Too porque se ciñe...
—¿Y qué?
No seas *gilí*, *Conejo;*
eso lo hace *cualisquiera.*
—*Pus* claro.
—Sin ir más lejos,
yo he *matao* en Cuzcurrita
cuatro toros *recibiendo...*
dos *cornás* salvo la parte;
pero ¿por qué? *Pus* por eso:
porque no doy paso atrás,
ni *tan siquiera* cuarteo,
ni me encorvo cuando paso
como algunos que *yo entiendo*,
que cobran quince mil *riales*
por cada corrida y luego
no se arriman á las reses
ni se tiran por derecho.
¡Chico, te digo que dan
ganas de *cortarse el pelo*
viendo á *toos* esos *maletas*
que se la dan de maestros
porque gastan buena ropa,
y se *cargan* el dinero,
tan y *mientras* que nosotros
por *lilas* y por modestos!...
Oye, coge esa *coliya*
de puro que está en el suelo
y *díñame* la *metaz*...

....
....
....

Desengáñate, *Conejo*;
ya no hay toreros ni toros
más que tú y *menda* que *semos*...
—Sí, dos *gachós*.
—¡Me parece!
Choca, que has *estao* bueno.

APRECIACIONES

—Yo lo *vide*.
—¿Y cómo fué?
—Pues verás: Manolo estaba
cepillando unos listones
á la puerta de la fábrica,
cuando se acercó Gorgonio
y le dijo:—La Romualda
te está faltando al respeto
con *ese*, en tu misma casa;
conque si *tiés dinidaz*,
ya sabes lo que hace falta.
—¡Bueno se pondría!
—¡Digo!
¡Pues bonito genio gasta!
Él, que se ha *casao* con ella
enguillotao hasta el alma,
y que además de eso tiene
la sangre muy caldeada,
en seguida que Gorgonio

dijo la última palabra,
soltó una expresión de aquéllas
que dice cuando se enfada,
y echando mano á un escoplo,
porque no gasta navaja,
salió corriendo, y ya sabes
lo que hizo con la Romualda.
—¿Qué?
—Pues *na*, sencillamente
que la *sosprendió infraganta*,
y mientras tanto que el otro
granuja se las *guillaba*,
la *introdució* siete veces
el escoplo hasta las cachas.
—¡Qué animal!
—¿Sí?
—Pues es claro.
El hombre que tiene *lacha*
da parte á la *autoridaz*
y luego se *desaparta*,
como hace cualquier persona
de educación.
—¡Ay, qué gracia!
Y si por *casualidá*
tropieza con una guarra
que en lugar de arrepentirse
sigue metiendo la pata,
¿va á consentir que la gente
le ponga motes? ¡De ganas!
Pa el hombre que *tié* vergüenza
no hay educación que valga

cuando le tocan un punto
como el honor, verbo *en* gracia,
y si Manolo ha *llegao*
á matar á la Romualda
por *adulta*, que te *coste*
que ha hecho muy bien en matarla.
Na, cuando se encuentra un bicho
venenoso, se le aplasta
con el pie, y así se quita
del mundo una cosa mala.
Eso es lo que hacen los hombres
que tienen sangre y no horchata,
y *too* lo demás es música
y *canguelo* y poca *lacha*.
¡Vamos! Si á mí me *faltase*
cualquier día la Serapia
de una manera tan sucia...
—¿Qué la hacías?
—La mondaba
de arriba abajo, lo mismo
que se monda una patata.
¡Bonito soy yo!
—Pues oye,
¿sabes una cosa?
—*¿Cuála?*
—Que tú no debes decirla
las intenciones que gastas.
—¿Por qué?
—Porque si se entera
te va á esconder la navaja.

SERMON PERDIDO

¡Oh, jóvenes cerriles
que en vuestros tiernos años
holláis con las pezuñas
la senda del Parnaso!
¡Oh, niños que sin estro
soléis pasar el rato
cantando impunemente
los múltiples encantos
de Lesbias trasnochadas
y Nises de estropajo,
ya en *silvas* epidémicas,
ya en *ovillejos* zafios
ó en *sáficos adónicos*,
que son muy buenos *sáficos*,
romped de vuestras péñolas
los puntos insensatos
que al público transmiten
vuestro discurso bárbaro,

y no digáis palabra
del cefirillo blando,
ni de las auras leves,
ni del arroyo claro.
Dejad, niños idiotas,
que en el frondoso prado
alegremente trisquen
los corderillos cándidos.
Dejad á los zagales
que cuiden sus ganados
y toquen lo que quieran
junto al dormido lago.
Dejad que los jazmines,
las rosas y los nardos
perfumen el ambiente,
si no está perfumado,
y que los trinadores
y pintadillos pájaros
con sus gorjeos rítmicos
alegren el espacio.
Romped esas vihuelas,
¡oh, jóvenes menguados!
Rompedlas, ¡voto á Cribas!
¿ó es que pensáis acaso
que porque el vulgo necio,
merced á cierto adagio,
diga que de poeta
tenemos todos algo,
podéis ya, pluma en ristre,
entrar, sin menoscabo
del arte, en un terreno

que *sus* está vedado?
¿Pensáis que por tal cosa
puede cualquier gaznápiro
plagarnos los periódicos
de absurdos literarios?
. .....
.....
¡Oh, jóvenes cerriles
que en vuestros tiernos años
holláis con las pezuñas
la senda del Parnaso!
No emborronéis cuartillas,
gastando el tiempo en vano,
y si tenéis *chirumen*,
trocad por los arados
las indecentes péñolas
que empuñan vuestras manos.

NUESTROS ARTISTAS

—Adiós, Manolo.
—Adiós, hombre.
—¿*Ande* vas?
—Á las Peñuelas,
á ver una chapucilla
que ha salido.
—¿Por tu cuenta?
—Sí, chico. Me han *avisao*
pa arreglar una atarjea,
y qué vas á hacer sino
tomar lo que se presenta
de provecho.
—Claro.
—Y tú,
¿trabajas?
—Sí, con las muelas.
¡Como no trabaje yo!
—Entonces, ¿cómo te arreglas?

—Me he *echao* á pedir limosna.
—¡Puede!
—¡Pues no, que se juega!
¿Te se ha *figurao* á ti
que voy á estar hecho un bestia,
cargando escombros y haciendo
ginasia por dos pesetas,
como otros primos? ¿*Pa* qué?
¿*Pa* que el contratista venga
de *bóbilis* y se coma
la *utilidá* que uno deja?
¡*Cualisquier* día! ¡Primero
me cortaba la cabeza!
Si le *indenizasen* á uno
cuando se rompe una pierna,
ú dos *ú* más, santo y bueno
que hiciese lo que pudiera;
pero si ves á *ca* paso
que no hay un Dios que proteja
ni tanto así, ¿vas á hacer
el *pipi*? ¡Lástima fuera!
Vamos: figúrate tú
que un día *te se* estropean
los remos como á Saturio,
pongo por caso, *ú* que *pescas*
una *humedaz* y no puedes
hacer lo que te parezca
de tu persona, lo cual
es muy fácil que suceda;
bueno: pues te mueres de hambre,
porque ni Cristo se acuerda

de ti *pa na.*
—Ya lo sé.
—Pues entonces, ¿en qué piensas
que no dejas el trabajo
de una vez? Mira, *Pucheta:*
yo alquilo un chico que tiene
descoyuntás las dos piernas
y saco en un par de días
más que tú en semana y media,
y fumo de cuarterón,
y le pago el cuarto á *aquélla,*
como es debido, y no tengo
que pasar por la vergüenza
de comer patatas viudas
delante de quien me vea.
¡Eso vale mucho!
—Bueno;
valdrá *too* lo que tú quieras,
pero á mí *me se* figura
que es una cosa muy fea
echarse á pedir limosna.
Ya verás cómo lo dejas
y trabajas.
—¡En seguida!
Mientras *haiga primaveras*
que den limosna, buen burro
sería yo si lo hiciera.
¿Se puede vivir así?
¡Pues á lo que estamos, tuerta!

LOS CONSPIRADORES

—Hola, ciudadano...
—¡Chist!...
Hable usté más bajo.
—Qué,
¿hay algo de *aquello*?
—¡Mucho!
¡¡Pero mucho!!
—¡A ver, á ver!
—¿Usté está armado?
—Ahora no.
Bueno, pues ármese usté,
porque el golpe se ha de dar
á mediados de este mes
y no conviene que pase
lo que pasó la otra vez.
—¡Caramba, y yo que he tenido
necesidad de vender
la carabina!
— ¿Sí?
—Claro;

para sacar el *chaquet*
de invierno, que estaba ya
casi á punto de vencer.
—Bueno, Guarrete, no importa.
En la calle de Amaniel
tenemos cuarenta y tantos
fusiles, y diez y seis
cajones de municiones,
conque no se apure usté.
Lo que importa es tener ojo
cuando se inicie el belén.
—Pero ¿hay fecha ya?
—La fecha
la fijará *Ladevés*,
que viene con instrucciones
secretas de don Manuel.
—¡Hombre!
—Por lo menos, eso
dicen en el comité,
y si lo dicen, motivos
tendrán.
—Es de suponer.
Lo que hace falta es que no
se nos achique algún pez
de los gordos, y la ensucie.
—¡Ca, hombre, ca! Ríase usté
de cuentos; habiendo *guita*
todo Cristo cumple bien,
y en esta ocasión hay tela,
pero de largo.
—¿Sí, eh?

—¡La mar! Como que se dice
que el Gabinete francés
ha dado cuatro millones
de pesetas, para hacer
la revolución.
—Con tal
de que el ejército esté
de nuestra parte...
—Pues claro;
toma, sí, que don Manuel
se chupa el dedo. Ya están
compradas desde hace un mes
las guarniciones de Cádiz,
Barcelona, Santander,
Valencia, Madrid, Logroño,
Vicálvaro y Aranjuez,
y además anoche fueron
á ofrecerse al comité
un teniente general,
un teniente coronel
y diez sargentos segundos.
— ¿Cuántos ha dicho usté?
—¡Diez!
—Entonces ahora colamos.
—Como dos y una son tres.
Yo pongo el pescuezo.
—Y yo.
—¡Viva la...
—¡Chist!
—¿Sabe usté
para qué quiero que llegue

pronto el día del belén?
—Para colocarse.
—¡Quiá!
¡Para cortarle la nuez
á ese cochino de...
—¡Chist!
No lo echemos á perder,
Guarrete, que...
—Bueno, López.
—Y nada, ya sabe usté:
cuando se quiera usté armar,
á la calle de Amaniel.
—¿Número?
—Cincuenta y dos.
—¿Cuarto?
— Cuarto.
—Está muy bien.
Nos armaremos, y luego...
—Luego á triunfar... y á comer.

COMPAÑERISMO

—Bueno; *pa* que tú te enteres,
el *remontoire* de níquel
le *afanó Celipe*, ¿sabes?
Pero como que *Celipe*
no ha *encontrao entodavía*
quien le *chafe* las narices
por cochino, se chulea
y no hay un Dios que le obligue
á repartir las ganancias,
como el reglamento *esige*.
—*Tié* gracia.
—Y lo peor es
que el sinvergüenza repite.
Hace tres *ú* cuatro noches
rascó en el Circo de Price
una áncora línea *reta*

con diez y siete *rubises*,
y como está *acostumbrao*
á que ninguno le chille,
también se *achantó* los cuartos,
según me dijo *la Trini*
ayer tarde en la taberna
de la calle del Salitre.
—Vosotros *tenís* la culpa
por ser unos infelices.
¿No *sus habéis asociao*
como Dios manda, los quince
más decentes, *pa* tener
unión?
—Eso que tú dices.
—¿No *sus* preside el *Chufitas*?
—Claro.
—Pues si *sus* preside,
¿por qué no vas y le cuentas
las cosas que hace *Celipe*,
pa que en la primera junta
le dé dos *patás*?
—No sirve
que uno se ponga de malas,
porque el *Chufitas* distingue,
y como el otro es pariente
de un *ispetor*...
—Pues *demite*
y trabaja por tu cuenta
pa que ninguno te *chinche*.
Ahí *tiés* al *Rata pilonga*,
que es más bruto que un tabique,

y sin embargo, cien duros
al mes no hay quien se los quite;
pero es por eso *na* más,
porque trabaja *de libre*
y si saca dos *ú* cuatro
hace lo que hace *ca quisque.*
—Ya sé yo que *tan y mientras*
que *haiga* tranvías y *ripes*
no me ha de faltar un peso
pa comer, como tú dices.
—¡Claro!
—Pero de *toos* modos,
en cuanto que á mí me *trinquen*
por una *casualidá*
muy grande, no hay quien me quite
de estar en el *Abanico*
seis días, *ú* diez *ú* quince,
y estando *asociao varea*
porque siempre hay más posibles
y más *proteción.*
—Pues mira,
hoy me han dicho que al *Melimes*
le hace falta un *descuidero*
pa la vacante de *Pringue.*
¿*Quiés* que le trabaje?
—Bueno;
trabájale, y si me *azmite*
te vas *cualisquiera* noche
por mi casa, me lo dices
y... oye, vamos á *pirarnos,*
que vienen dos *aguaciles*

y nos van á dar *pa* el pelo
si nos *guipan*.
—No te achiques.
Esos dos ya me conocen
y no hay *cuidao;* conque sigue.

LOS CURSIS

—Vamos, anímense ustedes,
que no están bien esas caras
en un sitio donde hay jóvenes
de poco juicio, ¡caramba!
Aquí hace falta bullicio,
y alegría, y algazara.
—¡Pues que cante la Paquita!
—¡Sí, sí, que cante la Paca!
—¡Pero, por Dios, si no sé!
—¡Jesús, y estamos *cansadas*
de oirla todos los días
desde el comedor de casa!...
—¡Sí canta divinamente!
—¡Pues ya lo creo que canta!
Como que imita muy bien
á la Patti y á la Pasqua
y tiene ya varios *diplomas*
del Conservatorio.
—¡Cáspita!

—Sólo que con este genio
en seguida se acobarda.
—Vamos, denos usté gusto.
—Mujer, no seas parada,
que todos estos señores
son de mucha confianza.
—Pues claro.
—¡Que cante un *chotis!*
—¡No señor, que cante un *área!*
—¡Paquita, cante usté un poco!
—¡Cante usté un poquito, Paca!
Á fuerza de muchos ruegos
decídese la muchacha,
y haciendo una reverencia
sale al centro de la sala,
donde un señor farmacéutico,
que toca muy bien la flauta,
se coloca de antemano
ansioso de acompañarla.
Saca Paquita sus lentes,
porque la enseñó la práctica
que sin lentes son muy pocas
las niñas cursis que cantan;
tose en diferentes tonos,
hace dos ó tres escalas,
y con todo el aparato
que exigen las circunstancias,
ejecuta, según dicen,
no sé qué de la *Traviata*,
y echa por aquella boca
gritos que parten el alma.

A pesar de esto, las gentes
que la escuchan se entusiasman
sin querer, para que vean
que están muy bien educadas,
y dicen cuando la niña
concluye de hacer la plancha:
—¡Bravo!
—¡Bien!
—¡Que se repita!
—¡Sublime!
—¡Es usté una alhaja!
—¡Qué sentimiento!
—¡Qué timbre!
—¡Qué expresión!
—¡Y qué garganta!
—¡Bien nos ha hecho usté la Patti!
¡Bien nos ha hecho usté la Pasqua!

ENTRE CABALLEROS

—¡Cállate, *so bocaza*, y no presumas
mientras *haiga* á tu *lao* gentes de mérito
que puedan *osequiarte mayormemte*
con un par de *gayetas*, por ejemplo!
—¡*Me se* figura á mí que *entodavía*
no ha nacido quien pueda hacerme bueno
eso que dices tú!
—Yo le conozco.
—Puede que le conozcas.
—Ya lo creo.
—¿Y dónde está esa fiera, Bonifacio?
—Pues esa fiera está, sin ir más lejos,
haciéndote el favor de hablar contigo,
aunque sabe muy bien que eres un *méndigo*.
—No dirías lo mismo en otra parte.
—¿Dónde?
—Pongo por caso, en el *terreno*,
que es donde van los hombres con vergüenza

si saben distinguir y tienen genio.
—Aunque no me rebajo casi nunca
ni doy *sastifaciones* á muñecos,
iremos, si tú quieres, *Vitoriano.*
—Entonces, vamos ya.
—Pero te *azvierto*
que no traigo *herramienta.*
—Ni hace falta.
Yo tampoco la traigo.
—Pues con eso
te doy tres puñetazos en los morros
y así no hay compromiso.
—Lo veremos.
....
....
....
—¿Sabes lo que te digo, *Vitoriano?*
—Si lo dices, quizás podré saberlo.
—Pues digo que no es justo ni prudente
que se den de *trompás* dos compañeros
por una tontería.
—¡Bonifacio!...
Cuando á un hombre de honor le llaman *méndigo*
y le faltan á su honra, si es preciso
se mata con su padre.
—Por supuesto.
—Y si no es un *morral.*
—Pero no *ostante,*
si ve que se lo llaman sin *ojecto*
de ofenderle á su honor...
—En ese caso

no hay cuestión, Bonifacio.

—Pues por eso
no debe haberla aquí. Tú eres decente
y eres *dino y honrao*.

—Los dos lo *semos*.
Y al que diga otra cosa... vamos, hombre,
le arrimo dos *patás* que le reviento.
—Bueno, ¿tú te *retratas?*

—Me *retrato*.
—Pues entonces me doy por *sastifecho*
y acaba la cuestión.

—Naturalmente.
—*Chócate, Vitoriano,* y hasta luego.
Voy á ver si se *cae* algún *celindro*.
—Y yo á ver si se *cae* algún pañuelo.

CONVERSACIÓN

—Pero ¿usté no sabe nada?
—Ni esto.
—¡Parece mentira!
¿Se acuerda usté de aquel chico
moreno, con patillitas,
que jugaba por las noches
en casa de las de Bringas?
—No recuerdo.
—Sí, mujer.
Ese muchacho bolsista,
de Miguelturra, que tiene
la nariz en carne viva,
y además toca el *armonium*
á cuatro manos. ¡Ay, hija,
si es muy conocido!
—Sí,
es que al pronto no caía.
—Bueno, pues ese indecente

se ha fugado con la chica
de Rodríguez.
—¿Qué Rodríguez?
—El oidor.
—¡Jesús María!
Me deja usté tonta. ¿Y cuándo?
—El jueves hará ocho días;
pero ya los han cogido,
según me ha dicha Menjíbar,
en una casa de huéspedes
de la calle de Zurita.
De modo que ahora tendrán
que casarlos en seguida,
porque si no, ya ve usté
qué honra gana la familia
con esto.
—¿Querrán los padres?
—Al principio no querían,
pero después del escándalo
que les ha dado la niña,
no han tenido más remedio,
los pobres, que hacer de tripas
corazón, para evitar
que los pongan en berlina
—¡Mire usté la mosca muerta,
y parece que en su vida
no ha roto ni un plato!
—Sí,
¡buenas están las mosquitas!
Por supuesto, acá *inter nos,*
á la madre de la chica

le está muy bien empleado
lo que le pasa, porque, hija,
cuidado que yo la he dicho
cincuenta veces: —Quintina,
¡vigile usté á la muchacha,
que es un poco levantisca
y hay hombres muy sinvergüenzas
en el mundo! Pero, amiga,
como si no; se conoce
que tenía mucha prisa
por encontrar un imbécil
que cargara con la niña,
y la dejaba que hiciera
su capricho. Es tontería,
señora, cuando las madres
no tienen una *mijita*
de *pesqui*, ven lo que ven
y luego ¡quien lo diría!
—Justo.
—Por eso hay cien casos
como ese todos los días.
Ahí está, sin ir más lejos,
la de López Mondonguilla,
que por ser su madre así,
tan... yo no sé lo que diga,
tuvo un disgusto horroroso.
—¡No fué chico!
—No, fué chica.
En fin, doña Emerenciana,
me voy á casa en seguida,
porque he dejado á mi Elena

con su novio el de marina
y no me gusta que estén
solos. Conque hasta la vista.
Muchas cosas á Gutiérrez.
—Gracias, doña Bernardina

EN LA ALHAMBRA

(PONGO POR CASO)

—¿Quieres bailar?
—No, señor.
—Sólo una polka.
—Ni media.
—Vamos, anda.
—¡Que no quiero!
¡Pues no eres tú poco *pelma*
que digamos!...
—¿Á que bailas?
—¡De veritas!
—¿Qué te apuestas?
Por lo mismo que no quieres,
te vas á bailar con *menda*
el vals, la polka mazurca
y el *chotis* y la habanera.
—No será *verdá*.
—¿Por qué?

—Porque ya tengo pareja
para mientras dure el baile.
—Como si no la tuvieras,
porque le corto la nuez
al primer *gachó* que venga
poniéndose moños.
—¡Puede!
—Como haga alguno la prueba,
ya verás si se arma bronca.
—¡Qué *atrocidaz!*
—¿Te chuleas?
—Ca, chico; si es que me asusto.
—Pues *acede* por la buena,
y báilate y no seas *panfli,*
que es lo que te tiene cuenta
mayormente.
—Yo, con tal
de que no te comprometas,
me *resinaré.*
—Pues *arza,*
que el cuerpo me pide *juerga,*
y ya se están preparando
pa tocar los de la orquesta.
¿Oyes?
—Sí, pero te advierto
que no me gusta dar vueltas,
porque en cuanto que las doy
me se sube á la cabeza
toda la sangre, y después
me atonto y...
—Sí, y *ecetera.*

—Quiero decirte que no
me gusta la *filadelfia*.
—Eso, ni que decir tiene.
—Yo te hacía esta *azvertencia*
porque...
—Vamos, que te *cayes*,
y agárrate que ya empiezan.
.....
¡Olé las niñas gitanas
que se traen las cosas buenas!
¡Eso es saber distinguir
y bailarse en toda regla!
—¡Ay, qué Dios!
—Pues ya lo creo;
si se está viendo á la legua
que eres la primera *tuna*
que hay en el baile.
—¡De veras!
—Eso.
—Vamos, se conoce
que está la noche de *queda*.
¡Valiente punto estás hecho!
—¡Punto!
—Digo.
—*Pa* que veas
que soy una personita
con mucha delicadeza,
y que alterno con *too* el mundo
y que tengo ropa negra,
vámonos al *ambigús*
á tomar una botella

de lo que te dé la gana,
que tengo aquí dos pesetas
pa gastármelas contigo
en lo que á ti te parezca.
—Andando.
—Pero antes tienes
que quitarte la careta.
—¿Y si te asustas?
—Mejor.
Como si me dan viruelas.
—Mira que soy horrorosa.
—No me importa que lo seas.
—¿Crees que miento?
—Me parece.
—Pues para que te convenzas
voy á enseñarte la cara.
¿Lo ves?
—¿Y eres tú la fea?
¡Benditas sean las *filas*
de las barbianas de Persia!
—¿Qué te parezco?
—¡Muy guapa!
¿Y yo?
—Un tuno de primera.
—¿Has venido sola?
—Sola.
—¿Y vives lejos?
—No, cerca.
—Te acompañaré.
—Corriente.
—¿Después del vals?
—Cuando quieras;

pero no arrimes la cara
y *desaparta* las piernas,
que hay quien mira.
—¡Que *haiga*!
—¡Claro!
¿Y si nos ven?
—¡Que nos vean!

Á UN POSMA

Demostrando una vez más
que en punto á desfachatez
no hay quien te aventaje, Blas,
hoy me escribes otra vez
desde el pueblo donde estás,
consultándome el proyecto
de cierta *cosa* en un acto,
según dices, «con *ojecto*
de que yo diga *ipso facto*
si la encuentro algún defecto.»
Y como me tienes frito
con tus consultas estultas,
hoy voy á ver si te quito
ese maldito prurito
que tienes de hacer consultas.
Ya sabes perfectamente
que siempre que pretendiste
mi opinión incompetente,

con tu gusto te saliste;
pero en la ocasión presente
desoigo tu pretensión,
y aunque es cosa lisa y llana,
no te digo mi opinión
por la sencilla razón
de que no me da la gana.
Puesto que en mil ocasiones
al ver tus composiciones,
que nunca debí juzgártelas,
te quité las ilusiones,
ó mejor, quise quitártelas,
y aún no ves que desatinas,
ni adviertes que me encocoras,
y sigues con tus pamplinas
dándome cien sofoquinas
terribles á todas horas,
maldigo tu pesadez,
escritorzuelo en agraz,
y renuncio á ser tu juez
para ver si de una vez
me dejas vivir en paz.
No obstante, aunque convencido
estoy de que aún no ha nacido
mortal que á ti te convenza,
porque no tienes vergüenza
ni nunca la has conocido,
con los mejores deseos
te aconsejo, por tu bien,
sin ambages ni rodeos,
que te dejes de floreos

por siempre jamás, amén.
¿No ves con desilusión
que en premio á tu inspiración
la gente, con muy buen fin,
te llama calabacín,
en lo cual tiene razón?
Entonces, ¿por qué deliras?
¿Y á qué demonios aspiras
con tamaña chifladura?
¿Y por qué no te retiras,
desdichada criatura?
¿O te imaginas quizás
que con tesón llegarás
á la altura que has soñado?
¿Que sí? Pues estás errado.
¡Pero muy errado, Blas!...
Si no dejas tu tesón
y haces versos al *tun-tun*,
sin tener disposición,
siempre serás un atún
con chaquet y pantalón.

CHULERÍAS

—¿Y *sus* divertisteis?

—¡Anda!

¡Corrimos la primer *juerga!*
Verás: yo me la encontré
la otra noche en la *prazuela*
de Antón Martín, y la dije:
«*Me se* ha puesto en la cabeza
que yo y tú tenemos que ir
un domingo de merienda;»
y ella, que ya ni debía
de mirarme *tan siquiera*,
porque la *verdá* es que yo
me he *portao* muy mal con ella,
dijo... dice: «Pues ya sabes
que yo voy donde tú quieras».
En total, que nos *citemos*
pa ayer á las tres y media
junto al cuartel del Rosario;
tomemos una *manuela;*

le dijimos al cochero
que nos llevase á las *Ventas*,
y en aquel ventorro que hay
según se va á la derecha,
cogimos dos *violinas*
de las de primera fuerza.
Na, que se pasó la tarde;
por supuesto con decencia,
porque eso sí, la Juliana
será *too* lo que se quiera
y tendrá, si á mano viene,
tal cosa *ú* costumbre fea,
pero tocante á honradez
yo sé *mu* bien quién es ella.
—*Gacho*, *miá* que *tiés* partido
con las mujeres. Y que esa
es de *buten*.
—Ya lo creo
que lo es. Dí que si no fuera
porque *tié* tan *scñalaos*
los hoyos de las viruelas
y porque es algo *tartaja*...
¡vamos, que habría que verla!
Dentro de un mes va á casarse,
según dicen malas lenguas,
con ese chico albardero
concuñao del *Gallinejas*,
que la *tié depositá*.
—¿Dónde?
—En su casa.
—¡Quisiera!

¡*Miá* que en su casa!
—Pues claro,
como que vive con ella.
—Entonces ya *pués* decir
que *habís chafao*.
—No lo creas,
porque en cuanto que la encuentre,
mas que esté *casá* de veras,
nos citamos de segundas,
cogemos una *manuela*,
le decimos al cochero
que nos lleve hasta las *Ventas*...
¡y yo entiendo!
—¡Vamos, *na*,
que *sus* mamáis la gran *juerga*!

PEQUEÑECES

Cuando alguno, que se precia
de conocer lo que valgo,
me dice: «¡No seas tonto
y escribe para el teatro!»
le doy las gracias por fórmula,
y digo allá, en mi interior:
—«Éste, si no es un borrico,
tiene muy mala intención».

—

—¡Hola, chico! ¿Adónde vas?
—Á ver á las de Cuyás,
esas coristas ingratas.
—¡Demonio! ¿Conque las tratas?
—Por encima nada más.

—

Ya no me miras desde
que te has casado.
¡Váyase por lo mncho
que me has mirado!

—

Un mozo de café, zaragozano,
se suena las narices con la mano;
y un tenor de zarzuela, filipino,
se lava con aceite de ricino.
Lo cual prueba que hay gentes muy cochinas
lo mismo en Aragón que en Filipinas.

—

La suegra de Quijada el ministrante
se tragó dos ovillos de bramante,
y al sacarle la cuerda introducida
cuentan que la infeliz perdió la vida.
Por eso dice, con razón, Quijada
que murió descordada.

—

En una tertulia cursi,
cierta vieja entrometida,
de esas que dejan la escoba
para manejar la lira
y hablan de literatura
lo mismo que de cocina,
calándose los anteojos
con petulancia, decía:
—¿Habrá en el mundo, señores,
otra cosa más rídicula
que un mal poeta?—Y al instante
un tertulio que la oía
la contestó:—Sí, señora:
una buena poetisa.

—

Serafín, que es un rubio azafranado,
se casó locamente enamorado
con una chica rubia como el oro
que vivía en la calle del Tesoro,
y ocho meses después de haberse unido,
según tengo entendido,
le dió el cielo una niña encantadora
con el pelo más negro que la mora.
Estas anomalías,
que vemos sin querer todos los días,
enseñan claramente
que anda mal de moral alguna gente.

—

Cuando ya estuvo el toro preparado,
lió el espada, le pinchó en un lado,
y el arma, despedida por la fiera,
se clavó en el cogote de un casado
que estaba en la barrera;
mas con tan mala suerte
que al pobre aficionado dió la muerte.
¡Y aún me dice la viuda muy formal
que falleció de muerte natural!

—

Te escuecen las mejillas, y preguntas
que cómo has de curarte. Es muy sencillo.
Le dices á tu novio que se afeite,
y asunto concluído.

UN JEFE DE GOBIERNO

—Y en la cuestión de la guerra,
¿tú qué es lo que eres, *Tiñama*?
¿Pesimista ú *otimista*?
—¿Yo? Profesor de guitarra.
—¡No contestes vaciedades!
—¡Pues no preguntes gansadas!
A mí que me han *dao* su sangre
la casquera más gitana,
más baril y más castiza
del *Mercao* de la Cebada
y el matarife de cerdos
más terne de cuantos *haigan*
peinao tufos, no *me se* hacen
esas preguntas ni en guasa.
—¡Camará, pues no te escueces
tú mucho!
—¡Me da la gana!
—¿Te has resentido?
—¡*Pa* chasco!

—¡Qué *delicao!*
—¡Pocas gracias!
¿Dónde nací yo?
—*Nacistes*
enfrente de la *Posada*
del Dragón.
—Entre un despacho
de huevos de mucha fama
y un *extraztor* de raigones.
—*Verdaz;* en la Cava Baja,
entrando á la mano izquierda.
—Bueno, ¿y dónde está la Cava?
—En *Madriz.*
—*Perfeztamente.*
¿Y *Madriz* dónde?
—En España.
—¡Pues el que se trae al mundo
todas esas circunstancias.
y es, por consecuencia de ellas,
español hasta las cachas
tié que llamarse *otimista*
mas que le suplique el Papa
lo contrario!
—De manera
que si yo veo más claras
que tú las cosas, y digo
que nos van á hacer la pascua
los *yanqueses*, no por bravos,
que la bravura se mama,
y á ellos les meten la sangre
con lavativa en el arca

del cuerpo, sino por otras
y muy diferentes causas,
¿no soy español?
—¿Tú?
—¡Claro!
—¡Ni siquiera de la Alcarria!
—¡Te *azvierto* que yo no *azmito*
ciertas *espresiones!*
—¡Vaya!
¡pues yo te las doy escritas
de mi puño, si hace falta!

.....

Los que no movéis la lengua
si no es *pa* hacer *comparanzas*,
de las que siempre resulta
que aquí somos unos chanclas
indecentes; los patriotas
de á real y medio la vara
que, presumiendo de *doztos*,
nos enseñáis abultadas
la grandeza del contrario
y la pequeñez de España
pa deducir que debemos
poner al aire la cara
y dejar que nos las llene
de mocos cualquier canalla;
los que no ven en su tierra
que es y será, mientras *haiga*
luz en el cielo, la madre
de la guapeza sin trampa,
ni bravura *pa* el envite,

ni aguante *pa* las desgracias,
ni ejército, ni marina,
ni *moralidaz*, ni lacha,
merecen ser de Charleston
y haberse *cebao* en Tampa
y ser ah orcaos en Chicago,
y siento que mi *iznorancia*
no encuentre pueblos más ruines
en *too* lo largo del mapa.
¡He dicho!
—Se ve que tienes
facilidaz de palabra.
—*Facilidaz* y *entresijos*
y pundonor y navaja.
—Yo que tú me iba á Manila.
—Si me lo exige la patria
me voy al propio *Guasinton*,
me introduzco en Casa Blanca,
cojo á Mac Kinley del morro,
le casco la nuez y ¡pata!
—Ten tú *cuidao* no te casquen
la tuya.
—Si me la cascan
(que está en lo posible), créeme
que ellos no se van de *guagua*,
porque la nuez de este cura
tié la tasación muy alta.
—Puede que hubiera un *conflizto*
internacional.
—¿Qué?
—Nada.

—¡Se han visto cosas más negras
que la pez! Y si es que tratas,
por ejemplo, de tomarme
los bucles, *Chapalangarra*,
te pongo la región *glútia*
del color de las lombardas.
—No he *tratao* de molestarte.
—Bueno, pues por si tratabas.
. . . . . .
Aquí, *pa* que tú te enteres,
¿sabes qué es lo que hace falta?
Dí.
—Millones.
—¡Ca!
—¿No? *Tórpedos.*
—Menos.
—*Destroyeres.*
—¡¡Magras!!
Un tío como el alcalde
de Móstoles, ¡con agallas!
que no entienda ni un pimiento
de esas pamplinas que llaman
cencia, educación, política
y derecho y diplomacia,
pero que tenga sentido
común y amor á su patria
y una cabeza muy dura
y una pupila muy clara.
—¿Y *ande* está ese hombre?
—¡Presente!
—¡Quién! ¿Tú?
—Yo. ¡*Reimundo* Trápaga!

—Bueno, si me lo permites
voy á reirme una *miaja*,
Reimundo.
—Puedes hacerlo,
con permiso.
—Muchas gracias.
—Pero he de participarte
que si hoy día me nombraran
presidente del Consejo
de *menistros*... ¡me mascaba
los champiñones, yo solo,
siempre que no se acabara
la simiente de los yanquis
en tres *ú* cuatro semanas!
—¿Qué ibas á hacer?
—¡Poca cosa!
—¿*Tiés* algún plan?
¡Y de barba
de mico viudo!
—¿Se puede
saber?
—Si me das palabra
de guardar bien el secreto,
te lo diré en confianza.
—Soy un cadáver.
—Pues oye
los varios puntos que abarca.
—Venga.
—Primero. *Prencipio*
por ahuecarles el ala
á *toos* los pollos que cursan

la carrera diplomática
en Burgos, Ceuta, Santoña,
Melilla, el Peñón, Ocaña
y en las otras *politécnicas*
no menos acreditadas.
Los envío á Cayo Hueso
con sus *respeztivas* facas
y que pinchen lo que quieran
y que roben lo que caiga
y de paso que se ocupen
en mejorarles la raza
poco á poco.
—¡Qué *Reimundo*
más ocurrente!
—Ventajas
de esta medida: nosotros
nos quitamos una laña
y un gasto y ellos *azquieren*
la *cultura* que les falta.
—¿Y en qué buques los envías
si *toos* están en la escuadra?
—¡Se van á nado, si hay hembras
y dinero donde vayan!
—Sigue.
—Segundo. Le escribo
á *ca* nación una carta
diciéndola que estoy bueno
de *saluz*, y en la posdata
pongo, con buenos modales,
que eso de las alianzas,
ecétera, me lo paso

por debajo de las ancas.
—¿Y *pa* qué?
—*Pa* que se enteren
del *efezto* que me causan.
—Y se atufan y te piden
una explicación.
—¡Qué gracia!
Y yo entonces les contesto
que vengan aquí á buscarla.
—Y ellos van y se *cualigan*
y vienen y te escacharran!
—¿Tú te acuerdas de *Pucheta*?
—Sí.
—¡Pues ya sabes la *másima*.
Tercero. Mando que saquen
una quinta extraordinaria
de cien mil hombres.
—¿*Na* menos?
¡Muchos me parecen, Trápaga!
—Bueno, pero es porque *iznoras*
que voy á *esigir* que vaya
too Cristo, desde el *pelambres*
que tenga que andar en chanclas
hasta el que lleve á destajo
sombrero de copa de alta.
—Pero la gente de guita
se *redemirá*.
—¡Las ganas!
¿Tú te crees que eso se compra
lo mismo que la mojama
siendo yo poder? ¡El rico

dará su sangre y su plata!
—¡Y un jamón!
—¡Si *tié* jamones,
también jamón! Y si *grazna*
se le pegan cuatro tiros
y se le forma sumaria
por indecente.
—¡Bien hecho!
—Cuarto.
—Dispensa. ¿Te falta
mucho?
—Treinta y dos artículos
y un resumen.
—Pues descansa,
que voy á darte un consejo
barato y útil.
—¡Despacha!
—¿Quieres acertar de golpe
y *azquirir* dinero y fama?
—¡Ni que decir *tié!*
—Pues mira,
Reimundo: coge el *pograma*,
le aumentas un par de números,
le introduces una *miaja*
de sinfonía, te vistes,
te presentas á Sagasta
con el plan, se lo recitas
acompañao de guitarra
ó *acordión*, y de resultas
ya *tiés* mantención y casa
pa siempre, porque te *azvierto*

que cuando concluyas, manda
que te lleven á un presidio
ó á un *manucordio*, ¡pa!abra!
—Te estoy viendo cómo *erutas*
y no sé, *Chapalangarra*,
si darte dos estacazos
ó si escupirte la cara;
pero voy á *oztar* por lo último
pa no ensuciarme la estaca.
—¡¡Vamos, no escupas!! ¡¡Qué bárbaro!!
¡Lo ha *tomao* en serio!...
—¡Lástima
que fuese á tomar á chunga
las *vejaciones* á España!
—¡Pero, *so* sucio, ¿no sabes
que yo fabrico corbatas
patrióticas?
—Está claro
que lo sé.
—¡Viva la gracia!
¿Pues en qué cabeza cabe,
si es cabeza y no patata,
que el que fabrica esas cosas
puede ofender á su patria?
¡Ha sido una broma!
—¡Chico,
dispensa! Pensé que hablabas
de formal.
—¡Sí, pero mira
cómo estoy!
—¿Qué quieres que haga?

—¡Que obres de cierta manera,
porque ya ves!...
—Hombre, calla,
y vente á tomar dos copas.
—Bueno, vamos á tomarlas,
¡pero *gachó*, qué saliva
más pegajosa *me* gastas!

ENTRE AFICIONADOS

—No vuelvo con *el Ponciano*
mas que me pague el billete,
porque ni Cristo le aguanta
con ese vino que tiene.
—Y es la *verdá*.
—Vamos, hombre,
te digo que en cuanto bebe
dos *ú* tres copas, se pone
chalupa completamente
y arma *bronca* con su madre,
por nada si á mano viene.
El otro día estuvimos
en la *becerrá* del Puente
con Melanio, el oficial
del taller del señor Pepe,
y porque el segundo bicho
salió con *muchismos pieses*
y dije yo que debían

darle cinco *ú* seis *ú* siete
verónicas, con *ojecto*
de aplomarle *mayormente*,
fué el *morral* y me atizó
cuatro *patás* en el vientre
que por poco me disloca.
Luego, si uno se enfurece
y echa mano á la *herramienta*,
como Dios manda, la gente
le pone de poca *lacha*
que no hay por dónde cogerle.
—Pues si llega á dar conmigo...
yo entiendo.
—¿Vas á perderte
por un bocaza?
—No.
—¡Entonces!...
Á mí lo que más me puede
es que hombres como *el Ponciano*
quieran ser inteligentes
cuando no han visto en su vida
más que *embolaos*.
—Me parece.
—Á ése ya se le figura
que porque ha sido tres meses
ayudante *ú* no se qué
del que pega los carteles,
va á saber más que *too* el mundo.
—Pero ¡qué va á saber ese
calabaza! Que te diga
lo que hay que hacer con las reses

cuando se *entableran*; vamos,
¿á que no lo dice?
—Puede.
—¿Á que no dice tampoco,
ni *pa* Dios, qué es lo que debe
de hacer un diestro al *quebrarse*?
—Eso ni que decir tiene.
—Pregúntale cualquier día
cuántos *melímetros* puede
tener cada rejoncillo
de los comunes, si quieres
verle *acharao;* pero cómo,
acharao completamente.
Pregúntaselo por gusto.
—¿*Pa* qué? ¿*Pa* que me conteste
de fijo con otras cuatro
patás como las del Puente?
¡Anda y que se lo pregunte
su padre si le parece,
que yo no vuelvo á juntarme
con mamarrachos como ése!

INTERROGATORIO

—Buenos días.
—Buenos días.
—¿Está usté bien?
—Muy bien, gracias.
—¿Es usté don Luis?
—El mismo.
¿Y usté quién es?
—Yo, la Paca.
—¿La Paca?
—Sí, la *Currilla*.
—Pues no recuerdo.
—¡Me extraña!
Bueno; yo sirvo.
—Lo creo.
—Quiero decir que soy fámula.
—¡Ah, vamos!
—Y como sé
que usté busca una muchacha

para todo, me he llegado
por si quiere usté hacer *changa*.
—¿De dónde es usté?
—Del Puerto.
—¿Y ha estado usté en muchas casas?
—En treinta.
—¡Diablo!
—Y de todas
me han echado.
—¡Pues no es nada!
¿Tal vez por sisar?
—¡Ay, no!
Yo en eso soy muy *esata;*
pero ¿sabe usté? como una
es un *poquitillo* guapa,
y ustedes los caballeros
tienen las manos tan largas,
muchas veces ocurría
lo natural: que las amas
cogían á los señores
con las manos en la masa,
y la *vítima* era yo
casi siempre.
—Bueno, Paca;
y usté ¿qué hace?
—Soy doncella,
ó lo he sido, hablando en plata;
pero se empeñó un canario...
—¡Un canario!
—De Canarias,
en que había de dejar

de serlo, y por esta causa
ahora me dedico á todo
como cualquiera criada.
—¿Sabe usté guisar?
—Al pelo.
—¿Y coser?
—Como una máquina.
—¿Es usté obediente?
—Mucho.
—¿Y dócil?
—Como una malva.
—¿Madruga usté?
—¡Ya lo creo!
—¿Me dará usté gusto?
—¡Vaya!
—¿Cuánto piensa usté ganar?
—Lo que á usté le dé la gana.
—¿Le tira á usté la milicia?
—Á mí no me tira nada.
—¿Es cierto?
—¡Por estas cruces!
—Me gusta usté.
—Muchas gracias.

.....

—Conque lo dicho.
—Lo dicho.
—No hay que hablar...
—Ni una palabra.
—Hasta mañana, *Currilla*.
—Señorito, hasta mañana.
—(¡Vale mucho y es muy guapo!)
—(¡Vale mucho y es muy guapa!)

EN LA CALLE DE TOLEDO

(DIÁLOGO HORTERIL)

—Se me ha puesto en la cabeza
que usté es de Vitigudino.
¿Á que es cierto?
—No, señora.
—Dispénseme usté; lo digo
porque tengo en ese pueblo
un muchacho conocido
ministrante, que se llama
Policarpo Romadizo,
más chirigotero y más
dado al amor y al bullicio
que el mismo don Juan Tenorio
de Ruiz Zorrilla. Es sobrino
de un señor que fué teniente
cura de Valdemorillo,
pero que perdió el curato

por razones que no explico
y hoy trata en reses vacunas,
lo cual viene á ser lo mismo
si se tiene en cuenta que...
—Pero...
—Pues bien, como digo,
yo quiero al muchacho aquel
de un modo exageradísimo,
porque, hijo, tiene unas cosas
que hacen perder el sentido;
sobre todo aquel lunar
de cabellos retorcidos
que Dios le puso en la frente
entusiasma; en fin, lo mismo
que el de usté, que, dicho sea
de paso, es retrato vivo
de aquél; por eso creí...
pero no, ya he comprendido
mi equivocación; me choca;
jamás hubiera creído...
—Yo he nacido en Carratraca.
—¡Jesús, Carratraca dijo!
¡Si no conozco otra cosa!
También tuve allí un amigo;
don Homobono. Aquél era
comerciante de tejidos.
Hacía mucho negocio,
pero dió quiebra el indino,
de esas quiebras que usté ya
comprenderá...
—¡Comprendido!

—Actualmente tiene coches
y cocheros; es muy listo.
Anduvo tras de mi niña...
—¿Sí?
—Pero ella no le quiso
porque, según luego supe,
no la llenaba... De fijo
sabe usté á quién me refiero.
—¡Cómo que es hermano mío!
—Entonces usté es pariente
de una tal doña Rocío...
—Sí tal.
—Que trabaja en cueros.
—¡Señora!
—Bien, en curtidos.
¡Si lo estaba yo diciendo!
¡Se parece á usté muchísimo!...

LO DE SIEMPRE

—¡Chula, que te *cayes* digo!
—¡Chulo, no me da la gana!
—¡Que nos *guipan!*
—¡Que nos *guipen!*
—¡Que hay mucha gente!
—¡Que la *haiga!*
¡Te tengo dicho que quiero
que sepa tus *charranadas*
todo el mundo, y me han de oir
hasta los sordos!
—¡*Bocaza!*
¡Tú no *tiés* educación,
y voy á tener que dártela!
—Mira, quédate con ella,
que te hace bastante falta,
ó se la endosas si no
á esa cursi con quien hab'as.
—Porque sabe distinguir

y es *mu* valiente y *mu* guapa;
lo cual que, segun me ha dicho,
tiene las primeras ganas
de arrancarte el moño.
—¿El qué?
—¡El moño!
—¡Jesús, que lástima!
Díle que no me le arranque,
porque si me quedo calva
voy á estar muy fea.
—¿Más
entodavía?...
—¡Una *miaja!*
Más te valía, *so* tío,
tener una poca *lacha*
y portarte como debes
conuna mujer honrada,
á quien debías besar
hasta los *pieses.*
—¡ *esaban!*
—Después de sacrificarme
por tus vicios y tus trampas;
después de quedarme en cueros,
como aquel que dice, para
que á ti no te falte un duro
nunca en el bolsillo, y vayas
á los toros y á las *juergas*
con otros pillos...
—¡ *Inacia!...*
—Después de que te he *comprao*
un *remontoire* de plata...

—¡Que te *calles!*
—Y después
de que he *pulido* la falda
de merino y el mantón,
solo porque tú sacaras
el pantalón, que tenías
en casa del *quita manchas...*
y después de que hago todo
lo que á tí te da la gana,
me das *achares* con esa...
señora...
—¡Tú, que la faltas!
y te he dicho treinta veces
que si se me hinchan las *napias*
te reviento los hocicos
ó pierdo el nombre de *Rata.*
—De *boquilla.*
—*Ú* de *manilla.*
¿Quieres verlo?
—¿Y si me matas?
—¿Te chuleas?
—¡Me parece!
—¡Mira que te doy!
—¡Ya tardas!
—¿Sí? *Pus* ¡toma! por *boceras.*
—¡Ay! ¡pillo!
—¡Á ver si te *callas!*
.....
....
Vamos, *Inacia,* no *llores,*
que me entristecen tus lágrimas

y tengo ya el corazón
lo mismo que una *alvellana.*
—Anda y vete, sinvergüenza,
con la *señorita.*
—*Inacia,*
no me hables de esa patosa.
—¿Por qué?
—Porque me dan *nausias.*
—¿No la quieres más que á mí?...
—¡A esa... más que á tí! ¡*De ganas!*
Si ahora tuviera dinero...
—¿Qué?
—*Na,* que te convidaba
pa probarte mi querer
de una manera más *prática.*
—Por dinero no lo dejes.
—¿Le tienes tú?
—Sí.
—¡*Pus arza!*
Vamos á...
—Donde tú quieras.
—¡Bendita sea tu *mama!*
—Déjame la cara, chico.
—Chica, no me da la gana.
—¡Que nos *guipan!*
—¡Que nos *guipen!*
—¡Que hay mucha gente!
—¡Que la *haiga!*

EL TEATRO POR DENTRO

—Tengo una queja, don Carlos.
—Hija, pues usté dirá.
—Que la niña está en el coro
hace un siglo y, la *verdaz*,
eso, como usté comprende,
no está bien, *másime más*
cuando aquí mismo hay algunas
que no valen ni valdrán
lo que mi Francisca, y suben
que es una *barbaridaz*.
¿Porque es esa *diferiencia*?
diga usté, ¿por qué? Por *na*.
¿Tiene malas formas?
—No.
—¿Se emborracha ella?
—¡Jamás!
—¿Es guapa?
—¡Vaya si es guapa!

—¿Canta bien?
—No canta mal.
—¿No enseña, como quien dice,
todo cuanto hay que enseñar,
pa que las obras estén
en *carázter*?
—¡Claro está!
—¿No la toca usté la cara
con entera *libertaz*,
y yo no me enfado nunca
ni ella tampoco?
—Verdad.
—¿Por qué no ha de ser, entonces,
lo mismo que las demás,
y no que á la pobre chica
la tiene usté *postergá*?
—¡No exagere usté!
—Don Carlos,
no *desagero*. Ahí están
las Garcías, dos pendones
sin carnes, ni voz ni *na*,
y hacen ya sus papelitos
y ganan seis reales más,
y van á su casa en coche
y suelen beber *champán*
en el cuarto, como sabe
casi todo el mundo ya.
Si se propusiera usté
algún fin *particular*
con ellas, pongo por caso,
sería muy natural

esa *proteción;* pero, hijo,
si no hay quien sea capaz
de que le gusten aquellas
sardinas *escabechás*...
¡Digo, me parece á mí!
—Bueno, doña Trinidad:
¿usté quiere que la niña
salga del coro?
—*Na* más;
que trabaje con las partes.
—Bueno, pues trabajará.
Su hija de usté será tiple
antes de un mes.
—¿De *verdaz*?
—Sí, pero...
—Lo que usté quiera.
¡Pues no faltaría más!
¡Si ella le aprecia á usté mucho!
¡Ya lo sabe usté, truhán!...
—Ya lo sé.
—Voy á decírselo.
¡Ay, qué gusto le va á dar!...

UN ESCALO

—En cuanto yo me enteré
de que allí había dinero
fuí á ver al presidente,
que está en la Cárcel Modelo,
y le dije: «Mira, *Chocha:*
me se ha venido á los dedos
un negocio *suterráneo*,
superior, pero no quiero
trabajarle por mi cuenta,
porque me parece feo
faltar al compañerismo,
y sobre *too* al reglamento;
conque si *quiés* que le hagamos
por la *sociedá*, le hacemos
y luego nos repartimos
lo que caiga». «Por mí, bueno
(me contestó), y si tú sabes
que la cosa es de provecho,

te arreglas con el *Monago*
y el *Sifón ú* el *Cirineo*,
y yo *sus* dirigiré
desde aquí, con el *ojecto*
de que no metáis la pata
como siempre que *sus* dejo.»
—¡Ay su madre! ¿Y tú qué *hicistes*?
—A mí me hizo daño aquello
de meter la pata, ¿sabes?
y me lo hizo porque creo
que no soy ningún tarugo
como otros que hay en el gremio.
—¡Me parece!
—Así es que dije:
tan solamente por eso
demito y hago el asunto
por mi cuenta.
—Muy bien hecho.
—Conque hablé al *Güito* y al *Burro*,
que estaban de *volanderos*
hacía más de tres meses;
les conté *pa* su gobierno
que el negocio era un negocio
lo mismo que el pan de bueno,
y *acetaron* en seguida,
¡pero cómo!
—Ya lo creo;
cualesquiera aceta un trato
como ese trato, sabiendo
que no hay peligro.
—Ninguno·

¿no ves tú que ya estaba hecho
casi *too* y no había más
que dar el golpe?
—Pues eso
digo.
—En resumidas cuentas,
que una noche nos *colemos*
los tres á la galería
cargaos con los *istrumentos,*
por un boquete que hicimos
en el parador de *Ugenio,*
y en el *alcantarillao*
de la calle de Juanelo
vimos á los de la ronda
suterránea del *Manchego*
que estaban jugando al tute;
lo cual que en cuanto nos vieron
nos *diñaron* unas *limpias*
de *mollate,* que yo entiendo.
Después nos fuimos de allí
pa no molestar, y á eso
de las dos de la mañana,
prósimamente, lleguemos
á la *prazuela* del Biombo,
que era donde estaba *aquello*;
miré en qué sitio caería,
sobre poco más *ú* menos,
la habitación del negocio;
hicimos un *abujero,*
levantemos tres baldosas
con mucho *cidao; entremos...*

¡y no fueron estacazos
los que nos soltaron dentro!
—¡Anda la *órdiga!* ¿De modo
que te habrán tenido preso?
—Y *entodavía* me tienen,
pero salgo cuando quiero
despachar algún *asunto*.
—¿Con permiso?
—¡Por supuesto!
Eso ni que decir tiene.
¡Pues, hombre, estaría bueno!

PACO Y MANUELA

—Tengo un capricho, Manuela.
—Mira, Paco, ya te he dicho
que no te canses.
—¡Mujer,
si no es eso lo que digo!...
¿A ti te gustan los churros?
—La mar.
—Pues mañana mismo
por la tarde, si tú quieres,
te voy á llevar á un sitio
donde, según me han *contao,*
los fabrican al estilo
de los que hacen en mi tierra.
Ya verás tú lo que es rico
cuando los pruebes.
—¡Te veo!
Siempre será ese algún sitio
como aquel donde querías

llevarme hace tres domingos.
—Haz el favor de no hablar
de aquello, porque me *enrito*
pensando en que no me tienes
ni tanto así de cariño.
—*Pué* que lo digas de veras.
—Pues es claro que lo digo.
Ahí tienes al cabo López,
que *paece* un pájaro frito
de puro feo, y no *ostante*,
ya ves lo que hace la *Filo*
por él.
—¡Sí! ¿Qué hace?
—No tengo
nesecidaz de decirtelo.
—¡Qué quieres, hijo, es que todas
no podemos ser lo mismo!
—La mujer que aprecia á un hombre
hace cualquier sacrificio,
sobre todo si es decente
el hombre.
—Como tú.
—Y dílo,
pero muy alto, porque he
probao que lo soy *muchismo*.
¿Te doy yo la ropa sucia
pa que la bajes al río,
como hacen otros?
—No.
—¡Nunca!
Desde que te he conocido

creo que no me has *lavao*
más que un par de calzoncillos,
y eso fué por lo que fué,
que si no...
—Claro.
—¿Te *esijo*
en jamás de los *jamases*
que me mantengas los vicios
con tu *guita*?
—Algunas veces
te la he *dao*.
—Pero eso ha sido
de *tu motu propio*.
—Menos
cuando andas mal de pitillos
y me la pides.
—Corriente;
y aunque eso sea verídico,
¿no soy yo capaz, en cambio,
de quedarme en cueros vivos
pa que vayas tú con lujo?
—¡Quita hierro!
—¡No lo quito,
porque es la pura *chipendi*!
¿No llevas un abanico
en la mano, que es la envidia
de todos los que le han visto?
¿No tienes unos mitones
de hilo de Escocia legítimo
que he *comprao pa* que te luzcas
en paseo los domingos?
¿No gastas un par de ligas

con broches de acero fino,
mejores, cincuenta veces,
que las que tu señorito
te regaló por tu santo?
¡Vamos á ver! ¿No te escribo
si tengo que *dirme* fuera
en pliegos de esos bonitos
con flores *iluminás*
que me cuestan un sentido?
Pues eso no lo hace nadie
sin estar loco *perdío*
por una mujer, y si ella
no paga con su cariño
el del hombre, es porque tiene
el corazón como un higo.
¿Tú me quieres á mí?
—Mucho.
—¿Palabra de honor?
—*Muchismo.*
—Pues déjame siete reales
de *tu motu propio.*
—¡Ay, chico,
perdona por Dios!
—Entonces,
escucha lo que te digo:
si vuelves por el cuartel
á buscarme los domingos
ú dices por *ahí* que estás
en relaciones conmigo,
te hincho los morros.
—¡Hinchaban!
—¡Por éstas, que te los hincho!

COSAS DE MADRID

—¡Madre!
—¿Qué?
—Baje usté pronto,
que está la *señá* Asunción
á por los cuartos y dice
que tiene prisa.
—¡Ya voy!
Dí que se aguarde si quiere,
ú que se vaya si no,
porque yo no puedo ahora
dejar esta *operación*...
¿Oyes?
—Sí, señora.
.....
.....
¡¡Madre!!
—¿Qué quieres?
—Que se va al dos

á cobrar á la Escolástica,
la del encuadernador,
y dice que tenga usté
preparao aquello.
—Voy.
—*Miste* que vuelve en seguida.
—Pues déjala.
.....
.....
—Aquí estoy yo.
—Hija, lo siento muchísimo.
—¿Por qué?
—Porque lo que es hoy
no le puedo dar á usté
ni tanto así.
—Pues señor,
á *desahogá* y sinvergüenza
no la ganan á usté dos.
—¡Gracias!
—Hace ya ocho meses
que la traje á usté el mantón
y la chambra de percal
y las medias de color,
y usté no suelta los cuartos
ni á tiros.
—Es claro; ¿voy
á convertirme en moneda
ú qué?
—Sería mejor
que, en lugar de ir al café
todas las noches de Dios

con ese *esperpento* de hija
que le ha *dao* á usté el Señor,
se quitase usté las trampas
que tiene.
—*Señá* Asunción,
no se irrite usté, hija mía,
ni esfuerce tanto la voz,
que le van á dar viruelas
malinas, y eso es peor.
—¡*Paece* que una roba el género!
—¡No diría yo que no,
por si acaso cometía
una *dequivocación!*
—¿Es de veras?
—¡Me parece!
¡De menos nos hizo Dios,
según dicen por ahí!
—Lo que es á usté sí debió
de hacerla con algo feo.
—¡Sí! ¿por qué?
—Por el olor
que despide usté.
—¡Adiós Frera!
—Poco menos; Frera no,
pero tengo muy relimpias
las ropas del interior
y *carculo* que habrá mucha
diferiencia entre las dos.
—¡Ay, qué lastima! ¿Y por qué
no ha ido usté á la Exposición
de París, *pa* que la vean?

—*Velay*, pues por el pudor.
¿Usté no sabrá lo que es
eso que he dicho?
—¡Quiá, no!
pero lo aprendo en seguida
si me da usté una *leción*.
—El disgusto hache va á ser
el que la voy á dar yo
pa escarmiento de granujas.
—¡Puede!...
—Palabra de honor.
Si *pa* dentro de ocho días
no me paga usté el mantón
y la chambra de percal
y las medias de color,
la desnudo á usté en la calle
como una y una son dos.
—¡Ay, voy á tener *doncella!*...
—¡Misté que eso!...
—¡De labor!

EN LA PELUQUERIA

—¡Adelante, don Francisco!
—¡Siéntese usté aquí, don Paco!
—Despáchenme ustedes pronto,
que tengo prisa.
—¡Volando!
¿Qué va ser?
—Afeitar.
—Bueno.
¡Á ver, Simón, agua y paño
en seguida! ¿Ha visto usté
que tiempecito?
—No es malo.
—Treinta grados á la sombra.
¡Me parece que son grados!
Por supuesto que esto tiene
que acabar en lluvia.
—Claro.
—Mañana irá usté de toros,

¿eh?

—¿Quién, yo? No, señor.

—Vamos,

usté no es torero.

—No;

soy cornetín.

—¡Qué don Paco!

¡Siempre de broma! Pues dicen
que mata un chico muy guapo,
el *Bombita*. ¡Qué pronto ha hecho
la carrera ese muchacho!
¿*Verdaz*?

—Sí.

—Yo no le he visto,

pero creo que es muy bravo
con la reses. ¡Hombre, cómo
tiene usté la nuez de granos!
¿Por qué no se baña usté?
Debía usté tomar baños
ó cualquier cosa, porque eso
no conviene abandonarlo.
—¿De veras?

—Mire usté, aquí

servimos á un parroquiano
sacerdote (pero que es
muy decente, sin embargo)
que tenía la nariz
perdida, y por no hacer caso,
ahora se le está cayendo
toda la parte de abajo
poco á poco. ¡Es una cosa

atroz!
—¡Ay!
—¿Le hago á usté daño?
Eso no vale la pena;
es un cañón. Y ahora que hablo
de cañones, ¿usté ha visto
cómo se están preparando
los alemanes? ¡Qué zorros!
¡Ese Bismarck es muy largo!...
—¡Vaya!
—Como que es un tío
que vale mucho. No tanto
como aquella personita
que llevaba usté del brazo
anoche, entre nueve y diez,
por la calle de Preciados...
—¡Ah, sí!
—¡Buena mujer!... ¿Fría?
—No, templada.
—¡Á ver, muchacho,
templadita! ¡Vamos, vivo!
Tenga usté mucho cuidado
no le caiga agua en el pecho;
y eso que ahora en el verano...
¿Quiere usté un hierro en la pera?
—¡Gracias!
—Estoy observando
que la tiene usté lo mismo
que la de Martínez Campos;
un poquito más poblada
por arriba, pero, vamos,..

—Puede ser.
—¡Ay, sí señor!
Aquí le hemos afeitado
varias veces. Y á próposito:
¿qué opina usté del sufragio?
—Yo, nada.
—Á mí me parece
que tenemos para rato.
¡Primero que lo discutan!...
—Me es igual.
—Por de contado;
pero que es lo que uno dice.
—Eso sí.
—¡Valientes pájaros
son los políticos! Vaya,
servidor de usté, don Paco.
¡Chico, ese bastón! Aquí
tiene usté; tres y uno, cuatro.
—Corriente.
—Gracias.
—Adiós,
caballeros. Hasta el sábado.
—¡Abur, señor don Francisco!
—¡Vaya usté con Dios, don Paco!

DECLARACIÓN

Madriz, primero de *Otubre*.
Apreciable Cayetana:
Dende que tuve la suerte
de ir al baile que hubo en casa
de su tía de usté, el sábado
hará dos *ú* tres semanas,
y *bailemos* la mazurka
de *El año pasao por agua*,
con aquellos movimientos
de *chipén* y aquella gracia,
tengo metida en el pecho
una cosa que me abrasa
y que me da *ca* latido
que me *escachifolla* el alma
de un modo atroz; es decir,
que me hace usté mucha falta,
porque estoy, lo que se dice,
loquito por esa cara

de virgen pura, y usté
dispense la *comparanza*.
¡Ay!... ¿Por qué es usté tan *barbi*,
morucha de mis entrañas
y de mi vida? ¿Y por qué
la dió á usté á luz su *máma*
con esos ojos gitanos
y esa boquita serrana
que están pidiendo cariño
siempre, con *la mar* de ganas?
¡Ay, Cayetana! Usté tiene
la culpa de que *me se haiga*
estropeao el estómago
completamente, palabra,
porque yo, que *pa* comer
era un lechón, *verbo en gracia*,
y no tenía ninguno
que me pusiese la *pata*
delante, hoy estoy, *por mor*
de este querer que me mata,
teniendo que mantenerme
con harina *lazteada*.

Dirá usté que estos asuntos
no se arreglan así, en carta,
tratándose de personas
qne *tien* campanilla y hablan;
pero usté, que ve y *alterna*,
ú mejor dicho, que *taña*,
comprenderá que no puedo
decirla ni una palabra
estando, como está siempre,

su marido de usté en casa.
Si usté fuese tan amable
como robusta y simpática
y quisiera ir esta noche
por el café de Numancia
con *cualisquiera pretesto*,
de esos que nunca les faltan
á las hembras que distinguen,
tendríamos una *miaja*
de conversación, y puede
que al fin hiciésemos *changa*,
másime más siendo usté
decente y *honrá* y liviana,
como dicen en el barrio
toos los hombres que la tratan.
Espero, por consiguiente,
que no le dé usté la lata
á sus *afetísimo* amigo
que la distingue y que la ama,
Ceferino Pedroñeras
(El Melocotón). *Posdata*.
No se mude usté de ropa
ni se lave usté la cara
pa ir á verme, que yo soy
de *muchisma* confianza.

LAS MAMÁS DEL CORO

—¡Jesús, hija! Yo no sé
dónde vamos á parar
á este paso. Sí, porque esto
es una vergüenza ya.
¿No ha visto usté *entodavía*
los trajes que sacarán
las muchachas en ese asco
de obra que van á estrenar
esta noche?
—No, señora.
—¡Valiente asquerosidad!
Un cuerpecito escotado
de percalina *asargá*
y una faldita de gasa
que les llega aquí, lo más,
y usté perdone, señora,
el modo de señalar.

Le juro á usté que en mi vida
no he visto otra cosa igual.
—Claro, ¿no ve usté que el público
es tan *desigente?*
—¡Quiá!
No *tié* el público la culpa
si pide eso y mucho más,
sino el autor y la empresa
que en seguida se lo dan.
—Y las madres.
—Y las madres,
que debemos protestar
toos los días, hasta ver
si al fin nos dejan en paz,
porque si no, cualquier noche
con mucha facilidad
se le rompe á una la malla,
y ¡no le digo á usté *na!*
Calcule usté qué bochorno
pa una madre regular;
sí, señora, porque hay madres
de madres, aunque esté mal
que yo lo diga.
—¡Por Dios,
doña Petra, qué ha de estar!
—A la Braulia, por ejemplo,
no se le importa *en jamás*
que su chica enseñe en público
lo que no debe enseñar,
porque ya sabe usté que esa
mujer es un animal.

—¡La Braulia es atroz!
—Señora,
pero ¿qué se va á esperar
de una mujer que ha tenido
fábrica de churros?
—¡Ah!
Eso no tiene que ver;
yo vendo *ojectos* de á real
por la calle, y sin embargo,
soy *dizna* como el que más.
—Sí, pero es porque está usté
divinamente *educá*.
—Muchas gracias.
—No, hija mía,
las cosas en su lugar;
usté será lo que quiera,
pero ¡*diferiencia* va!
¿Se entrega usté á la bebida
como la Braulia?
—¡*En jamás*!
—¿Engaña usté á su marido
ni falta usté á la moral?
—No.
—¡Claro!
—Es que soy soltera.
—¡Soltera!
—Sí, pero *honrá*.
—Bueno, *pa* el caso es lo mismo,
porque queriendo faltar
iguales son las solteras
que las otras, ¿no es verdad?

—¡Dígamelo usté á mí!
—Pero
no es eso lo *prencipal,*
sino que la Braulia...
—¿Qué?
¡Alguna barbaridad!
—Pues que...
—¡Chist, que viene!
—Luego
lo diré.
—Mejor será.
¿Es verde el lance?
—¡*Muchismo*!
¡Se va usté á reir la mar!

UN JUERGUISTA

—Pues, chico, empezó la cosa
tomando yo una *manuela*
pa ella y *pa* mí. Por supuesto
que yo la tomé porque ésa
no sube á un coche *cerrao*
ni *pa* Dios; y no es que sea
delicá, ni mucho menos,
pa ciertas cosas la *Ugenia*,
sino que tiene reparo
porque hay cocheros muy *pelmas*,
y ya sabes lo que pasa
cuando ven una pareja
de dos.

—Bueno, Paco, sigue,
—Pues que tomé la *manuela*,
como digo, y nos *marchemos*
en *ca* de *Paca la Tuerta*,

porque ya me habían dicho
que tocaba allí una orquesta
de guitarras y bandurrias,
por *mor* de ser la verbena.
—*¿Sus divertiríais* mucho?
—¡Corrimos la primer *juerga!*
—¿Sí?
—Como que estaba allí
toda la gente que alterna,
menos tú; ya ves, estaban
además de yo y la *Ugenia*,
Romana *la Pitarrosa*,
Luisa la Cañamonera,
el Melo, *el Mulo*, Balbino,
la Juana, su madre de ella
y algunas señoras más,
que *honrás pué* que no lo fueran,
pero como buenas mozas...
¡ya lo creo que son buenas!
Yo bailé con tres *ú* cuatro,
sólo porque no dijeran
que estaba toda la noche
pegao al rabo de aquélla,
¡y tú no sabes qué cosas
hacían con las caderas!
¡*Verdaz* es que se esmeraban
conmigo de una manera!...
—¡*Gachó, miá* que tienes suerte!
—¡Qué quieres, caprichos de ellas!
Y eso que uno no presume,
¡conque si uno presumiera!

—¡El acabóse!
—Oye, no,
es que hay que tener en cuenta
que la noche que te digo
llevaba yo ropa nueva.
—Eso hace mucho.
—¿Que si hace?
Pregúntaselo á la *Ugenia*,
que cuando íbamos los dos
montaos en la carretela,
no me quitaba la vista
del pantalón.
—*Pué* que fuera
figuración tuya.
—¡Ca!
¡Que le gustaba la tela!
Ya lo creo; me ha *costao*
el traje doce pesetas,
conque ya ves. Á *too* el mundo
le gustan las cosas buenas.
—¿Y con la *Ugenia bailastes?*
—¡Pues, hombre, lástima fuera!
Bailemos cuatro mazurkas,
tres *chotis*, cinco habaneras
y un *zapateao* de *buten*.
—Oye, tú, ¡y que no es maestra
la *gachí!*
—¡Ca!
—¡Ni se vuelve
loquita de la cabeza
con el baile!
—Anoche estaba

que daba gusto de verla,
porque entre yo y el mollate,
y el movimiento y la gresca
la pusimos... pero cómo,
¡lo mismito que la seda!
—¡Qué *sombra!*
—Sí, pero luego
se apareció ese *boceras*
de Manolo el de la curia,
que es el que vive con ella,
según dicen, y se fueron
de bracete.
—¡Anda la *vértiga!*
¿Y tú qué *hicistes?*
—Pues hice
lo que hubiese hecho cualquiera:
marcharme á mi *domecilio*
cuando se acabó la fiesta.
Por cierto que al llegar tuve
que *calentar* á la Pepa,
por decirme que qué horitas
de ir á casa eran aquéllas.
Na, dos puñetazos.
—Bueno;
pero, en resumidas cuentas,
tú te *divertistes.*
—¡Digo!...
¡Que corrí la primer *juerga!*

COSAS DE ELLOS

—Te digo que es pan comido.
¡Pero cómo, ya lo creo!
En cuanto que yo quisiera...
solamente que no quiero,
porque cuando el hombre es hombre
y *tié* el mundo que yo tengo,
oserva, ve y ejecuta
de cierto modo, Silverio.
En fin, tú ya me comprendes.
—Pues claro que te comprendo.
—Por lo demás, ella, aquí
pa entre nosotros, *tié* aquello,
porque me *costa*.
—¡*Miau*!
—¡Pongo
las dos manos en el fuego!
—Y te abrasas.
—¿Que me abraso?

Tú eres un chico pequeño,
como quien dice, y no ves
ni sabes hacer aprecio
de algunas cosas.
—¡Adiós,
que tú eres un lince!
—En eso
distingo como distinga
el que más.
—¡Tampoco!
—Bueno;
tú piensas á tu manera,
y yo pienso como pienso.
La cuestión es que su madre,
que es más *desahogá* que el verbo,
quiere que la estere el cuarto,
de cordelillo *na* menos,
y yo, la *verdaz*, estoy
abroncao porque no puedo
safarme.
—No te dará
la gana.
—Mira, Silverio,
en algunas ocasiones
uno no puede por menos
de hacer el primo, aunque sabe
que lo va hacer, por ejemplo,
en ésta.
—No sé por qué.
—Pues oye, si *quiés* saberlo.
Cuando yo *andé camelando*

por Agosto á la Remedios,
la chica mayor, su madre,
que estaba loca de celos,
aunque parezca mentira,
quiso meterse por medio
pa estorbarme. De resultas
tuve que hacerla el *osequio*
de amarla dos *ú* tres días
pa que no pusiera pero...
—¡Ay la *vértigal*
—Y dos cuartos
de lo mismo pasó luego
cuando la pequeña y yo
anduvimos en arreglos.
De modo que la mujer
casi, casi *tié* derecho
á lo de la estera.
—¡Toma,
lo que es así ya lo creo!
Es decir, derecho, tal
y como se entiende... debo
participarte que habría
muchismo que hablar sobre eso,
Epifanio. Pero, en fin,
tú no tienes más remedio
que *resinarte ú* quedar
como un lechón. Por supuesto
que, en lugar del cordelillo,
que te va á costar un hueso,
yo esteraría de pleita,
porque la pleita es un género

más barato y de mejor
resultao.
—No, si yo estero;
pero eso sí, que la estera
las *tié* que salir del cuerpo...
¡*Mia* tú!
—Y harás bien.
—¡*Pa* chasco!
¡Sí, que yo me mamo el dedo!

LOS DEL ORDEN

—Pero, hombre, ¡qué sinvergüenzas
son todos estos cochinos
de papeles! En seguida
que roban en cualquier sitio
ú arman *bronca* dos borrachos
por unas copas de vino,
ú descabellan á alguno,
ú cosa por el estilo,
la emprenden con los del cuerpo
de orden público, lo mismo
que si uno fuera el borracho
ú el ladrón *ú* el asesino,
y esto da gana de...
—Mira,
Gutiérrez, tú eres muy *dizno*,
y dicho *se* está que no
puedes hacer caso omiso
de estas cosas; pero debes

tener ya por entendido
que todos los que se ofendan,
como tú, son unos primos.
¿No me ves á mí? Yo agarro
cualisquier periodiquillo,
y en cuanto que leo aquello
de «El autor no ha sido habido»,
le doblo, le llevo á casa
y luego le *inutelizo*.
—Hombre, ¡si es que me subleva
que estén siempre con lo mismo!
Ellos se figuran que antes
de cometer un delito
nos dicen, pongo por caso:
«Guardias, mañana, en tal sitio
y á tal hora, voy á darle
tres *patás* á un conocido.
Conque no falten ustedes
pa llevarme al *Abanico*».
Ya ves, cuando, si avisaran,
no se escapaba ni Cristo.
—Me parece.
—Por supuesto,
y sin avisar lo mismo.
Dí tú que los superiores
hicieran lo que es debido
y fuesen, como nosotros,
legales, *honraos* y *aztivos*,
y ya verían entonces
si iba *too* Dios á presidio
ú no; pero mientras sean

lo que son, tendremos vicios,
Rodríguez.
—Es *verdaz*.
—Claro
que es *verdaz*. ¿Pues no se ha visto
que á lo mejor vas y llevas
á la *ispeción* del *destrito*,
verbo en gracia, á un espadista,
y resulta que es amigo
del *delegao*, por ejemplo,
y te pones en *redículo*
con *too* el mundo que se entera?
—¡Ya lo creo!
—Anoche mismo
detuvo en la Castellana
López, el seiscientos cinco,
á una *pájara* de *buten*
que iba con cierto *endividuo*
dentro de un *simón*...
—Sí, vamos,
y *ecétera*...
—Pues han ido
y le han puesto de patitas
en la calle, por motivo
de ser ella la señora
del *ispetor*.
—Si está visto
que son unos almendrucos
toos los que prestan servicios.
—*Tiés* razón. En otra parte
cualquiera, aunque hubiese sido

la mujer del presidente
del Consejo de *menistros*,
le dan un ascenso á López,
y aquí ya ves.
—Mira, chico,
tú no has hecho *na* en la vida,
¿no es *verdaz?*
—Ni esto; lo mismo
que tú.
—Pues no seas bruto,
sigue por ese camino,
y si ves que algún periódico
quiere tomarnos de pito,
le coges, le doblas...
—Sí,
y luego le *inutelizo*.

EN EL JUZGADO MUNICIPAL

—Buenos días. (Pausa breve.)
Buenos...
—¡Ya lo hemos oído!
—Perdone usté, como no
me contestan...
—Señor mío,
es que aquí no estamos para
perder el tiempo en cumplidos.
—Ya, ya...
—¿Qué quería usté?
—Saber si es éste el Registro
civil.
—Sí, señor.
—Corriente.
Pues vengo á inscribir un niño
que nació en el veinticuatro,
ayer, á las siete y cinco.

—¿Es usté su padre?
—Creo
que sí, señor.
—Necesito
saberlo de cierto.
—Bien,
pues lo soy.
—¿Y es de legítimo
matrimonio?
—¡Por supuesto!
—Por supuesto no, lo mismo
podía ser natural
ó cosa por el estilo.
—Tiene usté razón.
—Pues, bueno,
hacen falta dos testigos
que puedan acreditar
que es usté el padre del chico.
—¡Va á ser difícil, caramba!...
Diga usté: ¿servirá un primo
de mi señora?
—Según
y conforme.
—Se lo digo
á usté porque casi, casi
ha visto nacer al niño.
—¡Ah! pues sirve.
—Lo peor
es que falta otro testigo.
—No importa; por tres pesetas
le encontrará usté aquí mismo.

—¿Quién?
—Yo, ú otro compañero
cualquiera, y sin compromiso
ninguno. Por consiguiente,
puede usté traer el niño
en seguida.
—¡Hombre, por Dios!
¡Traerle con este frío!...
¡Eso es una atrocidad!
—Pues no hay más remedio. Digo,
á menos que quiera usté
que se haga en su domicilio
la inscripción, en cuyo caso
ya sabe usté que es preciso
gratificar al que vaya
con algo.
—Sí, comprendido.
—Porque no es obligatorio,
¿comprende usté?
—Por lo visto.
¿De modo que aquí hace falta
dar dinero á todo Cristo?
—Así se acostumbra.
—Bueno;
pues yo vendré con el chico,
aunque, por culpa de ustedes,
se me muera en el camino.
—Entonces no venga usté
sin traerse dos testigos
documentados, la cédula
personal, un volantito

de la alcaldía, la fe
de matrimonio, el recibo
de la casa...
—Sí, señor,
¡y un revólver de seis tiros!
¡Qué escándalo! ¿Quiere usté
ver cómo no le registro?
—Por mí, haga usté lo que quiera.
—¿Sí ¡Pues delo usté por visto!

NUESTROS POLÍTICOS

—Tú eres un buey.
—¡Hombre, gracias!...
—Dispensa que te lo diga,
pero es *verdá*. Vamos, díme:
¿qué sabes tú de política
pa meterte en discusiones,
que no entiendes, *toos* los días,
ni qué te importa á ti que *haiga*
república *ú* monarquía?
—¡Claro que me importa, y mucho!
—Pero ven acá, *so* lila.
¿Te has *figurao* por si acaso
que si *trunfa* Ruiz Zorrilla,
como tú quieres, ya van
á darte una canonjía
ó un *menisterio*?
—No.
—Entonces

no hagas el *primo*.
—Oye, Elías,
el hombre debe, ante todo,
tener una idea fija,
porque sin eso no es hombre
como comprendes.
—¡Mentira!
Tu *tiés* la idea, ¿no es eso?
Pues serás toda tu vida
lo que eres, un *vegilante*
del ramo de alcantarillas
cuantimás; y eso si no
viene un gobierno y te quita,
porque le da la real gana,
y *tiés* que comer cordilla.
—O *pué* que suba.
—¡A la calle,
después de hacer la requisa,
subirás! Los que nacemos
va hacer de caballerías,
tenemos que ver, oir
y callar.
—Bueno, pues mira,
eso es lo que á mí me puede
na más; que no *haiga* justicia
pa el pueblo, como quien dice.
Siquiera los *pogresistas*
suprimirán los consumos.
—Y qué, ¿porque los supriman
piensas tú que van á darte
más barata la bebida?

—¡Toma, claro!... y lo has de ver
dentro de muy pocos días.
—¡*U vice* al contrario!
—¡*Mialas!*
No te has *mudao* la camisa
que llevas, cuando está *armá*
la gorda.
—Quita, hombre, quita;
si los revolucionarios
sus paicís á las judías:
¡mucho ruido y *na!*...
—¡Según!
—Estáis gastando saliva
por ahí, en los *comiteses*
ú en las tabernas, y el día,
pongo por caso, que tocan
á coger las carabinas
no *sus* ve ni Dios.
—¡Es claro!
¿Vas á dejar la familia
abandoná?
—Pues entonces,
¿pa qué graznas y *cospiras*
á *ca* paso? Por supuesto,
tú *trompiezas* cualquier día
con un prójimo que tenga
malas pulgas, y te quita
la afición y los colmillos
á *trompás*.
—¡Eso sería
lo que fuese!
—Bueno, bueno;

calla y vámonos arriba,
que ya llevamos tres horas
ú más en la alcantarilla.
—Oye; pero que te *coste*
que donde está Ruiz...
—¡No sigas,
ú te tiro de la escala
y vas á la galería!
—¡Qué bruto!
—¡Si es que no quiero
que me hables más de política!
—¿No? Pues ¡viva la república!
—¡Aquí darás tú esos vivas!

DEL NATURAL

—Le digo á usté que no tengo
gana de sermones, ea.
¡Me hace gracia! No parece
sino que porque la Pepa
haiga salido con eso
de *toos* los años, ya queda
uno con la obligación
de aguantar á una tía *pelma*
como usté. ¡Pues señor, bueno!
Eso se lo cuenta usté á ella,
que es la que tiene la culpa.
—¿De modo que te echas fuera
como siempre?
—Pues es claro.
—¡Ah, ladrón!
—¡*Señá* Indalecia,
que la reviento á usté un ojo!
¡Mucho *cuidao* con la lengua!

¿*Nesecita* usté dinero
pa que la muchacha tenga
de todo? Pues esas cosas
se dicen de otra manera,
y no se insulta á los hombres
ni se falta á la decencia.
—Ya lo creo. Si tú *fueses*
como Dios manda y cumplieras,
no habría *nesecidaz*
de decir palabras feas,
pero...
—Vamos, ¿quiere usté
saber una cosa?
—Venga.
—Que su hija de usté no tiene
ni tanto así de vergüenza.
—Eso es mentira.
—El domingo
la vi yo con el *Cangreja*
en un ventorro del Puente
según se va á mano izquierda;
lo cual que no la di un golpe
pa escarmentarla de veras
porque estaba como estaba,
que si no... ¡maldita sea!
Además, no hay en el barrio,
de seguro, quien no tenga
que decir alguna cosa
poco limpia de la Pepa,
y no me da á mí la gana
por hoy de cargar con esa

comisión, *pa* que me tomen
el pelo cuatro *boceras*.
—Si á eso *fuésemos*, también
se le tomarían á ella.
—No sé por qué.
—Porque sabe
ya *too* el mundo lo que media
entre tú y Paca *la pocha*.
—¡Nos ha hecho usté la merienda!
El hombre es libre, señora,
y puede hacer lo que quiera
sin faltar...
—Claro. Lo dijo
Blas y...
—En fin, *señá* Indalecia,
yo no doy *sastifaciones*
ni á Dios, *pa* que usté lo sepa,
pero tengo el corazón
más grande que una libreta
y sé hacerme bien el cargo,
mas que muchos no lo crean.
—¡Ya lo veo!
—Ahí tiene usté
siete reales y tres perras,
pa que compre usté dos libras
de chocolate sin mezcla
y un pañuelo de ocho puntas
pa que se abrigue la Pepa.
—¡No, si generoso lo eres!
—¡Cuando vienen por la buena
sí, señora! Ahora *cuidao*

con meterse en la taberna
y agarrar una *merluza*
superfina, como aquella
de la otra mañana.
—Bueno,
déjate de cuchufletas
y á ver si vas por allí
cualquier día, *tan siquiera*
pa conocerle.
—¡Quizás!
—En fin, tú harás lo que quieras,
descastao, pero te *azvierto*
que si no tienes *concencia*
no te hablo más en mi vida.
—¡Sí, sí, no caerá esa breva!
¡De seguro antes de un año
tenemos otra como ésta!

BOCETO

—¡Melitón!
—¿Qué?
—¡Vamos, hombre!
Sácate el *ganao* y engancha,
si es que quieres. Y tú, Lucio,
á ver si arreglas la baca
y metes en un momento
toos los envoltorios que *haiga*
—Voy.
—¡Pues no *sus* cuesta poco
trabajo mover las patas!
Veis que hay en el parador
la mar de gente que aguarda
que salga el coche, y vosotros
como si no vieseis nada.
—Bueno, calle usté.
—En diciendo
que no *sus* da la real gana

de trabajar, ni Dios padre
sus espabila. ¡Sí, canta,
piazo de burro, y verás
cómo te pongo la cara
de mamporros! ¡Eh, señora!...
¡Pero, hombre, qué poca *lacha!*
¡Ya podía usté haber hecho
esa operación en casa!
¿O es que á usté se le figura
que el patio es alguna cuadra?
—¡Ay, hijo, usté me dispense!
¡Es que ya no me acordaba
de que esto es la *catredal!*...
—¡Sí, véngase usté con guasas
ntoavía, que ha tenido
la *ocurrencia* mucha gracia!
¡*Miste* la muy!...
—¡Señor Paco!
¿qué mulas pongo en las varas?
¿La torda *ú* la *Pelegrina*,
ú la *Coronela ú cuála?*
—Pon las dos tordas, que son
las que están más descansadas,
pero *darsos* prisa.
—Ya
no falta más que engancharlas,
y eso se hace en dos minutos.
—¿Habéis *cargao* ya la jáquima
del señor cura?
—Sí.
—Bueno;

porque está aquí empantanada
desde el viaje *antepasao*,
y dice que le hace falta.
No tengamos luego músicas,
mira que es un cascarrabias.
—¡Que no señor!
—¡Pues andando!
¡Á ver los de Valdegárgaras,
súbanse *ustés* al *vedículo*
que va á arrancar!
—¡Hombre, gracias
á Cañete! ¡Ya era hora!
—Por eso lo digo.
—Vaya,
conque adiós, *señá* Benita.
¿Se le ofrece á usté algo?
—Nada.
¡Ah! Díle á la Baldomera
que no sea tan sosaina,
y que á ver si tiene pronto
familia.
—¡Lo que es por ganas
no quedará!
—Y á él le dices
que se parece á la casa
de Astrarena, que no tiene
más que *muchisma* fachada.
—Bueno.
—¡Que no *te se* olvide!
¡Ah! *Recaos* á la Gaspara.
—De su parte de usté.
—Lucio,

échame *pa* acá esa tralla
y cierra la portezuela.
¿Estamos ya?
—Sí.
—¡Pues arza!
¡Eh, caballeros, que mancho!
¡Riá! ¡*Coronela*! ¡*Gitana*!...

HISTÓRICO

Estaban hace dos noches
en casa de la de Rivas,
haciendo tertulia, varias
personas distinguidísimas,
invitadas de antemano
para aquella función íntima
por la dueña de la casa,
que es una dama muy fina.
Hablose de todo aquello
que en tales casos se estila;
después tocó la de Prada,
luego cantó la de Prida,
é inmediatamente, á ruego
de muchos, leyó unas rimas
el ilustre primogénito
de los duques de la Fístula,
que hace versos de primera,
según dice su familia,

y cuentan que, cuando todos
con más atención oían
el cúmulo de bobadas
que el mancebo les decía,
oyeron los tertulianos
una explosión algo tímida,
de aquellas que tan mal suenan
donde hay gente bien nacida.
Suspendió el futuro duque
la lectura de las rimas,
como hubiera hecho cualquiera
en una ocasión tan crítica;
cambiaron los circunstantes
miradas harto expresivas
para aquel que no tuviera
la conciencia muy tranquila,
y cuando ya se iba haciendo
la cosa dificilísima,
porque ninguno intentaba
decir *esta boca es mía*,
un caballero muy gordo,
barítono de capilla,
que estaba sentado cerca
de donde el otro leía,
balbuciente y con la faz
por el rubor encendida,
exclamó:—¡Perdón, señores!
¡Yo pensé que no se oiría!...

Á MI CHACHA

¡Mulata del *arma* mía!
¡Vidiya de mi persona!
Mardita sea mi estampa
y malos *mengues* me coman
el *garlochí* y el pechito
con una *carpa* rabiosa;
asín me se caiga el pelo
antes de pasar dos horas;
asín me vea en la *trena*
enchiquerao á la sombra,
derramando por los *clisos*
lágrimas como *beyotas*
y no pueda *diquelar*
tu *fila entusiasmadora*,
ni tus *pinreles* gitanos,
ni los *piños* de tu boca;
asín premita el Señor
el que me den en la horca

diez mil *güertas* al *gañote*
con una *guita mu* gorda,
si al *fartarte* á la *consinia*
no fué por causa del posma
del sargento *Boquerones*,
que *describió* una *epistola*
pa una señora parienta,
que no sé lo que le toca,
y quería hacerme *dir*
con *eya* al barrio de Pozas.
Al oir aquel mandato
perdí la *pacencia* toda,
y fué tal mi *indisnasión*,
que en el *mesmo* punto y hora
fuí ¡zas! y le *ensondiñé*
dos *trompás* en la *chinostra*,
hasiéndole dos *chinchones*
lo *mesmo* que dos pelotas.
Él fué y me dió una *gayeta*,
y yo, en la defensa propia,
le eché al *piscuezo* las uñas,
que las tenía nerviosas,
y tanto apreté, que... vamos,
si no le quitan me *ajoga*.
Le dió parte al *comendante*
el capitán *Cantimplora*,
¡que ya me está á mi cargando
con sus partes y sus cosas!
y me arrestaron, lo cual
que lo tengo á mucha honra.
Esta es la pura *chipendi*,

y el que te cuente otra cosa
es un mendrugo sin *lacha*
que te *quié diñar* la coba.
Ya sé que no faltarán
algunos *cachos de rosca*
que por envidia te digan
que me han *diquelao* con otra;
pero no les hagas caso,
chiquiya, no seas tonta,
que el *arma* de este *sordao*
es *pa* ti, *pichorrondona*.
¡Yo con otra, Virgen Santa,
distinguiéndome una Lola
que es la gitana más *túrgida*
que ha *salío* de la Rioja!
¡*Cambearte* por otra á ti,
que te *trais* tan buenas cosas,
y te timas, y te bailas,
y te cantas y te tocas...
y... en fin, no quiero pensar
en esto, porque te *costa*
que si me *enrito*, Dolores,
soy capaz, por tu *presona*,
de comerle la *asaura*
hasta al *mesmo zuzum corda*.
Hoy ha *estao* á *vesitarme*
el novio de la Ramona,
y *quié* que le haga del cuerpo
donde yo esto*y*, que en la tropa
es el que más se *destingue*,
como tú sabes de sobra.

Ya he *tratao* de esta *custión*
con el *surteniente* Acosta,
que me aprecia más que el *gayo*,
porque le limpio las botas,
y me ha *dao* una tarjeta
pa el *menistro* de la *Gorra*,
que es primo *carná* de un tío
de un hermano de su novia.
Creo que á la *fin* le harán
del cuerpo á ese papamoscas;
pero díle á su *chavala*
que hay que darle alguna cosa
al *citao surteniente*
pa que se tome unas copas.
Esto es lo que se acostumbra
á hacer entre las *presonas*
que saben lo que es *pulítica*
y educación y *presodia*.
¡Dolores del *arma* mía!
¡Luz de donde el sol la toma!
Mañana sin falta alguna,
cuando salgas á la compra,
no dejes de *aprosimarte*
por la taberna del *Cosca*,
donde estará tu *chachito*
más *chalao* que una *canoa*,
esperándote *pa* echar
unas *limpias* de Monóvar.
Bájate un par de pesetas,
porque no tengo una *mota*
y va ya *pa* tres semanas

que estoy fumando de *moga*.
¡Adiós, *hurín* del desierto!
¡Hermosísima paloma!
no *te se* olviden los cuartos,
y recibe en esa boca
dos mil *miyones* de besos,
que te envía por la posta
este *sordao*, que te quiere
más que Dios.—*Cañuto*.

(Es copia.)

HOJAS DE UNA CARTERA

ENERO

A espaldas de su mamá
me ha confesado que está
loquita completamente,
y lo ha demostrado ya
superabundantemente.

FEBRERO

Aumenta que es un horror
este amor devorador,
que raya en idolatría.
¡Esto es amar con calor,
lo demás es tontería!

MARZO

Me enloquece mi morena
y esta vida me *suicida*,
me disloca, me enajena
y me... en fin, es una vida
buena, ¡buena! ¡buena! ¡¡buena!!

ABRIL

Hace ya una temporada
que su madre está enojada
de una manera alarmante,
y la chica reservada,
y displicente y cargante.

MAYO

Trata de boda la gente
de su casa, formalmente,
y aunque es cosa natural
á mí me huele muy mal,
si he de hablar ingenuamente.

JUNIO

Esta tarde me ha cogido
por su cuenta la mamá
de mi novia y me ha advertido
que es muy bruto su marido.
¡Diablo, por qué lo dirá!

JULIO

La pobrecilla no cesa
de llorar, y mi sorpresa
va creciendo ya de un modo...
Hoy me ha dicho que le pesa...
¡Ahora lo comprendo todo!

AGOSTO

Sigue llorando la Paca.
Su madre me da matraca
sin cesar. Yo me resisto,
y su padre saca el Cristo;
es decir, saca la estaca.

OCTUBRE

Subí á su casa, llamé,
abrió su papá y entré.
.....
No llegó la sangre al río,
¡pero la paliza fué
de padre y muy señor mío!

ÍNDICE

Páginas.

Prólogo 5
¡Oh, el honor! 11
Predicar en desierto 15
Uno de tantos 19
La canción de siempre 21
Al señor Martínez 25
Una consulta 29
Saldo de cuentas 33
Rompimiento 37
Máximas, reflexiones y consejos 41
Madrileñerías 45
Un hombre corrido 49
Vía-Crucis 59
El testamento 67
En el corredor 71
Desengaño 77
De tiendas 79
Menudencias 85
Trato sin consumación 87
Gajes del oficio 94
El que hace un cesto 97
Señoras bufas 101
Entre maestros 105
Apreciaciones 109
Sermón perdido 113
Nuestros artistas 117

Páginas.

Los conspiradores 121
Compañerismo 125
Los cursis 129
Entre caballeros 133
Conversación 137
En la Alhambra 141
Á un posma 147
Chulerías 151
Pequeñeces 155
Un jefe de gobierno 159
Entre aficionados 171
Interrogatorio 175
En la calle de Toledo 179
Lo de siempre 183
El teatro por dentro 187
Un escalo 191
Paco y Manuela 195
Cosas de Madrid 199
En la peluquería 203
Declaración 207
Las mamás del coro 211
Un juerguista 215
Cosas de ellos 219
Los del orden 223
En el juzgado municipal 227
Nuestros políticos 231
Del natural 235
Boceto 239
Histórico 243
A mi chacha 245
Hojas de una cartera 251

LOS BARRIOS BAJOS

J. LÓPEZ SILVA

LOS BARRIOS BAJOS

CON UN PRÓLOGO

DE

DON RICARDO DE LA VEGA

Y UN EPÍLOGO DE

DON ANTONIO PEÑA Y GOÑI

Octava edición.

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
15, Puerta del Sol, 15
1911

Es propiedad

MADRID, 1911.—Imprenta Española, calle del Olivar, núm 8

Á mi distinguido amigo

EL DOCTOR

D. Celestino Lázaro Adradas.

J. López Silva

Epístola

Señor López Silva, mi buen compañero
de letras, y amigo sincero y leal,
un prólogo á un libro de tanto salero
tener debería muchísima sal.
¡Un prólogo en serio y en prosa castiza!
Señor López Silva, ¡qué cosas pedís!
¿Queréis que la prensa me dé una paliza
que me haga por fuerza dejar el país?
¿Queréis que los sabios me tomen el pelo,
lo cual que lo harían con mucha razón?
¿Queréis que, bajando los ojos al suelo,
vaya por la calle pidiendo perdón?
¡No, no, López Silva! Vos sois un buen hombre
y un vate festivo que sabe escribir.
Sin mí vuestro libro tendrá justo nombre,
y eso que mi prólogo haría reir.
Pintáis los chulapos y mozas de suerte
que tienen por sello la misma verdad.
Algún chistecillo paréceme fuerte;
mas yo nunca en esto seré autoridad

La crítica dice que no hay quien me venza
mojando mis brochas en rojo color.
En suma, que tengo muy poca vergüenza
y muchas audacias de marca mayor.

Apruebo, por tanto, la rica mostaza
que á vuestros manjares supisteis poner.
Almíbar, azúcar, guirlache y melaza,
no saben á nada ni pueden saber.

Pintad á las chulas de rostro hechicero
que pican y abrasan lo mismo que el sol.
Pintad al gomoso, pintad al torero,
pintad á la cursi que gasta arrebol.

Pintad al galeno que vive en la duda,
pintad al banquero de estúpida faz,
pintad al cesante, pintad á la viuda
y á todas las clases de la *sociedaz*.

Mas ¡oh López Silval de veras os digo
que todo lo vuestro me inspira interés;
y si algo os importa llamaros mi amigo,
no hagáis *piececitas de corte francés*.

Dejad que asomados á los Pirineos
vivan los autores que tenemos hoy,
y así les arrimen doscientos meneos,
y Dios me perdone lo malo que soy.

Más vale á la escena llevar obras propias
y, buenas ó malas, correr el albur.
Dejad traducciones, arreglos ó copias,
y... basta; mi epístola cierro, y abur.

Ricardo de la Vega.

EL GAVILÁN Y LA PALOMA

—Hija, por Dios, tú eres tonta
ú estás á pique de serlo
cualquier tarde.
—¿Pero á ustez
qué se le importa de too eso?
¿Le importa á ustez mucho?
—Nada.
—¿Me toca ustez algo?
—Menos.
—¿Es ustez la reina madre
ú el menistro de Fomento
pa que yo le dé á ustez cuenta
de mis aztos?
—No.
—Pues bueno:
¿á qué viene ustez entonces
con gaitas y mosconeos
talmente como si yo
fuese una chica de pecho?

¿No ve ustez que me han salido
los dientes de arriba y puedo
andar sola por el mundo,
sin necesitar consejos
de nadie?
—¡Gracias!
—¡Señora,
si es que se está ustez poniendo
más pesada que el arroz
desde hace ya mucho tiempo!
¿Digo yo algo porque ustez
saque un jornal de uno ú medio
pa vivir, aligerando
bolsillos ú corrumpiendo
hijas honrás de familia
pa que se fastidien luego,
sin que haiga un padre siquiera
que le astille á ustez un hueso?
¡En jamás me habrá ustez visto
mover los labios! ¿Me meto
en que ustez ande poniéndolo
la cabeza al señor Pedro,
á ca paso, propiamente
lo mismo que un menumento
de complicá, ni que ustez
lleve la ropa de adrento
de medio luto, sin que haiga
tenido ustez ningún muerto
en la familia?
—¡Jacoba'...
—¡Si es verdaz, señá Remedios!

—¡Pero ven acá, que tienes
desarquilao el celebro
y hay que meterte las cosas
con cucharón en el cuerpo!
¿Qué te digo yo, so bestia,
pa que me salgas con esos
insultos, cuando debías
besar donde yo me siento?
¿Qué te digo yo? Na más
que verdades como templos.
¿No es una mala vergüenza
que trates con ese escuerzo
de Pacorro, que, además
de que te desforma el cuerpo,
se llena el cuajo á tu costa,
porque no ha tenido un céntimo
en su vida, ni siquiera
por dónde le venga?
—¡Bueno!
¡Lo dirá usted!
—Y lo dice
too aquel que tenga dos dedos
de frente. ¿No da coraje
que una mujer de tu mérito,
con más hombres á su rabo
que chinches en catre viejo,
y con dos manos que son
la envidia del barrio entero,
esté á las rebañaduras
de otra mujer, por un méndigo
que no pesa dos adarmes

desde los pies hasta el pelo?
¡Por amor de Dios, Jacoba!
—¡Miente usteé!
—¡Cómo que miento
Pues qué, ¿no sabe too Cristo
que Pacorro y la Consuelo
te denigran siete veces
por semana cuando menos?
¿Es un secreto pa nadie
que el matiné y el pañuelo
de crespón con que presume
por verbenas y paseos
ese pingo se han compraо
con el sudor de tu cuerpo?
¿Hay en Madriz quien iznore
que la otra noche estuvieron
los dos juntos en un baile
de la plaza del Pogreso,
y que se ajuntó la gente
al ponerse á bailar ellos
pa ver las oncenidades
que hacían?
—¡Señá Remedios!...
—¿No se han retratao en grupo,
cogidos ya no recuerdo
si de la mano ú de dónde,
aunque es muy fácil el verlo?
¿Y no le ha dao ella un par
de calzoncillos de precio
con un rótulo que dice:
¡Olé y viva lo moreno!

bordao en las dos pretinas
á cadeneta? Pues eso
me se figura que basta
pa sospechar por lo menos
y pa arañarle á ella el cutis
y pa arrancarle á él...
—No quiero
contestarle á ustez, señora,
porque conozco mi genio
y vamos á armarla.
—¡Ay, hija!
¡Cuándo quedrá Dios del cielo
que te se caiga la venda
y veas lo que toos vemos,
pa que no hagas en el mundo
el papel que estás haciendo!
Á ti lo que te conviene
tener es un hombre serio,
y con posibles, que pueda
satisfacer tus deseos,
y no un pelambre como ese
que te está tomando el pelo
ca cinco minutos. Mira:
yo conozco un caballero,
que es amo de un negociao,
de no sé cuál menisterio,
y si tú le hicieras cara,
me jugaba yo el pescuezo
á que te ponía igual
que á una princesa, de osequios
y demás, porque tié cerca

de ocho mil riales de sueldo
y no repara en el gasto
cuando le gusta un ojecto.
—Bueno, mire ustez, señora:
ni á mí me hacen falta osequios
de ningún hombre, hoy en día,
ni me se importa un pimiento
de toos esos líos árabes
que me viene ustez metiendo.
¿Que se va con otra Paco?
Pues no me efende por eso,
que yo me como la carne
y ella se roe los huesos.
¿Que él se mantiene á mi costa?
Pues que le haga buen provecho,
porque á mí me engorda mucho
lo que él se mete en el cuerpo.
Y en fin, señora, él es libre
y yo, á Dios gracias, no tengo
que ir á darle cuenta á nadie
de lo que hago ú lo que pienso...
Y ya hemos hablao bastante
y ya se está ustez saliendo
pa el arroyo, si no quiere
que le zumbe el medio cuerpo
de abajo.
—¡Á mí!...
—¡Me parece!
—¡Te iba á pesar!
—¡Ya lo creo!
Pero habiendo agua en el mundo

y jabón, too tié remedio.
—¡Quita de ahí, so... mansa!
—¡Bruja!
—¡Jacoba!
—¡¡¡Señá Remedios!!!

"MEETING" DE PROTESTA

LOS MENDIGOS

(La acción en una cuadra.) *El Presidente.*
—¡Señores!... mejor dicho: ¡Compañeros!
Viéndose amenazá la noble clase
que dende hace tres años represento,
por un gobernador que no distingue
ni un cañamón de lo que son derechos
del ciudadano libre, me ha dao gana
de citarsos aquí, aunque comprendo
que el local de la cua tra es cuasi indizno
de algunos de vosotros...
—¡No! ¡no!
—Bueno.
Sus honra esa protesta, porque indica
que sabís lo que seis, pero sus ruego
que no me interrumpáis. Aquí venimos
á obrar, no hacer el buey ni á gastar tiempo
discutiendo bobás. ¿Estáis contestes?
Los hombres.—¡Sí!
—Pues si lo estáis, obremos

sin que lo note el delegao, no vayan
á cortarnos la ación y la emporquemos.
Una voz.— ¡Bien hablao!
—Ya habréis sabido,
y si no lo sabís vais á saberlo,
que el señor de Aguilera, atropellando
la libertaz individual del gremio
de pobres de pedir, y chuleándose
de intereses sagraos por toos conceptos,
quié darnos pupilaje á viva fuerza
y me se ocurre preguntarsos á esto:
¿Es lícita ú no es lícita la industria
que la mendicidad viene ejerciendo?
Una dama.—¡Pa chasco!
—¿Debe nadie
permitir que le pisen su derecho
y que quieran dejarle de vacío
porque le haiga salido de los sesos
á un cualisquiera?
—¡No!
—¿En qué país culto
cometen esta clase de atropellos?
¡En ninguno! Yo he estao en Gualajara
(que es una población), y á ningún méndigo
le chinchan en jamás, ni le molestan
como lo hacen aquí, ni más ni menos
que si fuesen los pobres, verbo en gracia,
concejales pringaos. ¿Me hace el osequio
ese que está graznando á mano izquierda
de guardar una miaja de silencio?
—¡Es que me está soplando Marcelino

por la parte de atrás!

—¡Señor Marcelo!...

¡Haiga formalidaz, que aquí no estamos
en ninguna sesión de ayuntamiento,
ni á sus años de usté parece propio
conducirse lo mismo que un muñeco!

—¡Me da la gana!

—¡Fuera!

—¡Hincharle el bazo!

—¡Que siga el presidente!

—Bien; desprecio
como persona seria las palabras
de ese rocín, y sigo. Si yo tengo
contrataos pa pedir ocho ú diez chícos
y otras tantas personas de ambos sesos,
con un jornal como el que pueda darles
cualquier arquilaor bajao del cielo;
si yo pago á un artista de primera
pa que les haga las lesiones á éstos,
y si ayudo á vivir, últimamente,
á la industria, á las artes y el comercio,
gastándome en barnices y en colores
cerca de un capital, ¿tiene salero
que á cualisquier gachó le de la gana
de tirar estas cosas por el suelo
na más que porque sí? Dice la gente
que el pobre de pedir que tiene mérito
no se marcha á su casa ningún día
sin cinco ú seis pesetas, y en efezto
se saca pa vivir; pero ¿no gana
cien veces más Ramón colando huevos

por el fielato, sin pagar aforo,
ú el señor Valentín *el Extremeño*
con la chirlata de la Cruz del Rastro,
donde al más alumbrao le dan el pego?
¿Y por qué no les tocan en su incustria
lo mismo que á nosotros? ¡Pues por eso!
Porque son unos cañas con pupila
y saben desprenderse de uno ú medio
pa ganar dos ú tres tranquilamente.
(Aplausos delirantes.) ¡Compañeros!
¿Sus merece confianza mi persona?
(Muestras de aprobación.) ¿Estáis dispuestos
á volver al oficio que teníais
antes de dedicarsos á ser méndigos?
Todos.—¡No! ¡no! ¡no!
—¡Bien; pues haco falta
que ca socio sufrague treinta céntimos
de lo que recolezte toos los días,
con idea de dar un sobresueldo
á unos cuantos del Orden (si lo azmite)
ú si no de pagar varios sujetos
con luz en el quinqué, pa que vigilen
á los de la secreta. Así podremos
proseguir trabajando honradamente
sin que haiga ningún Dios que nos dé el queso
¿Tiene algo que emitir la concurrencia?
Varias voces.—¡No! ¡no!
¡Pues ya veremos
quién nos pone á nosotros á pupilo,
si es que hay formalidad dentro del gremio!

Seguidilla.

—

Se parecen las hembras
á las colillas
en que aquel que las fuma
luego las tira,
y en que, á la postre,
no falta un colillero
que las recoge.

CONSULTA

Á PEPE LÓPEZ SILVA

De un apuro muy grave sácame presto
y dispensa, Pepito, si te molesto.
Es el caso que en casa de mi casera
y contándole chismes á la portera
suele estar cierta chula muy descarada,
pero divinamente confeccionada,
de finísimo cutis, pelo castaño,
ojos que te escudriñan hasta el redaño,
formas (probablemente) muy rebonitas
y dientes como perlas chiquirrititas...
en fin, una chulapa de rechupete,
¡lo mejor de la calle del Sombrerete!
Tocante á laboriosa no hay quien la iguale.
que acepta la *Pelona* cuanto le sale,
y lo mismo te zurce, porque es mañosa,
que te pone ribetes á cualquier cosa.
Pues bien, sabrás que el tuno del dios vendado,
sin reparar siquiera que estoy casado,

hace que me derrita con la *Pelona*
por los cuatro costados de mi persona.
Mas como yo no tengo nada de chulo,
quiero que tú me digas con disimulo,
ya que de chulerías, amigo Pepe,
sabes tú más que el chico de las de Lepe,
cuáles procedimientos son los mejores
para salir triunfante de estos amores.

Yo le escribí una carta muy fina, pero
excusado es decirte su paradero.
¡Si se la hubiera escrito con *aspereza*,
de seguro me libro de tal bajeza!
Á llamarme inexperto no te propases,
que he tenido amoríos de varias clases.
Aun cuando siempre he sido corto de vista,
tuve presa en mis redes á una corista
hija de Peñaranda de Bracamonte
y hermanastra de leche de un polizonte.
Me enamoré más tarde de una beata
cordobesa, robusta, soltera y chata.
He sido luego amigo de una marquesa
que se volvía loca por la frambuesa,
y hasta me he enamorado de una palurda
ilustrada con pecas, gangosa y zurda,
que sostuvo conmigo sus relaciones
á fuerza de pellizcos y de empujones.

Pero ante una chulapa, querido Pepe,
me expongo á no escaparme sin un julepe
y te ruego me indiques en un romance
cómo salgo con vida de aqueste trance;
porque si hablo á la chula de poesía

y la llamo de pronto «Pelona mía»,
comparando el cariño que la profeso
al amor de las aves del bosque espeso,
puede que se figure que es un bromazo
y me rompa las gafas de un puñetazo.
Conque con tu sandunga fascinadora
y sin frases que escamen á mi señora,
¡sácame de este apuro, sácame presto!...
y perdona, Pepito, si te molesto.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

***

Á JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

¡Oh, qué casualidad, querido Pérez!
Á esa ilustre *Pelona* la conozco,
porque fuí quince días su *fulano*
con el número ciento treinta y ocho.
¡Soberana mujer! Algo guasona
y una *mijita* aficionada al mosto,
pero puedes quererla, porque vale
más dinero que pesa, y digo poco.
¡Valiente busto aquél! ¡Qué redondeces!
Qué ojazos y qué cutis! ¡Y qué tonto
me tuvo el medio mes que *andemos* juntos
por cafés y tabernas y ventorros,
ya comiendo riquísimas tostadas,
ya libando aguardiente sustancioso

ó contándonos cuentos inocentes,
con su fin moralito casi todos!

. . . . . .

Pero no divaguemos, noble amigo,
que resulta pesado ya el exordio
y estoy viendo á Sinesio echando chispas,
no obstante su carácter bondadoso.

—

Haciéndote el doctrino me preguntas,
á vuelta de floreos y piropos
(que debo agradecer, aunque sospecho
que son *guay ibu* pura), de qué modo
te querrá la *Pelona*, cuyas plantas
no seré yo quien bese. ¡Antes el morbo!
Y aunque la niña es frágil como pocas
y tú has sentado plaza de buen mozo,
no sé qué contestar á tu consulta,
porque el caso es difícil, ¡qué demonio!
Lo práctico sería, por ejemplo,
ir y decirla así, con malos modos,
echándose el sombrero hacia adelante
y guiñando un poquito cualquier ojo:
«Á mí me *escachifollan* las cositas
que se trae ese cuerpo saleroso,
y *esijo* que me dé usté su palabra
de honor, si puede ser, de que aquí solo
tié voz y *autoridaz* este presbítero».
Ella contestaría: «¿Sí?... ¡¡Tampoco!!»
(que es el *timo* de moda). Pero entonces

le replicabas tú con mucho aplomo:
«Oiga usté, corazón: la vía pública
no es el sitio ó lugar más á propósito
pa tratar ciertas cosas; conque vámonos
á cualquier *restaurante* que esté *prósimo*,
porque tengo yo siempre dos pesetas
pa hacerla á usté un *osequio*, pero en gordo».
Esto, querido Zúñiga, es lo práctico;
pero ¿adónde vas tú con los anteojos
y ese timbre de voz de arcángel huérfano
y ese aspecto de niño candoroso?
Comprendo que conquistes fácilmente,
porque tienes ingenio y gracia y... todo,
muchachas con blasones, chicas cursis,
doncellas de labor, niñas del coro;
pero mozas *cañís*, de pura angre,
sin mezcla de algodón... ¡límpiate, tonto!
Esas quieren barbianes que no sepan
lo que es educación ni por el forro,
y que den ahora un beso y en seguida
una tanda de coces ó *mamporros*,
porque ellas no comprenden el cariño
que no hace cardenales en los ojos.
Huye, pues, de contarla tus fatigas
verbalmente, si tienes amor propio,
y envíala esta carta, que con ella
por lo menos el éxito es dudoso:
«Apreciable *Pelona*: Desde el día
en que la *vide* á usté, yo no sé cómo
tengo toda esta parte (la cabeza),
pero el caso es que estoy hecho un *cerrojo*

y hago veinte burradas *ca* minuto
sin poderlo evitar. Lo cual que todo
»e arregla en un *istante* si usté dice:
Ole ya», *verbo en gracia.* Con el mozo
que lleva la presente puede darme
razón del *resultao* clarito y pronto,
pa saber de una vez si voy á Ceuta
ó á su casa de usté. De cualquier modo,
tengo que hacer aquí dos *salvedades*
que no estarán de más, como supongo:
primera, que yo sé que usté es casada,
cosa que *pa* mi *asunto* importa poco,
y segunda, que gasto una *herramienta*
con seis muelles de música y un rótulo
que dice: ¡Soy de un guapo! *pa* cortarle
la nuez al que se quiera poner moños.
Conque no canso más; usté no *iznora*
que puede disponer siempre á su antojo
de su *afetismo* amigo que le aprecia,
El Zúñiga. Madriz treinta de agosto.»

—

Si te dice que sí, quiérela mucho;
mas toma precauciones para todo,
y si te da un sofión, bendice el cielo,
que no te quiso hacer chulo apestoso.

¡PLANCHA!

—¡Adiós, amigo! ¡Caramba,
dichosos sean los ojos!
¿Qué tal vamos?
—Bien.
—Me alegro.
—¿Y usted? (¡Quién será este prójimo!)
—Yo estoy como si dijéramos
entre Pinto y Valdemoro;
ya me entiende usté. ¡Recontra!
¡Cuidado que está usté gordo!
¡Vaya un pecho y una espalda
y un cogote y unos morros!
—Pero ¿usté por quién me toma?
—¡Dice que por quién le tomo!
Por el gatera más grande
que come pan.
—¡Poco á poco,
señor mío!
—¡Tiene gracia!
¡Qué bien disimula el zorro!

—No me dé usté así en el vientre,
que me hace usté daño, ¡concho!
—¡Si es en broma!
—¡Pues ni en broma!
—Pero, hombre, ¿dónde demonio
se mete usté por las noches?
—En la cama.
—¡Qué chistoso!
Este diantre de hombre tiene
contestación para todo;
andaluz al fin y al cabo,
y, como andaluz, gracioso.
Ya no irá usté por la timba
de la plazuela del Biombo,
donde levantaba aquellos
cadáveres tan hermosos,
¿verdad? ¡Cómo pasa el tiempo!
—¡Yo á la timba!
—Lo supongo,
porque usté le vió las puntas
de las orejas al lobo,
y cuando el gato se escalda...
Tampoco vamos nosotros
desde el jueves; por supuesto
que ahora jugamos al *golfo*
allí, en casa, yo, Gutiérrez,
Aspitarte y Lucio Polo,
pero por pasar el rato,
porque se atraviesa poco,
que á fin de mes ya se sabe
qué pelaje tienen todos.

¡Ah! Que sea enhorabuena;
ya sé que va usté con ocho
á Clases pasivas.
—¡Hombre!
—Me lo dijo Villalobos
hace tres ó cuatro noches
junto al Tiboli. ¡Buen momio!
Ahí sí que estará usté al pelo,
porque usté no es de los tontos
que se matan trabajando
para que descansen otros;
y hace usté divinamente;
no sería usté mal bobo
si gastara el tiempo en balde
teniendo un padrino gordo.
En las oficinas públicas,
para no pasar por congrio,
hay que hacer lo que usté hacía
en la Caja de Depósitos:
ir á las dos de la tarde,
fumar del tabaco de otros,
hablar mal de todo Cristo,
dormirse como un cachorro
y llevarse luego á casa,
con la mar de desahogo,
dos ó tres ó cuatro resmas
de papel de barba, pongo
por hurto.
—¡Qué disparates!
—¡Los objetos de escritorio
que habrá tapado aquel célebre

carrik de color de plomo
que le quitó usté á Rodríguez!
¡Pobre Rodríguez! Aún lloro
de risa cuando me acuerdo
del mes de Enero horroroso
que pasó con el chaquet
de lana dulce sin forro.
—¡Pues la cosa tiene gracia!
—¿Que si tiene gracia? ¡Á chorros!
¡Cuántas vueltas da este pícaro
mundo de un momento á otro!
Parece un sueño que usté,
con esa cara de tonto,
haya sido aquel mancebo
sin vergüenza y revoltoso
que se enredó con la esposa
del pobre don Heliodoro,
el jefe, para acabar
por empeñárselo todo
en dos días.
—¡Oiga usté,
ya estoy hasta el mismo moño
de escucharle á usté esa serie
de animaladas! Los locos
se quedan en su casita
ó se van á un manicomio,
porque si no, están expuestos
á que les salten un ojo.
—Pero ¿habla usté seriamente?
—Muy seriamente.
—¡Demonio!

—Ni yo le he visto á usté nunca,
ni sé quién es Villalobos,
ni he levantado cadáveres
en la plazuela del Biombo,
ni estoy en Clases pasivas,
ni me hace falta; de modo
que me importan tres cominos
esas historias.
—¡Reconcho!
Pero ¿usté no es Paco Andrade?
—No, señor, soy Luis Orozco.
—¡Hijo, pues usté dispense,
le he tomado á usté por otro!
¡Caray, si no me interrumpe
con tiempo, bueno le pongo!
—¿Más?
—Como que iba á decirle
cuatro verdades de á folio.
¡Qué vergüenza! Usté perdone.
—Sí, señor, que le perdono,
pero ha estado usté muy cerca
de mamarse un susto gordo.

QUISICOSA

Ayer sorprendió Quirós
á su mujer con Quiñones,
y encomendándose á Dios
fué y les dijo: ¡¡Indecentones!!
(Que es como el que tiene tos
y se compra unos mitones.)

EN EL MEETING

(BOCETO)

A mi distinguido amigo

el Doctor D. Celestino Lázaro Adradas.

—¿Quién pide la palabra?
—Menda.
—Bueno.
¿Cómo se llama usté?
—Gorgonio Méndez.
—Puede usté prencipiar.
—¡Diznos hermanos!
(Expectación.) ¡Qué grande y que solezne
es el... la reunión que va á escucharme
lo que voy á decir de los burgueses!
(Aplausos.) No vayáis á figurarse
que yo soy orador, pues si lo fuese,
en lugar de llevar la dizna blusa
de peón de arbañil, que veis ustedes,
llevaría, como hacen los ladrones,

trajes de doce duros ú de trece,
y en vez de hacer ginasia en los andamios,
robaría al obrero impunemente.
(Agitación.)—¡Muy bien!
—¡Trabajadores!
Yo no soy orador... *(Rumores leves.)*
¿Sus molesto?
—¡No! ¡no!
—Pues escucharme
con cierta educación, si sus parece.
Acaba de decir un compañero
que una huelga de tres ó cuatro meses
es lo más apropiao pa que seamos
lo que debemos ser entre la gente,
y ha metido la pata, y no quisiera
que el citao compañero se ofendiese.
¿No estáis conformes?
—¡No!
—¡Sí!
—¡Fuera!
—¡Que hable!
—Pa que la burguesía se escarmiente
y sepa respetar nuestro derecho
hacen falta navajas de Albacete.
—¡No es pa tanto!
—¡Sí!
—¡No!
—¡Sí!
—Me dan nausias
al ver que aún hay obreros que se atreven
á decir salvajás, por el estilo

de la que acaba de decirnos ése.
¿Qué comemos nosotros, trabajando,
mal comparao, lo mismo que unos bueyes?
¡Repollo y porquerías que no paran
más de cinco minutos en el vientre!
—¡Eso!
—¡Muy bien hablao!
—¡Bravo!
—¿Y los ricos
qué comen mientras tanto? ¡Magras!
—¡Ele!
—¿Y por qué comen magras? Porque semos
una recua de burros indecentes,
ó peor entoavía, que nos faltan
algunas cosas que los burros tienen.
—Eso es mucho decir.
—Hay escepciones
en esto como en too, naturalmente,
y cualisquiera ve que no es preciso
más que fijarse en mí pa convencerse;
pero á lo que yo voy, es á que juntos
ó en coleztividad ó, si se quiere,
asociaos, en jamás de los jamases
lograremos hacer una que suene.
—Pa mí que esta algo errao su señoría,
y perdóneme usté de que le ojete.
¿Qué, no tenemos toos sangre en las venas,
lo mismo que ca quisque?
—Me parece.
Pero ¿qué importa que tengamos sangre,
si luego nos la chupan los burgueses

cuando les viene bien?

—¡Que nos la chupen!

—Mientras haiga gallinas que se dejen
y mientras que no sean los obreros,
endividual y coleztivamente,
capaces de cortar muchas cabezas
y de llevarse á casa muchas nueces,
claro que sí lo harán. ¿Pa qué queremos
algunos que se visten por los pieses
y son unos gilís? Aquí hacen falta
hombres con muchos...

—¡Bravo!

El Presidente.

—¡Gorgonio, que hay señoras en la sala,
y algunas son honrás, y se resienten.
(Extrañeza.) – Me choca, pero mucho,
que un sujeto ilustrao se pitorree
de las damas y gaste ciertas bromas
en un azto tan serio como es éste.
—Oiga usté, so animal, la presidencia
sabe su obligación perfeztamente,
y no permite que ningún borracho
la dé leciones. *(Sensación.)*

—Si tiene
tanta seguridad su señoría
de que cumple en su puesto como debe,
¿por qué, mientras preside á gente seria,
está comiendo chufas y alcahueses?
—Porque me da la gana.

—¡Qué bonito,
y qué dizno, y qué rezto, y qué decente!

(Rumores.)—¡Á mí, Prim!
—Su señoría
es un morral vendido á los burgueses,
que no quedrá tomarse, de seguro,
cuatro golpes conmigo á la intemperie.
—¡Y cuarenta y dos mil!
—¡Mentira!
—¡Á verlo!
—¡Granuja!
—¡Sin vergüenza!
—¡So castrense!
(Gritos, golpes, carreras, telón rápido
y fin de este boceto de sainete.)

EN EL TEATRO

—Hombre, no me diga usté
que es mentira, porque estoy
metido en el escenario
desde que anochece Dios,
y sé los puntos que calzan
todos: desde el director
hasta el último pelelo.
—No le digo á usté que no,
pero me parece que hay
algura exageración
en lo que cuentan.
—¡Ay, Sánchez!
es usté en punto á candor
una tórtola, hijo mío;
¡pero cómo!...
—¡Sí, lo soy!
—¡Pues claro está! Crea usté,
porque se lo digo yo,
que aunque cuenten mil burradas,

con buena ó mala intención,
de estas gentes, todavía
las hacen mucho favor,
porque ¡hay cada comiquito
por esos mundos de Dios!...
¿Usté conoce á la tiple
que canta el *Chateau Margaux*
y que se sulfura tanto
si oye un chiste de color
subidito?
—La conozco.
—Pues esa niña es atroz
en cierto terreno, y cuando
se empeña y dice: ¡Allá voy!
boca abajo todo el mundo,
menos ella.
—¡Hombre, por Dios!
¡El *diantre* es este Gutiérrez!
—¿Sí, eh? Mire usté, pues hoy
tiene tres al retortero,
es decir, que sepa yo:
un socio de la Gran Peña,
con aspecto de *bulldog*,
que sólo por exhibirla
se está gastando un riñón;
don Benigno, el empresario,
que la da un sueldo feroz,
aunque sabe que la prójima
es más mala que un dolor,
y un chulo desvergonzado
que, sin pizca de aprensión,

se come bonitamente
lo de todos.
—Hombre, no
parece tan... eso.
—En cambio,
ahí tiene usté á la Muñoz,
una damita segunda
con la cara como un sol
y huye de los hombres.
—¡Hola!
¿no le gustan?
—¡Qué sé yo!
Ella nunca se separa
de la hermana del tenor,
y si alguno la requiebra
contesta con una coz.
—¡Qué demonio de muchacha!
—Por supuesto, acá, *inter nos*,
puedo asegurarle á usté
que nuestros cómicos son
malitos, pero viciosos;
y esto no lo digo yo
sólo, que lo dice el crítico
que escribe en el *Demi Monde*,
y cuando él dice una cosa
es tontería...
—¿Sí?
—¡¡Oh!!
¿No ve usté que los conoce
y es listo y observador?...
Él dice de Menganito

que canta con mala voz
porque tiene la nariz
en forma de apagador,
ó porque gasta en invierno
calzoncillos de algodón,
y parece un disparate,
pero es verdad.
—Hijo, no
comprendo qué es lo que tienen
que ver las témporas con...
—Pues ahí verá usté.
—Silencio,
que levantan el telón
y quiero enterarme.
—Entonces,
luego hablaremos ..
.....
Y yo,
que, sentado en mi butaca,
oí la conversación,
la pongo en renglones cortos
y se la doy al lector
para que pueda decir
si tiene interés ó no.

SAETITA

Yo me caliento los cascos
y, aunque mal, escribo versos;
tú también te los calientas...
y no puedes andar luego.

DEL NATURAL

—No, como buena mujer,
es buena la Encarnación
porque Dios quiere.
—¡Qué gracia!
Y aunque no quisiera Dios
lo sería.
—Dí tú que ella
no tuviera esa lesión
en el ojo.
—¿Cuál, la nube?
La nube le hace favor.
—Tanto como eso...
—Se lo hace
aunque digas tú que no,
y además tiene el otro ojo,
que es un ojo superior.
—Eso es verdaz.
—Vamos, hay
que reirse del carbón

de coke. ¡Mira que es negro.
y grande y hermoso!
—No,
si, como buena mujer,
es buena la Encarnación.
—Y que se trae muchas cosas
en el ojo.
—Sí, señor.
Lo que se ve no se puede
negár.
—Muchacho, yo estoy
atocinao, pero cómo,
es que atocinao del too
por esa tía. Parece
una desageración,
pero desde que nos vimos
en el café del Vapor
la primera vez yo y ella,
va hace cuatro meses hoy,
y nos miremos las caras
á un mismo tiempo los dos,
me he vuelto más animal
que los del resguardo, y no
se pasan cinco minutos
sin que suelte alguna coz.
— Eso casi es natural,
Atilano.
—Lo peor
es que luego me atortolo
y tengo ca distración
que despampana. Antiyer

por la tarde estaba yo
con el *Corrompe* acabando
de arreglar el mostrador
de una tienda de bebidas
de la calle Palafox,
y por coger la garlopa
metí mano en el cajón
de los cuartos, y saqué
trece reales.
—¡Anda Dios!
¿Y te los guardastes?
—Claro
que me los guardé; pues no,
que iba á volver á meterlos
pa que me hiciera un favor
el tabernero, si hubiese
oservao la operación.
—Oye, ¿y te da eso á menudo?
—Carcula; como que estoy
siempre así. ¿Pues y en mi casa?
Allí es una cosa atroz
lo que me distraigo. Llego
del taller á lo mejor,
y en lugar de saludar,
que es lo que hacen casi toos
los que tienen tan siquiera
tanto así de educación,
resulta que sin querer
le arrimo una torta ó dos
á la pobre Marcelina,
y hasta que ella dice ¡Soo!...

no me entero de lo que hago.
—¡Puede!
—Lo mismo que el sol.
Después me tumbo en el catre
pensando en la Encarnación...
– Sí, y ecétera.
—No es eso.
—¡Mía que!...
—Palabra de honor
que no es eso, Lucas; es
que por las mañanas voy
á lavarme en la cofaina,
antes de ir al obrador,
y me se olvida y después
no me lavo ni pa Dios
en jamás.
—Ya te se nota
sin que lo azviertas.
—Si estoy
hecho por esa mujer
lo que se dice un lechón.
—Tú tienes la culpa.
—¡Claro!
—¿Por qué no la hablas?
—¿Quién, yo!
—Naturalmente.
—¡En seguida!
¿Pa que me largue una coz
en cuanto que me aprosime
á pedirla ese favor?
¡Pues, chico, menudo lujo

me gasta la Encarnación!
¡Mira que ahora lleva un par
de botinas de charol,
que hay que mirarlas!
—¿Y qué?
Como si llevara dos.
¿No vive con un huevero
de la calle del Faztor
que la viste y la mantiene?
—Sí.
—¿No la da Melitón
tres pesetas ca semana,
como ya sabemos toos,
pa estraordinarios?
—También.
—¿No está enredá con Eloy
y ella le paga los vicios,
porque él no tiene un botón?
—¡Me parece!
—Pues entonces,
¿qué te importa, so *magoy*,
que la Encarna gaste efeztos
de más ó menos valor,
mientras tanto que congenie
con ese par de gachós?
Tú lo que debes hacer
es aguardar la ocasión
de que el huevero se marche,
y un día que esté de humor
ella, te lavas tú bien
con estropajo y jabón.

pa que te se noten algo
las faciones...
—Sí que voy
á hacerlo.
—La ves, la esplicas
la cosa, aceta, y ya sois
parientes.
—Si azmite.
—Azmite.
¡Pues buena es la Encarnación!
Esa mujer en su vida
le ha dicho á nadie que no.

LANCES DEL JUEGO

—Pues pasó lo que ocurre casi siempre,
que uno de los que juegan es un cerdo
sin crianza, ni na, y el otro un hombre
decente, pero guapo al mismo tiempo.
—Vamos, sí; que le distes en la cara.
—Te diré cómo fué, si es que me acuerdo.
Salíamos los dos del *Abanico*
de ver al *Pelendengues*, que está preso,
cuando al pasar por junto á la taberna
de Inés la *Dislocá*, le dije: «Eusebio,
te juego unas alubias ahora mismo
á cuatro, ú cinco, ú seis, ú siete juegos».
Él fué y me contestó: «Pa luego es tarde».
Y yo le dije: «¡Arzando!» y nos colemos.
Conque nos dió la *Dislocá* el epítome,
ó sea la baraja; sacó luego
dos reales de habichuelas superfinas,

medio par de cuartillos de lo negro
y un ceneque; después nos presinamos
antes de prencipiar, con el ojecto
de que no nos inflasen las judías
(y de cumplir de paso con el clero),
y en menos que se cuenta, nos metimos
entre pecho y espalda todo aquello.
—Y entonces fué cuando se armó la bronca,
¿no es verdaz?
—No fué entonces, aunque Eusebio
me dió ocasión tres veces pa pegarle,
porque á ese desahogao le hacen efezto
las legumbres en cuanto que las prueba.
—Esas cosas, los hombres de talento
las oyen y se callan, Aquilino.
—Cuando se oyen na más, santo y muy bueno;
¡pero carcula tú!...
—Bien, al asunto.
—Pues verás: la cuestión fué que acordemos,
después de introducirnos las alubias,
jugar á una partida de seis juegos,
á la brisca, el importe del consumo,
ú sea una peseta y cuatro céntimos;
y como que, si hay hombres en España
que jugando á la brisca tengan suero,
uno soy yo, me le llevé de calle
lo mismo que el que lava.
—¡Ya lo creo!
—Él, mientras que jugábamos, no hacía
más que dar con los cascos en el suelo
y faltar á las cosas de la iglesia,

como sabes que falta á ca momento;
pero yo, sin embargo, me achantaba
pa no dar que decir, hasta que luego,
él, que ya estaba visto que tenía
la mar de ganas de tomarme el pelo,
dijo una cosa fea de mi madre,
con muy malas entrañas... ¡y yo entiendo!
—¿Qué?
—Na, que me se hinchó la vena gorda
y le llamé venao. Nos levantemos;
me escupió cuatro veces en la cara,
hizo así, con el brazo y con el dedo,
diciéndome: «¡Pa ti, melón de cuelga'»
Levanté el puño, le cogí de lleno,
y total, que le puse las narices
como una sobreasá.
—No, pues Eusebio
no se iría á su casa de vacío.
Me se figura á mí.
—No tuvo tiempo,
porque yo le agarré, y al poco rato
Inés la *Dislocá* se puso en medio,
como siempre; llegaron los del orden,
nos dieron dos patás de las de peso
en semejante sitio, y en seguida
se acabó la chapuza.
—Por supuesto
que maldito el provecho que te harían
á ti las habichuelas.
—¡Sí, provecho!
Como que estoy desde antiyer mañana,

por mor de las judías del almuerzo,
con la mar de inquietuz en el estómago
y con una tristeza que no veo.
—¿Lo ves? Por ajuntarte con granujas.
—Qué quieres, éstas son cosas del juego.

CONSEJO

Si estrenas una comedia
y el público te la silba,
ya puedes estar seguro
de que la cosa es malita.
Apenca, pues, con el fallo
respetable de la crítica,
si éste es igual que el del público
que te obsequia con la grita,
y no escuches las lisonjas
que los *amigos* te digan:
mira que todos aquellos
que en los fracasos animan,
ó quieren dar la castaña,
ó tienen muy poca vista.

LA BODA DE LA MILAGROS

—Ayer se casó.
—¿Y tú fuistes
también á la boda?
—¡Claro!
—¡Pues cuajo se necesita!
—Sí se necesita cuajo;
pero como muchas veces,
aunque quieras, no eres amo
de tus aciones, te portas
como un sucio sin pensarlo.
—Eso sí.
—Yo no quería,
ni pa Dios, ver aquel azto,
porque ya me figuraba
que iba á pasar un mal rato;
pero al saber.o su madre
me dijo: «No hagas el paso,
que aunque él tiene tragadera»

y se cree que la Milagros
está como el primer día,
es fácil que haiga algún ganso
que la meta en cuanto note
que no estás, y arme un escándalo
si lo sabe. Sobre todo,
es hacerle un feo á Paco,
másime más cuando el pobre
es el que te ha convidao».
—Es verdaz.
—En fin, la cosa
fué que fuí, y al poco rato
vi entrar al Hurga y al Meque,
que están en el mismo caso
que yo, como saben todos,
con respeto á la Milagros;
conque me dije: Cuando éstos
se plantan aquí, mediando
lo que media, que no es poco,
pues sería yo un galápago
si tuviera entodavía
un tanto así de reparo.
—¿Y qué hicistes?
—Divertirme
más que el clero.
—Cuéntame algo,
Bernardino.
—Pues verás.
Antinoche, por si acaso,
me lavé muy bien too el cuerpo
con polvos de gas y un piazo

de arpillera...
—Buena gana,
cuando no hace ni tres años
que fuistes conmigo al río,
casualmente.
—Sin embargo,
qué quieres, yo tengo un modo
de ver las cosas muy raro,
Pelegrín.
—Bien, sigue.
—Luego
me acosté, y ayer temprano
me puse unos calcetines
limpios.
—¡Esagera tú algo!
—Hombre, no te los enseño
porque ya los he guardao
pa el domingo, que si no
los verías. Bueno, el caso
fué que me puse decente;
cogí un puro y el vergajo;
eché á andar pa casa de ella,
y en cuanto entré solté el trapo
á reir; ¡pero, chiquillo,
que no pude remediarlo!
—¿Por qué?
—Porque lo primero
que me vi fué á la Milagros
con el ramo ése.
—Es costumbre,
todas llevan ese ramo

pa que no critiquen.
—¡Anda!
¡Pues más critican llevándolo,
según se han puesto las cosas.
—¿Y él, qué tal es?
—Más simpático
que lo que yo me pensaba,
y más rumbon...
—¿Sí?
—¡Muchacho,
es un hombre que parece
que tiene rotas las manos!
Sólo en la buñolería,
que fué adonde nos llevaron
después de la ceremonia
a todos pa que almorzásemos,
si no se gastó dos duros,
no le faltó ni un ochavo.
—¡Miau!
—¿Sí? Ya ves, quince ruedas
de churros y treinta vasos
del café bueno pidió
delante de mí.
—¡Qué bárbaro!
—Y eso sin contar con que hubo
más de tres y más de cuatro
que repitieron seis veces,
y quien pidió estraordinarios
de mojama y otras cosas,
porque ¡fué ca desahogao!
¡Pues anda que por la noche

no te digo nal Compraron
la mar de bollos de aceite,
pero bollos de esos caros,
no vayas á figurarte
que andó con miser.as Paco.
—¡Valiente noche tendríasl
—Yo me la pasé bailando
con la novia, mientras él
tocaba pa que bailásemos.
Por cierto que hizo una cosas
con el cuerpo la Milagros
que, la verdaz, parecían
mandadas hacer de encargo.
—Sí que lo creo.
—Además,
puso los ojos en blanco
siete veces, y después
fué y me dijo por lo bajo:
«Yo me he casao, Bernardino,
pero aunque me haiga casao
sé mi obligación».
—Pues, chico,
eso quiere decir algo.
—¡Un pocol
—¿Y qué más?
—Na más,
que á la una y media tocaron
á retirarse too el mundo,
porque él estaba deseando
de dormirse, y nos marchemos
á casa los convidaos,

después de que les dijimos
que se divirtieran algo.
....
—¡Mira tú que son algunos
cortos de vista!
—No tanto,
que esta mañana la he visto
junto á la plaza del Rastro,
y llevaba la cabeza
envuelta en la mar de trapos.
—¡Anda Dios!
—Por eso digo
que corto, pero no tanto.
Algunos, al primer golpe,
no ven siete sobre un asno
y si te descuidas, van
y se ríen de los pájaros.

EN EL ANDAMIO

—¡Vamos, tú, papamoscas, espabílate
y echa pa acá esa escuadra, y mueve el cuajo,
que te pasas la vida propiamente
como el tonto de Coria!
—Señor Másimo,
si es que hay cosas que afeztan de tal modo
que no se acuerda usté ni del trabajo.
—Pero es que tú te afeztas toos los días.
—Sí, señor, cuasi toos.
—Menos los sábados,
que en diciendo que hueles la moneda
te se abren los sentidos.
—Se dan casos.
También algunas veces no me acuerdo
de que tengo familia y me distraigo
por ahí con los amigos, y resulta
que luego voy á casa sin un cuarto,
y hasta ofendo á mi esposa, en cierto modo
bien sea con los pies ú con las manos.

—Ú con los cuatro remos al unísono,
¿verdaz?
—Que sí señor, pues á eso vamos.
—¿Á cuál?
—Á que si tengo, como tengo,
el corazón lo mismo que un canario
respetive á bondaz, ¿á qué obedece
mi manera de ser?
—Pues á los grados
ú la fuerza motriz del aguardiente
que tiés acaparao en el monago.
—Pudiera ser, pero también es fácil
que pudiera no ser.
—Mira, Serapio,
no me vengas con gaitas, ni prencipies
á columpiarte el cuerpo en el andamio,
que no tié gracia el dar ende aquí arriba
el salto de la trucha.
—Señor Másimo,
¿pero no vale más romperse el alma
treinta veces que no andar como andamos
haciendo volatines en la azmósfera,
por una porquería? ¡Pues es claro!
Señor, lo que yo digo: ¿qué es la vida
con mala mantención? Pues es un asco,
me se figura á mí; porque en la casa
donde no hay alimento fuerte y sano
no hay saluz, ni respeto, ni alegría,
sino inquietuz y bofetás y fiato.
¿Tengo razón ú no? ¿Sí? Pues entonces,
¿me quiere usté decir qué tié de estraño

que me ofenda con otro mi señora,
por más de que yo sepa que es un azto
cuasi punible? ¡Na acsolutamente!
Á mí, gracias á Dios, me importa un chavo
de espliego que ella tenga la conduzta
que le salga del moño, aunque está claro
que á veces me resiento por su falta
de franqueza conmigo, señor Másimo,
porque nunca me entero de sus cosas
como no me las cuente algún estraño
pa hacerme de rabiar. Yo ya comprendo
que ca cual hace de su capa un sayo
en un país antónomo y demócrata;
pero ¿es que á ella le cuesta algún trabajo
el venir y decirme francamente
si llega la ocasión: «Mira, Serapio,
tal cosa pienso hacer?» Eso sería
lo limpio y lo correzto, pero vamos
á lo que son las cosas: ¿cuánto gana
de jornal cualisquier peón de mano
por estarse too el día á la intempéride
ventilándose el cutis? Supongamos
que le dan dos pesetas, con las cuales
tié occión á resbalarse en el andamio
y romperse una pierna ú dos ú varias,
igual que le ha ocurrido al Pichicharro
antiyer, ¿no es verdaz? Pues calculemos,
además, que es un hombre de algún trato,
como yo, verbo y gracia, y que no debe
privarse de beber de vez en cuando,
ni de jugar un mus con los amigos,

ni de tener por ahí cualquier apaño,
por pura distración, bueno, ¿y entonces
qué es lo que va á comer? ¡Mielgas! si acaso,
porque con ocho riales, me parece
que no puede uno hacer muchos milagros.
Ya sé que algunos dicen entoavía
que hay quien vive hecho un príncipe con cuatro,
y da dinero á réditos, y fuma
picao de cuarteron, si llega el caso;
pero no puedo menos de acordarme
del difunto Pucheta, señor Másimo,
cuando oigo estas pamplinas.
—Bueno, arrea,
que ha tocao la campana el señor Paco.
—¡Gracias á Dios!
—¿Sí?
—Digo, me parece
que es hora, ya, de descansar un rato.
—No te habrás relajao con los esfuerzos
que haigas hecho en tu vida.
—¡Hombre, pa chasco
que por ese jornal le hicieran á uno
trabajar entoavía!
—¡Arza pa abajo,
so piazo de ganduí!
—¿Qué?
—Ya lo he dicho.
—¡Pensé que era por mí!
—¡Quiá!
—¡Por si acaso!

¡PÉREZ!

EN LA TABERNA

A mis amigos Celso Lucio y Manuel Paso.

I

—¿Es verdá lo que cuentan de tu padre?
—¿Quién, mi padre? Mi padre fué un valiente
con ca riñón así, según contaba
tu madre, que esté en gloria, y me parece
que la pobre mujer siempre tendría
más motivos que yo pa conocerle.
—Se apreciaban bastante.
—Se apreciaban
como no hay en el mundo quien se aprecie
desde que ellos doblaron las cabezas
y dieron con sus raspas en el Este.
¿Hay alguno que iznore, por si acaso,
que no una vez ni dos, sino cien veces
se quitaron de encima too lo puesto
na más que por servirse mutuamente?
¡Tu madre fué querida de *too* el mundo,

por su buen corazón!

—No me recuerdes
las cosas de mi madre, Bernardino,
porque me afezto y voy á humedecermo,
que, viéndose en mi caso, cualquier hombre,
por muy hombre que sea, llora siempre.
—¡Verídico!

—¡Mecachis!...

—Bueno, Lucio,
sécato con la blusa y dí qué quieres.
—Yo anisao.

—¡Señor Juan, dos de Monóvar!
Menos mal que te afeztas, pero bebes.
. . . . . .
. . . . . .
Pues dices tú, mi padre... ¡vamos, hombre!...
Mi padre ha despenao muchisma gente,
por más de que esté mal que yo lo diga.
—¿Sería por cuestiones de mujeres?
—Por todas las cuestiones; en cuanto alguien
le ponía la pata en un juanete,
queriendo ú sin querer, ú cualisquiera
se sonaba pa arriba un poco fuerte
al pasar por su lao, ya le le tenías
con la faca en el cuello del que fuese.
—¡Anda Dios, qué carázter!

—Un carázter
que le llevó á presidio muchas veces
y le espuso á morir de cara al público
aunque era un hombre rezto.

—¡Me parece!

—¡Tenía unos caprichos!... Las personas,
cuando llega un domingo, van al Puente
ú á la Plaza de Toros si hay corrida,
ú á cazar verderones, si se ofrece.
¿No es eso, Lucio?
—Sí.
—Pues á él le daba
por llenarse el monago de aguardiente
y salirse á la Ronda, con idea
de matar cuatro ú cinco ú seis ú siete
personas de ambos sesos.
—¡Vaya un punto
con tuétanos y forro!
—Tú no tienes
más que ir y preguntarle á cualisquiera,
cuando te dé la gana, quién fué Pérez,
y como no te digan que era un tío,
con más alma que el Ciz, me cortan éste.
¿Dónde murió mi padre? En Cartagena,
si es que los libros del penal no mienten.
¿Y por qué fué al penal?
—No sé ni jota
de la desgracia aquélla, pero puede
carcularse que fué por algún hurto
que le saldría mal.
—¡Lucio, no intentes
deshonrar la memoria de un sujeto
dizno por toos concetos de otra suerte!
—Perdona si le falto.
—¡Él, que debía
tener en cualquier sitio algo decente

una estatua de bronce, mejor hecha
que la del Espartero!
—Me parece
que estás desagerando, Bernardino,
aunque no demasiao.
—Ya se comprende
que iznoras la mayor de las hazañas
que hicieron en el mundo los valientes.
—¿Cuál?
—Que á poco de entrar en el servicio
y no siendo na más que un asistente
sin cruces ni entorchaos, ganó la guerra
del África mi padre.
—Oye, es que puede
que le confundas tú con el O'Donnell,
que estuvo allí también.
—Vamos, ¿tú quieres
que te cuente el suceso, pa que veas?
—Venga ya.
—¡Señor Juan, dos de lo fuerte!
Y ahora dame un pitillo, y oye y calla,
que te vas á enterar de quién fué Pérez.

II

—Ya estoy.
—Pues aprosima la banqueta,
que te voy á contar, pa que te enteres,
la ación que hizo en el África mi padre,
ó por mejor decir, Másimo Pérez.

—Sí, pero haz el favor de darte prisa,
que son las seis y media, y á las siete
tengo que ir con la Inés en ca del médico,
á por una receta, antes que llegue
á saberlo su padre y la sacuda
como el año pasao; que el señor Lesmes
el día que se le hinchan las narices
es un mulo de varas.

—Tú le ofendes,
porque, según murmuran en el barrio,
él, aunque es animal, lo es de otra especie
de más categoría.

—Vamos, hombre,
no tiene quien lo iguale.

—Sí lo tiene;
¡que tu padre también me gasta un genio
de toro fogueao!...

—Pero él atiende
á razones, y escucha cuando le hablan,
y oserva, y reflesiona y se convence
si llega la ocasión, mientras que el otro
por cualisquiera cosa se enfurece
y luego empieza á dar satisfaciones
con las patas de atrás. Precisamento
antinoche le vi detrás de un cura
por al lao del mercao de los Mostenses,
y como él es de Pi, le iba erutando
pa hacerle de rabiar.

—Toma, ¿y qué quieres?
Si él piensa así en política, yo creo
que en realidá sólo hace lo que debe.

—Pero provoca.

—Bueno, que provoque:
¿no has provocao tú nunca?

—Varias veces.

—Como que es un derecho democrático
que lo ejercita todo el que lo tiene.

—Y va á la prevención.

—Otro derecho
que ejercitan los guardias si le prenden.

—Eso sí.

—¡Claro está!

—Bueno, es el caso
que como él me respeta casi siempre,
cuando le vi me aprosimé, y hablándole
con cierta suavidaz, pa no ofenderle,
le dije: «Usté es un asno que se piensa
que toos los sacerdotes son mujeres,
y se va usté á encontrar el mejor día
con una manguzá de esas que duelen.
Bueno que sea usté de los del pazto,
pero ¿es que por si acaso manda el jefe
insultar á los curas en la calle
como usté los insulta, so zoquete?
¡Eso no lo hace nunca una persona
con pelos en la cara, señor Lesmes!

—¿Y qué te contestó?

—Pues contestarme
ni tanto así, pero debió escocerle
la píldora.

—¿Por qué?

—Porque de pronto

me dió dos puñetazos en el vientre
y echó á correr después detrás del cura.
—¿Pa erutarle otra vez?
—Naturalmente.
—La verdaz es que el tío tiene un pronto
pa azarar á cualquiera.
—¡Que si tiene!
Dí tú que se trataba de un anciano
y, si se mira bien, algo pariente,
que si no... ¡vamos, hombre!
—Por supuesto,
si llegara á enterarse el señor Lesmes
del azto de la Inés, se le saldría
la razón por encima del copete
pa daros un disgusto, que en seis años
ya le habéis ofendido cuatro veces.
—Lo menos.
—Pues ya ves.
—Conque muchacho...
—¡Ah! Pero ¿es que te vas sin que te cuente
la ación que hizo en el África mi padre,
después que te convido?
—Me parece.
—Aguárdate una miaja.
—¿No te he dicho
que me espera la Inés?
—¡Qué cosas tienes!
¡Pues no siento yo poco que te vayas
sin haberte enterao de quién fué Pérez!

DESPUÉS DEL VERANEO

—¿De modo que has estao fuera?
—¡Pa chasco!
—¡Miá que tenéis
la primera suerte algunas
personas!
—¡No sé por qué!
Hoy en día el que no sale
tan siquiera por un mes,
pa dársela de arzobispo,
verbo en gracia, es un pagüé,
ú tiene el genio más corto
que un galápago.
—¡Eso es!
¿Y el que no tiene dinero?
—Lo pide prestao y amén,
y si luego no lo paga,
el que venga atrás que arree.
¿No se han marchao á Güipuzcoa

y á San Sebastián después,
el señor Sidro el bollero
y su chica y su mujer,
y andan siempre á bofetás
con el hambre?
—Ya lo sé.
—¿No sale toos los veranos
el chupatintas del seis,
y dicen que no se pone
calcetines en los pies
más que el día de su santo
y el del Corpus? ¡Pues á ver!
¿No está en la última miseria
Gabina la del furriel,
y ha estado en San Juan de Luz?
—No ha sido en ése.
—Está bien;
la cuestión es que ha salío
á veraniar sin tener
ni dos pesetas. ¡Pero, hombre,
si á lo mejor vas y ves
á un méndigo que te dice:
«Caballero, deme ustez
pa ayuda de un panecillo,
que no tengo que comer»,
y tú te afeztas y caes,
y luego resulta que es
pa largarse á cualisquiera
balniario! Por eso fué
por lo que yo dije: ¿Sí?
Pues me las guillo también.

—Me choca que te haiga dao
permiso el señor Miguel
pa dirte afuera.
—Verás;
yo le dije: «Mire usté,
señor Miguel, mi señora
está más pesá ca vez,
y además con el calor
hay días que tié la piel
igual que si se la hubieran
untao con betún inglés.
Luego, yo estoy liquidándome
por toos laos, y es menester
que salgamos de Madriz
por dos semanas ú tres,
tan siquiera con ojezto
de variar» Entonces él
soltó una frase ofensiva
pa la iglesia, pero fué
y luego dijo: «¡Anda y vete
y ojalá te mate el tren!»
—¡Qué buen corazón!
—¡No hay otro!
Conque me cogí á la Inés,
arreglemos una miaja
de tortilla ú no sé qué...
—¿Y sus fuisteis á Chicago?
—Á un lao de Carabanchel,
ande tié el estercolero
Melitón, el de Almadén.
¡Muchacho, qué quince días

nos hemos mamao los tres
al lao del ganao de cerda!...
Porque tú ya sabes que él
está cebando lechones
pa negociarlos después.
—No sabía una palabra.
—¡Pues menuda piara tié!
Por eso vive el gachó
como si fuera un marqués
y tié la casa ande habita
talmente como un ledén.
¡Si vieras qué mantención!
—¡Pues ni que fuera el hotel
de la señá Paix!
—¿Aquello?
En fin, chico, yo no sé
cómo comerán en casa
del Lhardy; pero lo que es
mejor que en el muladar
de Melitón, no pué ser.
—¡Desagera un poco!
—¡Bueno!
Pué que te vayas tú á creer
que allí se come cocido.
—¡Qué más quisieras!
—¿Sí, eh?
Pues en cuanto que amaneces
lo primero que te ves
es un piazo de tocino
crudo, ¡pero de una vez!
y un pepino pa detrás.

—¡Y un canario!
—¡Pueda ser!
Y sobre too, que allí vives
con más libertaz que el rey.
¿Que un día va y te molesta
la calor y pa andar bien
quieres quitarte la ropa
de afuera, que viene á ser
como quitárselo todo?
Pues te la quitas, y amén;
en tapándote una miaja,
vas fresco y culto á la vez.
¿Que te se olvida el pañuelo
de las narices y tiés
que sonarte? Pues te suenas
y arreglao. En fin, Grabiel,
pa mí dende el muladar
á la gloria.
—¿Y tu mujer?
—Se ha quedao con Melitón
por ocho días ú diez,
porque él dijo: «¡Déjala!»
Y ella dijo. «¡Déjame!»
Claro, como han sido novios,
los pobres se tienen ley.
—¡Habrá muy pocos amigos
como Melitón!
—¿Como él?...
¡Lo que es estando á su lao
no le falta na á la Inés.

SOLILOQUIO

(EN EL ABANICO)

Estoy más quemao que un pisto
porque veo que en España
no hay igualdaz, ni hay justicia,
ni hay educación ni hay nada.
Hace tres ó cuatro noches
rasqué en la puerta de Eslava,
por distracción, un cilindro
de metal blanco y sin tapas
que bien tasao no valdría
dos pesetas colunarias,
y tuve la mala suerte
de que me viesen los guardias,
sin querer, y me trajeran
insultándome y á pata.
No quié decir que yo esté
resentido porque me haigan

puesto á la sombra; no es eso,
porque aquí estoy en mi casa
y salgo á tomar el aire
siempre que me dé la gana,
si afano un ojecto fino
pa quien yo sé; pero azara
y pone de mal arate
eso de que aquí no traigan
más que á la pobre garulla
porque tiene la desgracia
de no llevar pa el trabajo
sombrero de copa de alta.
¡Luego dicen!... Si yo fuese
gobernador, verbo en gracia,
ú jefe de policía,
ú espetor de vigilancia,
es un decir, y quisiera
vivir con lo que ganara
de sueldo tan solamente
(que no quedría), ¡ay, su mama!...
iban á venir en ristras
toos esos gachós del arpa
que paecen personas reztas
y á Dios le roban la caspa
sin que ninguno les diga
tan siquiera una palabra
na más que porque resulta
que son de la aristocracia.
¡Pa que á mí me se escapasen!
¡Como no me se escaparan!
... .

Vamos, hombre, pasan cosas
que tienen la mar de gracia,
¡pero la mar! Está ustez,
á lo mejor, dos semanas
sin dar un golpe decente,
porque la industria está mala,
y el día que azquiere ustez
un alfiler de corbata,
ó un áncora, línia rezta,
va el delegao y le llama
pa decirle: «Tú, Corujo,
has estao ayer de guardia
en tal ú cual sitio y tienes,
por consiguiente, una alhaja
así ú asao, de un señor
que la heredó de su papa.
Así es que como las cosas
de familia son sagradas
y el amo es amigo mío,
ya te estás diendo á buscarla
en seguida, si no quieres
que te disloque una pata».
¿Y qué va á hacer uno, si uno
no puede ponerse á malas
con esa gente? Pues eso:
ir á por ella á su casa
y dársela al delegao,
y él va y coge y se la guarda
y la vende por su cuenta.
Bueno, pues, ¿por qué no agarran
al delegao en el azto?

Por eso: porque en España
no hay igualdaz, ni hay justicia,
ni hay educación ni hay nada.
Yo he estao haciendo el panoli
y el pagüé, por iznorancia,
desde que entré en los negocios;
pero cuando cumpla y salga,
me compro una canariera
y una levita de gala
¡a trabajar diznamente
y poder vivir de guagua.
¡Pa chasco! ¡No que se juega!
¡Ya sé yo la martingala!...

Á UNO

Animal y persona
quiso que fueras
en su poder la sabia
naturaleza.
Por eso vemos que eres
al fin y al cabo:
si no escribes, persona;
si escribes, pavo.

UNA CONQUISTA

Á DON ANTONIO PEÑA Y GOÑI

-Ahora que estamos solos, señá Claudia,
va usté á hacerme un favor.
—Si es el que tienes
costumbre de pedirme toos los días,
no me atosigues más ni te molestes,
porque vas á sacar lo que el del cuento:
los pies helaos y lo demás caliente.
—¡Cuidao que es usté perra, señá Claudia!
—¡Muchas gracias, José!
—No se merecen,
pero es el evangelio. Estoy penando
lo indecible, va ya pa cinco meses,
por su causa de usté, y á usté, no ostante,
se le importa un piñón el que uno pene.
-Eso prueba que tiene usté la sangre

más negra que el betún!

—¡No sé qué quieres
que haga yo!

—¡Señá Claudia!...

—Pues es claro.
—Señora, las preguntas de esa especie
no hay mujer de sentido que las haga
ni hombre de educación que las conteste.
Lo primero, porque eso se adivina
de golpe, y lo segundo, porque ofende
aunque uno sea un choto sin criterio,
verbo en gracia.

—Es decir, que á ti te tiene
sin pizca de cuidao el que las lenguas
de hacha, que hay en el barrio, me desuellen
por un capricho tuyo, y que me pongan
á parir, ¿no es verdaz? ¡Pues están verdes!
¡Tengo yo en más estima mi conduzta!
—Mire usté, señá Claudia, too eso es...

—¡Pepe,
tú me has tomao por otra!

—No, señora,
que la conozco á usté perfeztamente,
y sé que, cuando le entra por el ojo
un hombre, sabe usté, si es que se ofrece,
sacrificarse y too.

—Tampoco iznoras
que soy casada y además decente.
—Lo primero es verdaz, pero, no ostante,
me va usté á permitir el que la oserve
que también lo es usté pa el señor Braulio

y ecétera.

—Son dichos de la gente.
—Y hechos de usté, que, como duren mucho,
van á ser causa de que á mí me lleven
donde no me dé el sol, que usté no sabe
lo que es un ser apasionao que tiene
perdida la concencia de sus aztos,
ú mejor dicho el albedrío.

—¡Ay, Pepe,
qué poético estás!

—Hay circustancias
en que el hombre se eleva.

—Mira, vete,
y no des ocasión pa que el maestro
se jame la partida y nos caliente.
—Á usté no la calienta en este mundo
ningún sujeto mientras viva éste,
y con respezto á mí...

—Bueno, concluye,
y en resumidas cuentas dí qué quieres.
—Que me ame usté.

—¡Que te ame el Dios Nctuno
si está desocupao!

—¡Gracias!

—Parece
que soy yo una cosa nunca vista,
ó que no hay en el mundo más mujeres.
Ahí está la Asunción.

—Esa pa el gato,
que es de Valladoliz.

—¿Y la Mercedes?

¿No te gusta tampoco?

—Ni un pimiento.

—Pues es guapa.

—No es fea, pero tiene
muchismo desahogo en ciertas cosas,
ó muy poca vergüenza, si se quiere.
—Pídele relaciones á la Higinia,
que ha vacao, según dicen.

—¡Justamente,
y la saluz que me la parta un rayo!
—Si te vas á fijar en pequeñeces,
jubílate.

—Pa la cuestión de afeztos
soy muy escrupuloso.

—Pues atrévete
y díle algo á la Inés, que es una chica
cuasi bien educá.

—No me conviene.

—¿Por qué?

—Porque la Inés no vive sola

—Ahora sí.

—Ahora no, y usté dispense;
que el domingo pasao estuve á verla
y salí de su casa con un huéspede.
—Sería de su madre, que hace días
echó de menos uno.

—Quizás fueso,
porque es la de la Inés una familia
que ni pa Dios congenia con los peines.
Pero no divaguemos, señá Claudia,
y no me hable usté ya de otras mujeres,

porque pa mí no hay más que esa persona
ó el claustro ú el Peñón. Por consiguiente,
ú me honra usté ahora mismo con su estima,
ú me traigo en el azto la de muelles
y se la interno á usté.
—Eso es violarme,
y yo nunca he dejao que me vihuelen.
—Ni ha habido caso nunca.
—En buenas formas
se consigue de mí lo que se quiere,
pero lo que es en malas...
—Pues en buenas
dígame usté que sí.
—Cuando lo piense,
que no está bien que una mujer honrada
aceda sin saber dónde se mete,
mientras haiga en el mundo alabanciosos.
—¿Va por mí esa indirezta?
—Me parece.
—¿Sí? pues ha ido usté á dar con el sujeto
más reservao de España.
—No esageres.
—¿Quién se ha enterao jamás de mis asuntos
con su hermana de usté ¡Ni las paredes!
—Na más que mi cuñao.
—Porque ella quiso
contárselo pa que él no se ofendiese;
no porque yo me fuera del seguro.
—¿Hablas con seriedaz?
—¡Usté me ofende!
—Pues déjame, José, que reflesione,

y dentro de media hora, si Dios quiere,
te daré la respuesta.

– Señá Claudia,
gracias anticipás.

—No se merecen.

TIEMPO PERDIDO

—Pero vamos, tú, contesta
si es que quieres contestar
una cosa ú otra, y no
te quedes ensimismá:
¡paeces la tonta del higo!
—¡Gracias!
—¡Pues si es natura..
Ves que hace un porción de tiempo
que estoy dale que le das,
con ojecto de que rompas
y ni Cristo te hace hablar.
¿Es que te falta coraje?
¿ú que te parece mal?
¿ú que no te da la gana?
Pues dices que no, y en paz.
Tú sigues hecha una burra
manteniendo al animal
de tu padre, y yo me agrego
á otra menos delicá;
porque ya habrás suponido

que no mé voy á quedar
desocupao porque á ti
te dé por la honestidaz
de repente.
—¡Claro, tú
no miras el qué dirán
ni las consecuencias!
—¡Vamos!...
¡Hasta ahora sí que no me has
removido el aparato
de la digestión, Pilar!
¿No te ha quitao el pellejo
cuasi too el mundo, na más
que porque has tenido dos
de familia con Damián?
—¡Me parece!
—¿No te llevan
y te traen porque me das
permiso pa ir á tu casa,
y no murmuran la mar
porque entro al anochecer
y salgo de madrugá?
—Tiés razón.
—¿No te levantan
calugnias siempre que vas
y llevas encima efeztos
de algún valor?
—Es verdaz.
—Pues si conoces que lo es,
¿qué te se importa á ti ya
que el Fulano ú la Mengana

quieran desacreditar
tu conducta? Y sobre too,
bien mirao, ¿qué es lo que van
á decir porque te vengas
conmigo, máxime más
siendo, como si dijéramos,
la cosa más natural
del globo? ¿Es honrá mi madre?
—Pué que lo sea.
—¡Velay!
Pues mi madre se marchó,
poco después de casá,
con un botero, y no ha habido
quien la llegase á tachar
tanto así porque dejara
el tálamo conyugal.
Ni mi padre, que es la hombría
de bien, personificá,
pero que en cuestión de afeztos
y vergüenza y diznidaz
se atreve á darle leciones
al que menos ú al que más,
soltó ni una frase de esas
que acostumbra á pronunciar
cuando se enrita; al contrario
él dió su conformidaz
y arquiló una sustituta
pa no aburrirse. Total,
¿sí ú no?
—¡Manolo!
—Si acedes,

esta misma tarde van
á por tu catre; compramos
cuatro sillas y un sofá
de poco lujo, con esas
pesetas que tiés ahorrás,
y con esto y mi bandurria
se queda casi amueblá
la vivienda y ¡ni dos príncipes!
¿Que tú, sin necesidaz
de moverte de tu casa,
puedes sacarte un jornal
de doce ú catorce reales?
¡Pues perfeztamente! Ya hay
pa la mantención y un poco.
¿Que da la casualidaz,
por esas cosas que ocurren
á veces inesperás,
de que yo tengo trabajo
y ganas de trabajar
cualquier día? Pues ya tienes
seis ú siete reales más
pa una ayuda. De manera
que han de ponerse muy mal
las cosas pa no tener
una vida desahogá,
juntando lo de los dos
con aseo y equidaz.
No ostante, ¿que tú mañana
dices: «Me quiero casar
legalmente?» Pues me dejas
el mobiliario y te vas

con quien sea, que por eso
no vamos á regañar.
Conque, ¿qué dices?
—Pues digo
que yo ya estoy vacuná
de la ternera.
—¡Qué gracia!
—Ú hablando con propiedaz
y clarito: que no tengo
ganas de hacer el Colás,
ni de llenarle la andorga
á ningún hombre holgazán.
—¿Hablas en serio?
—¡Pa chasco!
—¡Pues me has matao, porque ya
no quedaban más mujeres!
¡Pero que andan á patás
las pobres!
—Mejor pa ti.
Así no te faltarán
borricas que te mantengan.
—Y que estén mejor formás
que tú, ¡so pendón sin carne!
—Hombre, váyase usté á la...

Á PROCOPIO RUIZ

(MI ZAPATERO)

Zapaterillo ramplón,
de tu necia obstinación
quieres hacer mi castigo,
¿no es eso? Pues te maldigo
con todo mi corazón,
y desprecio las pamplinas
de tu execrable mancebo,
que á pesar de mis propinas
quiere cobrar las botinas
que te debo.
Diez años hace, lo más,
que me vendiste el calzado,
tras de cuyo importe vas
con ardor inusitado,
y como si se tratara
de un parroquiano grosero,

de los que no dan la cara
ni el dinero,
dices con un desenfado
digno de causa mejor,
en carta que me has mandado
por el correo interior:
«Como yo estoy plenamente
convencido
de que es usté un indecente
y un perdido
que no sabe agradecer
mis frecuentes atenciones,
según he podido ver
en distintas ocasiones,
si no ceja usté en su afán
de proceder sin cordura,
los tribunales harán
que pague usté la factura,
so charrán.»
¡Los tribunales! ¡Ay, Ruiz,
eres un pobre aprendiz!
Recurre á los tribunales
y ya verás cómo sales,
infeliz.
Tenía intención de darte,
si no toda, una gran parte
de la deuda consabida,
la verdad;
pero como ha sido herida
mi susceptibilidad
con esa declaración

que suscribes, buen Procopio,
hago el asunto cuestión
de amor propio,
y para darte un mal trago
por tu falta de chirumen
no te pago,
no te pago, aunque me emplumen
Déjame, pues, de pamplinas
y ni tú ni tu mancebo
penséis más en las botinas
que te debo;
porque si tomáis á guasa
lo que digo
y os acercáis á mi casa
nuevamente,
pongo al cielo por testigo
de que al primer insolento
que me quiera importunar
le corto la yugular
para que el otro escarmiente
Adiós, zapatero ruin,
te acompaño en tu dolor
y doy á esta carta fin.
Tu seguro servidor
y consecuente deudor,
Nicomedes Trampolín.

LOS TRAPEROS EN EL CENTENARIO

—¿Y qué es lo que acordasteis?
—Pues asiéntate,
que te voy á decir lo que acordemos
respetive al programa de la juerga
que pensamos correr varios traperos,
pa honrar el centenario de Cristóbal,
que se va á celebrar un día de éstos.
—¿Se puede hablar?
—Se puede.
—Pues entonces,
perdona si te digo que no veo
la punta, ú la razón, pa que la clase
á que entrambos á dos pertenecemos,
tan diznísimamente, saque su óbalo
y lo dé pa cuestiones en que el gremio
no toca ningún pito.
—No me extraña
que hables así, porque eres un ternero
en asuntos de historia, y disimula
si te agravio quizá, sin conocerlo;

pero hay cosas que afeztan al decoro
nacional y que atacan á los nervios.
¿Es decir que no sabes entoavía
quién fué el señor Colón?
—No sé; ni creo
que se le esija á nadie en nuestro ramo
saber quién fué, pa calcular el precio
de un catre de tijera.
—¡Á sí discute
cualquier mula de varas, Efrigenio,
pero no un hombre dozto!
—Pues entonces
tú, que eres sabio y que la das de périto,
tómate la molestia de ilustrarme
con respezto á Colón.
—Pues fué un sujeto
que descubrió una tarde las Américas,
pa entretenerse en algo.
—Muy bien hecho,
pero no me se importa.
—¡Muchas gracias!
¿Pues si él no las hubiera descubierto,
so pedazo de astial, quieres decirme
en dónde venderías los ojectos
usaos, que constituyen aztualmente
tu manera de ser?
—¡Viva el salero!
¿Y no le abono yo, día por día,
como ca quisque, el alquiler del puesto?
—Bien; voy á continuar, porque contigo
no se pué debatir más que teniendo

intención de lisiarte.

—Sí, continua.

—Pues ayer, por la noche, nos juntemos
en casa de *la Pocha*, con idea
de fijar el programa de festejos,
un servidor, *el Chufa*, Bernardino,
el Colín, Juan José y *el Cirineo*,
y se acordó nombrarme presidente,
ú sea el encargao de too aquello
referente al parné.

—Te nombrarían
por unanimidaz.

—Cuasi por eso;
porque aunque cuatro de los seis que estábamos
votaron al *Colín*, fué *el Cirineo*
y, después de anular el escrutinio,
dijo con buenas formas: «Si hay un méndigo
entre los circustantes que se atreva
á no votar por éste, que alce el dedo
pa darle dos ratás en el azdomen».
Total, que me votaron y acordemos
hacer, pa celebrar el Centenario,
lo siguiente, á saber:

—Venga.

—*Primero*:
Día doce. Á las seis de la mañana,
en punto, nos tiramos toos del lecho
y nos lavamos bien.

—¿Cuánto te juegas
á que no sus laváis?

—Bien, ya sabemos

que nunca se ejecutan los programas
tal y como se piensan, Efrigenio.
Segundo: De ocho á diez. Café de moca,
y un puro pa detrás, de cinco céntimos
con oción á botica, y asistencia
de médico y demás.
—Sigue.
—*Tercero:*
Banquete á mediodía, que se anula
en atención de que á las doce tengo
que estar en el fielato de Valencia,
pa introducir de guaga unos conejos,
con estas cuatro líneas. *Cuarto y quinto:*
Á las tres de la tarde. Gran concierto
de flauta y acordeón á voces solas
pa solaz de los socios; un barreño
de limoná y ginasia. *Sesto y último:*
Por la noche fusión de los dos sesos,
ó sean las señoras y las machos.
Baile campestre en el corral del *Melo*,
y libertaz pa hacer lo que se pueda
sin faltar al pudor.
—¡Pa chasco!
—Luego,
se diseminan ellas, y nosotros
nos vamos á cualquier casa de juego
de las que hay en la *Guía* y fin de fiesta.
Conque ¿qué tal?
—Muy bien. Y pa tóo eso
¿cuánto habéis recaudao?
—Catorce duros

—De los cuales te achantas tú, lo menos,
la mitad y unos pocos.
—Hombre, siempre
se queda alguna cosa entre los dedos
si se tiene pupila.
—Ú poca lacha.
-Pero, en fin, de toos modos, los festejos
resultan treinta veces más baratos
que los que hace el ilustre ayuntamiento.
¡Me se figura á mí!
—¡Lástima fuera!
—¡Y son más animaos!
—¡Pues ya lo creo!

EL TEATRO POR DENTRO

(LAS MAMÁS DEL CORO

—En parte tié usté razón;
pero, señá Trinidaz,
esto, mirándolo bien,
es hacer la pascua ya.
—Usté se enfada en seguida.
—¡Pero no me he de enfadar,
si salen ca diez minutos
con una esigencia más,
y ese tío de empresario,
que es un piazo de anima!,
nos trata como si fuésemos
rabaneras jubilás!
¡Señora, por Dios, aunque una
no tuviera dignidaz!
Que hagan eso con la madre
de Luisa, la del Mollar,

que ha sido una cualisquiera
y ha estao presa en Alcalá
por corruztora, está bien,
es decir, no está muy mal;
pero que lo hagan con toda
la viuda de un crpellán,
que aunque haiga venido á menos
sabe lo que es sociedaz
y se ha criao en pañales
de batista, es abusar.
—Y conmigo.
—Y con usté,
sí, señora; que por más
que vende mojama fresca
por pura necesidaz,
al fin y al cabo es decente
y no ha corrompido na,
salvo lo que ni una misma
puede á veces remediar.
—Sí; pero como el que paga
es él...
—¡Señá Trinidaz,
no hable usté de eso, que hay cosas
que dan ganas de... llorar!
Está usté cinco ó seis años
gastándose un dinerar
con ojeto de que salgan
las niñas bien educás,
y luego, porque no son
huríes, ú porque están
algo escurridas de carnes,

por delante ú por detrás,
las pagan con tres pesetas
(eso cuando se las dan),
como si pa tener arte
fuera preciso llevar
dos arrobas de carnaza
dentro del corsé.
—¡Ya, ya!
—Así es que yo muchas veces
digo lo que aquel refrán:
«Pa ser *eso* sin provecho,
es una mujer honrá»;
y estando en su casa, nadie
murmura de una en jamás.
¿No tengo razón, señora?
—Muchisma, doña Pilar.
—Le digo á usté que remueven
ciertas cosas.
—La verdad
es que se murmura mucho.
—Como que hay gente capaz
de despellejar á un Cristo
de piedra de Colmenar.
¿Ven á cualisquier muchacha,
por una casualidaz,
haciéndole cara á un hombre,
lo cual es muy natural?
Pues ya le han echao el fallo
y toos quieren abusar.
¿Que mi chica y la de usté
se hacen amigas, y van

y buscan pa divertirse
juegos propios de su edaz,
como ro hemos hecho todas,
unas menos y otras más?
Pues puede usté estar segura
de que nunca faltará
un indecente que diga
cualisquier brutalidaz.
—De seguro.
—Sin embargo,
lo que á mí me puede más
no es eso, sino las formas
que acostumbran á emplear
más de cuatro groserotes
con toda la que es honrá.
La otra mañana, ensayando
El proceso del cancán,
no me tiré al direztor
de escena, porque la Paz,
que ya conoce mis pulgas,
fué y me sujetó del chal,
que si no, por estas cruces
que hago una barbaridaz.
Figúrese usté que estaba
mi chica, con las demás,
ensayando esas pamplinas
que las hacen ensayar,
y porque juntó las piernas,
contra su costumbre, va
y la dice: «Á ver, so burra,
despatárrese usté más».

¿Está eso bien?

—No, señora.

—¡Pues es claro que no está!
No; lo que es como este invierno
la vuelvan á contratrar,
y no sea el empresario
más decente y más formal,
saco á la niña del coro,
la compro un traje y un boá,
y la llevo por las noches
á los cafés.

—¡Qué Pilar!
¡Es usté el diantre!

—¡Señora,
que hablo con formalidaz!
Miste que me tienen toos
los del teatro muy cargá.

UN ARREGLO

—¿De modo que por fin sus arreglastis?
—Pues hombre, claro está. ¡Lástima fuera
que siendo yo quien soy, y haciendo un año,
pa primeros de mes, que hablo con ella,
me andara entoavía con tontunas
lo mismo que un muchacho de la escuela!
—Pero ¿cómo lo hicistes?
—La otra noche
me llevé á su madre á la taberna
del *Chupón*, y la dije: «Señá Ulalia,
tome usté lo que quiera por mi cuenta
y hágame usté el ocsequio de escucharme,
que la voy á decir cosas muy serias».
Pidió un huevo cocido y media rosca,
porque es muy bien mandada, y le molesta
que le digan las cosas muchas veces,
y en seguida la hablé de esta manera:
«Yo á su chica de usté la aprecio mucho
desde el año pasao, porque aunque es tuerta

y según se murmura por la calle
no ha dejao de tener sus cosas feas,
á mí me hace el avío, y por lo tanto
lo demás me se importa una lenteja.
Así es que cualquier día yo podría
pasarme á la muchacha por la iglesia
con toos los documentos necesarios
pa que el cura de tanda nos unciera;
pero esto, francamente, señá Ulalia,
no le conviene á usté, ni á mí, ni á ella,
por muchísmas razones. Supongamos
que, después de casaos, pesco á la Pepa
faltando á su deber, lo cual es fácil;
pues resulta que me hace la merienda,
porque la doy un golpe, pero tengo
que seguir á su lao haciendo el bestia,
y no puede haber paz en la familia
ni un minuto ca día tan siquiera.
Ya sé que en cuanto usté se coma el huevo
va á decirme que el hombre que ve y piensa
si llega un caso así, se desaparta;
pero como la ley, cuando no hay pruebas,
obliga á que el casao al hacer eso
pague la mantención de su parienta,
velay usté. De modo, señá Ulalia,
que opino que debemos, yo y la Pepa,
vivir amontonaos un par de meses
pa ver si congeniamos, y así queda
ca cual libre pa hacer, como usté sabe,
su santa voluntaz. ¿Que ella se entrega
más de lo regular á los licores,

lo mismo que hace usté, ó que se piensa
que yo soy un milano de provincias
y voy á trabajar pa mantenerla?
Pues no se pierde na, porque la cojo
y se la mando á ustez con la licencia.
¿Que la Pepa es honrada y yo me canso
de tenerla á mi lao, por lo que sea,
lo cual tampoco digo que no ocurra?
Pues ídem ídem ídem y ecetera.
Á mí me se figura que la chica
no ha de portarse mal, si tiene en cuenta
que desde que la trato no he podido
hacer más sacrificios por mor de ella.
Yo la he comprao á plazos, por mi gusto,
un ojo de cristal pa que no tenga
que ponerse el rajao de toos los días
cuando vaya conmigo á cualquier fiesta;
yo la entregué ant noche treinta céntimos,
sin esperar que ustés me los pidieran,
pa que mande arreglarse los zapatos,
porque entristece el ver cómo los lleva,
y estos aztos, señora, no se olvidan
cuando uno tiene un poco de vergüenza»
Aquí llegaba yo, cuando la pobre
me se cayó de bruces en la mesa
y prencipió á roncar, porque tenía
un pedazo de curda de primera;
conque la di un capón pa espabilarla,
y después de rascarse la cabeza,
ya sabes tú por qué, me dijo, dice:
«Niceto, usté es un hombre de concencia

y sabe usté tratar á las señoras
con muchismo decoro; de manera
que puede usté llevarse la muchacha
por una temporá, si le tié cuenta,
que yo sé que ha de hacer la pobre chica,
por darle gusto á usté, too lo que sepa».
Así es que la he cogido y ahí la tengo
trabajando lo mismo que una bestia
pa llenarme el monago, hasta que salga
otra que gane más y me convenga.
—¿Ande vivís?
—Salitre, ciento doce,
tercero, corredor de la derecha,
número diez y seis.
—Chico, me alegro.
—Ves por allí, Ramón, pa que la veas.
—Sí que puede que vaya.
—Cuando gustes.
¡Ah! Te debo azvertir, pa que lo sepas,
que sólo estoy en casa por el día.
—Entonces, cualquier noche voy á verla.

COSAS DE ELLOS

—Vamos, hombre, que te calles;
pa desahogo mi mujer.
—Sí que la mía...
—¿Ande vas
á comparar á la Inés,
que es más prima que una tórtola,
con ella?
—¡No sé por qué!
—Porque hay muchisma distancia
entre las dos.
—Está bien,
Venceslao. Á ti, en diciendo
que echas por alto los pies,
hay que estropearte un ojo
cualisquiera, ú es menester
dejar que le montes á uno.
—¡Qué ponderativo!
—¡Á ver!
—Pero ¿quién tié razón?
—Yo.
¿No me falta á mí la Inés?
—Sí, señor; pero te falta

por detrás.
—¿Qué tié que ver?
Eso indica que es más proba
que la Ugenia.
—Ya lo sé:
¿pero voy á hablar yo aquí
de probidaz ni honradez,
cuando no hay entre una y otra
ni el canto de un alfiler
de diferiencia? Yo digo,
y creo que digo bien,
que tocante á desahogo
aún tié mucho que aprehender
tu parienta de la mía;
y no te ofendas, Grabiel,
si añido que respetive
á confianza y á saber
apreciar á su marido
no vale ni un alcagüé
la tuya; y si no, responde:
á tí te agravia la Inés,
¿no es eso?
—Me se figura
que ya lo he dicho otra ve
—¿Lo sabes por ella?
—No.
—¿Por quién lo sabes?
—Por él.
—¿Por cuál?
—Por Rufino
—¿Y tú

te calculas que está bien
el que no haiga entre dos cónyugües
franqueza y gusto y aquél
pa decir si llega el caso:
«Me se ha antojao *hache* ú *be?*»
¡Pues, hombre, tendría gracia
que entre marido y mujer
se anduviese con tapujos
y gaitas y paripés!
¿Con qué fin? Entoavía
está por la primer vez
de que haiga obrao mi señora
sin darme parte. ¿Por qué?
Porque es delicá y le gusta
el interpretarme bien
cuasi too. ¡Ahí está el quiz!
Porque, señor, si la Inés
te anda buscando las vueltas
siempre que va á proceder
á un azto, dicho se está
que te la da de pagüé
y que, por de consiguiente,
ejecutas un papel
feo ante la sociedaz
y ante el clero. Yo ya sé
que el día que á ti te se hinche
la vena arteria, va á ser
cuando va á haber que decir
Requiesca y pacen y amén,
por más de que haigas sufrido
cuatro ú cinco años ú seis

resinao; pero con eso,
como comprendes, Grabiel,
no se va á ninguna parte;
porque voy á suponer
que te ocecas y la matas
cualquier día; bueno, ¿y qué?
Na; que se ríen de ti
Rufino y los otros tres,
ú los que sean, y encima
vas adonde no te dé
la claridaz en un siglo,
porque..
—Pero oye: ¿es que tiés
cuerda pa un rato?
—Pa cosa
de un cuarto de hora. ¿Por qué?
—Porque estás gastando el tiempo
en dar leciones á quien,
como yo, pué ser tu padre
muy fácilmente.
—¡Grabiel!
—Digo por la edaz.
—¡Pa chascol
¡La culpa la tiene el buey
que se mete...
—Bueno, mira;
apúntate diez y seis
y corta la relación,
porque ahora tengo que hacer,
—Pero ¿ande vas?
—Á tu casa;

porque hace ya cuasi un mes
que no vesito á la Ugenia,
y es muy posible que esté
conmigo de morro.
—Entonces
yo te espero hasta las diez
en la tuya.
—Como quieras.
—¿Vas á tardar?
—¡Yo qué sé!
Eso es según como caigan
las pesas.
—Bueno, Grabiel.
Te lo digo porque allí
ya no sabe uno qué hacer.

LA VUELTA DEL PRESIDIO

—¿Eres tú aquella moza casi pura
que me dijo al marcharme á Cartagena:
«Por estas cruces que te espero intazta
mas que tardes un siglo?
—Soy aquélla.
—¿Y cómo, siendo tú la misma prójima,
no te se cae la cara de vergüenza
al darme, ahora que vuelvo del presidio,
con esos tres mocosos en la jeta?
¡Quítate de mi vista, si es que tienes
un átomo de lacha tan siquiera,
y no me soliviantes, que si el saco
donde llevo la bilis me se vuelca,
es fácil que te llame cierta cosa
que tengo aquí en la punta de lengua!
—¡No me juzgues, Miguel, sin escucharme!
—Pues habla de una vez, y el cielo quiera
que al pronunciar las últimas palabras
la campanilla para siempre pierdas!

¿Y tu madre?

—¡Murió!

—Muy bien pensado,
¡y hora es ya, como hay Dios, de que yo pueda
elogiar una ación de aquella anciana!
¿Y tu padre?

—¡En Melilla!

—¡Hermosa tierra,
cuyo penal me recogió en su seno
los dos primeros años de carrera!
¿Y tu hermana?

—Mi hermana, en compañía
de diez ú doce más.

—¡Siempre tuvo ella
delirio por vivir acompañada
y por no dar señales de vergüenza!
—Pues, difunta que fué mi pobre madre
y procesao mi padre, por sospechas
de haber intervenido en cierto asunto,
y sin noticias tuyas que me dieran
esperanzas de ver tarde ú temprano
tanto la mantención como el ecétera,
pensé que no tenía más remedio
que agarrarme á una cosa cualisquiera
para vivir sin que en jamás tuviesen
que murmurar de mí las malas lenguas,
y antes que hacer lo que la Carmen hizo,
manchando nuestro nombre...

—¡Calla, Pepa,
que si en el mundo hay cosas inmanchables,
ya sabemos entrambos que una es ésa!

Mas prosigue, no ostante, tu relato,
y haz el favor, si quieres, de ser breva,
porque á cada palabra que pronuncias
más la sangre en el cuerpo me se quema.
—Prosigo, pues, Miguel, pero te ruego
por lo que más en este mundo quieras
que continues sereno mientras tanto
de que puedas sacar la consecuencia
de mi modo de ser.
—Perfeztamente;
y aunque no nesecitas ya más pruebas
que las que tengo vistas pa tratarte
con cierta propiedaz, dí lo que quieras,
porque soy un cadáver.
—¡Dios te escuche!
Pues carculando al verme triste y huérfana
que sería más noble y más higiénico
que andar de aquí pa allá, como andan esas
amigas de mi hermana, el hacer frente
á un hombre, cuando el hombre no es un berzas,
me agregué á Ceferino, ú sea el nieto
de la señá Asunción la cangrejera,
y con él llevo ya más de seis años,
aunque bien sabe Dios que es á la fuerza,
porque ¡ay, Miguel! la imagen de tu cara
no se borra en jamás de entre mis cejas.
—¡Muchas gracias, pero has obrao conmigo
igual que se obra entre el ganao de cerda!
—¡Qué comparanzas haces!
—Las que debo.
—Tú, si das una coz, siempre te quedas

con el casco en el aire pa dar otra.
—Cuando trato con sucios ó con bestias
es verdaz.
—¡Ay, Miguel!
—¡Pues está claro!
¿No te juré, al salir pa Cartagena,
volver en el istante de estar libre
y aprosimarme á ti por el sistema
que te gustara más?
—Sí.
—¿No juraste
tú, asimismo, con una mano puesta
ya no recuerdo bien sobre qué ojecto,
que antes te cortarías la cabeza
que casarte con otro?
—Me parece,
y ninguno ha faltao á su promesa,
que si á cumplirla vienes tú dispuesto,
yo también á cumplirla estoy dispuesta,
pues no habiendo pisao entodavía
las losas del juzgao ni de la iglesia,
nadie puede meterse en mis aciones.
—Pero ¿no estás casá?
—¡Pregunta es esa
que me ofende, Miguel!
—¡No!
—¡Pues es claro!
—¡Eres digna de mí! ¡Perdona, Pepa,
si es que he llegao quizás á molestarte
con alguna palabra! Mas dispensa
que te haga una ojeción: ¿y Ceferino

qué es lo que va á decir en cuanto sepa
que te vienes conmigo?
—¡De seguro
dará gracias á Dios porque me llevas!
—¿Y si quiere oponerse á nuestro enlace?
—Me saldría por una friolera,
que yo te pertenezco en cuerpo y alma
y á tu lao he de estar lo que me queda
de vida.
—No esageres y permite,
serrana de mi sangre, que me atreva
á estampar en tu cutis un par de ósculos
mientras el día venturoso llega
de que el cura nos junte legalmente
pa darle á Ceferino en la cabeza.
—Estampa los que gustes, Miguel mío,
y otra vez no te vayas de la lengua
ni seas animal, porque ya sabes
que suelen engañar las apariencias.
—¡Perdóname, por Dios, si es que me quieres!
—¡Te perdono, Miguel!
—¡Bendita seas!

ENTRE AMIGAS

—Oye, tú, ¿pero es verdaz
que te ha dejao *el Chufitas*,
cuando estabais pa casarse
dentro de tan pocos días?
—Eso dicen, Bernabea.
—¡Me dejas helá, Donisia!
¿Y por qué ha sido?
—Porque él
se conoce que quería
tomarme así, de repente,
por una cabra con pintas,
y por eso no me toma
ni él ni toda su familia.
—Haces muy bien.
—Tú carcula
que fué y le dió la manía
de irse á vivir, pa hacer tiempo,
con la Romana, esa tísica
repuznante que no tiene

más que pellejo y espinas,
y tú carcula que yo
estaba siendo la risa
del barrio. porque resulta
que too Cristo lo sabía.
Conque le cogí una tarde
y le dije, digo: «Mira,
tú ya habrás notao que yo
soy muy joven entoavía
pa que deje que me tome
la trenza cualquier guripa.
Por de consiguiente, ú dejas
de hablar con esa sardina,
que te va á matar de sede
á escape, si es que contínuas
á su lao, ú se acabó
lo que daban».
—¡Ay, qué risa!
¿Y él que te dijo?
—Pues él
contestó: «Yo bien quedría
dejarla, pero es un voto
que tengo hecho á la *Purisma*
Concención, y no me atrevo
á darte gusto, Donisia,
no sea que luego vaya
y se ofenda la *Purisma*».
Total, que hemos liquidao
de una vez.
—Me choca, chica,
porque lo que es apreciarte

te apreciaba.

—¡Que lo digas!
porque ha llegao á quererme
como una caballería.
—Y te daba muy buen trato.
—¿Trato?... ¡Como hoy no se estila!
Puede que no me haiga puesto
seis veces la mano encima
desde que me habla.

—No ostanto,
él ha hecho una porquería
gorda contigo.

—Ha hecho varias,
pero no le tengo inquinia
ni he de levantarle falsos
testimonios mientras viva,
por gusto de que se piensen
que es un granuja. *El Chufitas*
tendrá faltas, como toos
las tenemos, pero ¡ay, hija!
pa mí ha sido cuasi un ángel,
porque, por más que tenía
cierta clase de esigencias
un si es ú no es ofensivas,
si se quiere, pero propias
de la edad y la bebida,
como yo no le llevaba
la contra, en jamás había
una voz más alta que otra,
ni un disgusto ni una riña.
—¿Pues y aquel bulto del ojo?

—Fué por una tontería.
Que una noche vino á verme
con dos docenas de tintas
en el buche, y porque estaba
haciéndome una visita
de cumplido Teresiano
el de la señá Benigna
la fuellera, no sé qué
barbaridaz pensaría,
y me dió con el vergajo
aquí, junto á la ternilla.
—¡Pues lo que es si llega á darte
cuatro dedos más arriba!...
—¡Suponte tú! Por supuesto
que yo me tiré en seguida
y le di así, con el puño,
en tal parte.
—¡Anda, borrica!
¡Pa haberle dejao inútil
de un remo!
—¡Cualquiera mira
lo que hace cuando la ofenden
y la sacuden encima!
—Es verdaz.
—Por eso yo
estoy así más tranquila
y no me se importa que haiga
obrao como ha obrao.
—No digas,
porque aún habís que arreglarsos
tan siquiera por la niña.

—Lo que es yo no he de buscarle.
—¡Miá tú!
—¡Como soy Donisia!
Si él viene y se baja, bueno,
que lo que es yo, ¡cualquier día!

COSA CORRIENTE

Con cuatro trapillos
por todo equipaje
y un par de pesetas
por todo caudal,
salió el pobre mozo
de Villatontaina
llamándose á secas
Fulano de Tal.
Tristón é indeciso,
sin rumbo marcado,
danzó varios días
de aquí para allí,
después de lo cuales,
con paso seguro,
se vino á la corte
diciendo entre sí:
«¡Jamás he sabido
lo que es el talento.

ni tengo siquiera
sentido común!
Por eso la gente
del pueblo me dice
que soy un *grandismo*
pedazo de atún.
Seré lo que quiera
la gente del pueblo;
tendré muchas faltas,
no digo que no;
mas yo he de hacer cuartos,
porque otros los hacen,
y son treinta veces
más brutos que yo».
Lo cierto es que el mozo,
por *fas* ó por *nefas*,
ansioso sin duda
de dar en el *quid*,
en clase de pinche
entró en las cocinas
de cierto palacio
condal de Madrid,
á tiempo que entraba
también, de doncella,
Leonor, una chica
nacida en Jaén,
morena, incitante,
locuaz, ardorosa,
gentil y resuelta;
en fin, de *chipén*.

.....

Se puso tan triste
la pobre muchacha
por causa de aquella
dolencia interior,
que el conde le dijo:
«Manolo, esta chica
te va á dar un susto
de marca mayor.
Aquí no conviene
dormirse en las pajas
ni ver el asunto
con calma glacial,
porque es muy posibe
que, si te descuidas,
se lleve el demonio
la paz conyugal.
Arregla la cosa
de modo que nadie
descubra la trama
que piensas urdir,
y así fácilmente
saldrás del conflicto,
que de otros más graves
supiste salir».

.. ..

Había dinero
y astucia de sobra;
de modo que, claro,
figúrese usté!
La moza y el pinche
se unieron. El *otro*

les puso una tienda
de yo no sé qué,
y aquel almendruco
que vino á la corte
llamándose á secas
Fulano de Tal,
hoy sigue tan simple
como el primer día,
pero tiene cuartos,
que es lo principal.

GROSERÍAS

(Á ELLA)

¿Conque al fin te casaste,
querida Bruna?
¡Todos los sinvergüenzas
tienen fortuna!
.....
Aunque tu matrimonio
nada me importe,
lo he sentido en el alma
por tu consorte,
porque sé (y no lo digo
por ofenderte)
que es un hombre muy digno
de mejor suerte.
Catorce meses fuiste
mi... prometida

(lo cual que de seguro
no se te olvida),
y sabes que nos dimos
ratos muy buenos
que no deben contarse
ni mucho menos;
pero aunque sé que en caso
de incomodarte
de seguro me mandas
á mala parte,
al recordar hoy cosas
de aquellos días
en que por mis hechuras
te deshacías,
quiero, aunque te disgustes,
hablarte en plata,
que en esto no me importa
meter la pata.

....

Comienzo: Hará seis años
próximamente
que te vi en el paseo
de San Vicente,
comiendo al aire libre
torraos y chufas
con otras tres ó cuatro
señoras bufas;
y, al verte, por razones
que aún no me explico,
porque siempre tuviste
cara de mico,

me quedé enamorado
perdidamente,
hecho un pollino párvulo
completamente.
(Poco culta es la frase,
y aunque debiera
decir la misma cosa
de otra manera,
como sé con quién trato
no quiero hacerlo,
que á ti hay que hablarte en cafre
si has de entenderlo.)
Bien; comisteis las chufas;
yo, medio loco,
fuí detrás de vosotras,
poquito á poco,
hasta el número ciento
cuarenta y siete
de la olorosa calle
del Tribulete,
donde tu pobre padre
(que era el cabrito
mayor que disfrutaban
en el distrito),
solamente por darse
lustre, tenía
despacho de mondongos
y porquería.
Desde aquel mismo instante,
perdido el tino
y probando á cien leguas

que era un doctrino,
hice dos mil bobadas
cada minuto,
que en tu barrio me dieron
fama de bruto;
te seguí á todas horas
con santos fines,
rompiendo muchos pares
de calcetines,
y hablando con los dedos
en verso y prosa
(aunque tú no entendías
de esto gran cosa),
te llamé muchas veces
rosa temprana,
borrega de tu chacho,
cielo y serrana,
sin que tú comprendieras
que esta ternura
era lo que se llama
jonjana pura.

.....

Rompióse al fin y al cabo
tu indiferencia;
premiaste con exceso
mi consecuencia,
y aunque yo ya sabía
que no es decente
que se casen los hombres
con cierta gente,
llegué á darte palabra

de matrimonio,
inspirado sin duda
por el demonio;
pero tu ilustre padre,
prenda querida,
se opuso á nuestra boda
con alma y vida,
porque, según contaba,
públicamente,
«yo casi no tenía
lo suficiente,
y para ser la *cónyugüe*
de un *cualisquiera*,
bien estabas *haciendo*
de mondonguera».
Me dispuse á probarle
que estaba errado
sabes que no pude
verlo probado,
porque en vez de ablandarse
con mis razones,
fué y me arrimó una tanda
de coscorrones,
y por si esto no fuera
buen argumento,
para salir de dudas
en un momento,
me puso en el abdomen,
hecho una fiera,
tres de las cuatro patas
que Dios le diera.

Olvidé, sin embargo,
tamaño ultraje
por no tener cuestiones
con un salvaje,
y viendo que el negocio
no se mostraba
todo lo apetecible
que yo esperaba,
se me ocurrió la idea,
digna y juiciosa,
de poner ambos *pieses*
en polvorosa,
y estuvimos sin vernos
todo un verano,
sufriendo los rigores
del noble anciano;
pero como en el mundo
nada es eterno,
quiso Dios que una cruda
noche de invierno
muriera el pobrecito
resueltamente,
víctima del abuso
del aguardiente,
entre aquellos mondongos
embriagadores
que hacían de tu casa
nido de amores.

. . . . . .

Mas veo que tu *fila*
se pone brusca

porque lo que te digo
te hace la *cusca*,
y aunque me proponía
mortificarte,
para que me mandaras
á mala parte,
doy fin con mil amores
á la presente,
relegando al olvido,
por consiguiente,
mil recuerdos de aquellos
tiempos felices,
para que de este modo
te tranquilices.
Adiós, pues; si para algo
me necesitas,
no me mandes á nadie
con esquelitas,
que está de tus hechuras
harto de veras
Aquilino Mengánez
y Pedroñeras.

CHISMORREO

—Pero, por amor de Dios,
¿á quién le va usté á contar
las cosas de la Gabina,
cuando las tengo olvidás
hace un siglo?
—¿Sí?
—¡Pa chasco!
¿No ve usté que llevo ya
diez y seis años y medio
viviendo en la vecindaz?
—¡Ay, hija, pues yo pensé
que era usté nueva!
—¡Ojalá
que lo fuese! porque así
no habría necesidaz
de que una supiera cosas
que ofenden á la moral
y que por de consiguiente,
la dañan á una.
— Es verdaz.

—¡Calle usté, por Dios, señora!
Si estoy hasta el moño ya
de ver aquí, toos los días,
ca espetáculo capaz
de sacarle los colores
á un guardia municipal,
como que en los siete pisos
que tié la casa sólo hay,
al por mayor, dos mujeres
que puedan llamarse honrás
talmente: una servidora
usté. Ni menos, ni más.
—Casi tiene usté razón.
—Sin cuasi, doña Pilar.
Sí, porque el que á usté le guste
el ir al café Imperial
por las noches, pa tener
un rato de sociedaz
con la grandeza, no creo
que sea pa criticar.
—Pues, sin embargo, hay quien mete
chismes en la vecindaz
porque voy sola.
—¿Pero eso
qué tié de particular?
Sí, señor, que va usté sola,
pero vuelve acompañá,
porque tié usté relaciones
con mucha gente. Además,
hoy en día, es usté libre
y una mujer libre va

sola adonde se le antoje
sin dar que decir; pero hay
personas en este mundo
que nacen pa chismorrear
de too Cristo, y si no lo hacen
cogen una enfermedaz.
¡Mia que murmurar de usté,
cuando es un piazo de paul...
—Muchas gracias.
—Sí, señora;
y cuando es usté capaz
de quitarse too lo puesto
por servir á los demás.
¡Pendones!... Siempre habrá sido
la cursi del principal,
porque tié una lengua...
—¿Sí?
—Pregúnteselo usté á Isaaz,
el huevero, que ha tratao
con ella una temporá
y ha tenido que quitarle
la mantención á guantás
por bocona. Y cuidao, que él
no se sulfura por na,
porque pué que no haiga habido
otro tan manso en jamás.
—¿Pues no es casada ella?
—Sí;
pero está desapartá
de su marido por cosas
un poco sucias. Lo cual

que con el desapartarse
perdió un momio regular,
porque, según dicen toos,
él ha sido concejal
dos veces y la llevaba
con ca zarcillo y con ca
pulsera, que propiamente
paecía su majestaz.
Por supuesto, le sentaban
como á un Santo Cristo un par
de pistolas, porque ¡miste
que es bastota! Natural.
Al fin y al cabo, hija de una
cangrejera retirá
y de un tío que afeitaba
con nuez junto al Hospital.
Aunque, si se mira bien,
sabe Dios de quién será,
porque creo que la madre
dió muchísimo que hablar.
¡Vive aquí ca sin vergüenza!...
Ya ve usté, la Trinidaz
tié cara de santa y paece
que en su vida ha roto na,
como quien dice...
—No o' stante,
á mí me huele muy mal.
— ¡Señora, y á cualisquiera!
¡Hasta el mismo don Julián,
el comendante de arriba,
que paece así, tan formal..

Acérquese usté una miaja..

.....

—¡Jesús, qué barbaridad!
—Ya ve usté, cosas de chicos
sin reflesión, ¿no es verdaz?
En fin, señora, yo estuve
dos años en Alcalá
arrecogida por amor
de una mala voluntaz,
y hasta que vine á esta casa
no abrí el ojo, con lo cual
me se figura que he dicho
bastante Bien, es verdaz,
que, á Dios gracias, aztualmente
le tengo de par en par,
con lo que he visto...
—¡Pero, hija,
sabe usté mas que Brijáni
—¿De cuálo, de los vecinos?
Y no le cuento á usté más
feligranas esta tarde
porque tengo que fregar
la escalera, pero el día
que esté usté desocupá,
por milagro... ¡Suba usté,
señorita, que va á entrar
ahora mismo una vesita
de las del café Imperial!...
—¡Es López! ¡Adiós!
—¡Adiós!
¡Y que no haiga novedad!...

SERMÓN PERDIDO

—Acabas de salir de la taberna
y ya estás otra vez bebiendo vino,
igual que si quisieras agenciarte
la primera merluza del distrito.
—¿Y qué hay con eso?
—Nada, que parece
tu cuerpo una corambre, Marcelino,
y que no se pué estar con tu persona
desde un poco después de anochecido,
por mor de las alubias y el vinazo
que te has embanastao.
—¡Haberlo dicho!
Tú no bebes, ¿verdaz?
—Claro que bebo,
pero no como tú, que eso es indizno
de hombres que peinan canas. Yo conozco
cuando hay que dominarse y me domino.

—Pues apúntate siete.
—Que uno beba
y hasta que se emborrache, si es preciso,
dos veces ca semana, santo y bueno,
si lo hace por higiene y no por vicio;
pero de eso á que tú, sin darte cuenta
de lo que haces, porque eres como un chico,
tengas de par en par siempre pa el mosto
la boca, que no es boca, que es bolsillo
de concejal sin lacha, por lo grande,
va mucha diferiencia.
—¿Te has metido
ahora á pedricador, ó eres mi padre
pa venirme con gaitas?
—No te digo
que sí porque está mal, ni he de negarlo,
porque no estoy seguro, pero opino
que pa darte un consejo si hace falta
me sobra con que tú seas mi amigo.
—Es que yo no consiento que me ofenda
ningún dios.
—¿Quién te ofende, so borrico?
¿Te ofendo yo?
—No.
—Entonces...
—Bueno, siguo.
—¿Qué dirán en el club los del partido
de un vicepresïdente á quien le duran
las tajás desde el lunes al domingo?
—Me tiene sin cuidao.
—¿Es que te piensas

por si acaso, que está medio bonito
que cuando vas á hablar erutes fuerte
delante de personas de prestigio,
que el día de mañana pueden darte
cualquier cargo importante, si subimos?
—No señor, pero si es que me se escapan
sin poder remediarlo.
—Porque el vino
se cuece en el estómago y te empuja
los gases hacia arriba.
—Ya se ha visto
que no sucede así precisamente.
—Pero pa el resultao me da lo mismo.
La cuestión es que tú, desde que abusas
del mostagán barato, Marcelino,
pegas á tu mujer, pierdes jornales,
publicas los secretos del partido,
vas á misa, provocas á to el mundo
y metes la pezuña en muchos sitios;
lo cual está muy feo, sobre todo
en quien quiere que le hagan los amigos
visitador del ramo de consumos,
si llega la ocasión.
—Otros lo han sido
sin honradez, ni rectituz ni nada
y supieron cumplir... y hacerse ricos.
—¿De modo que no dejas la bebida?
—Ni pa Dios.
—Pues entonces mira, chico,
voy á recomendarte una taberna
que abrieron antiyer en el Pacífico,

donde dan, á seis céntimos la copa,
un tinto superior. ¡Verás qué tinto!
¿Quieres que te convide?
—¡Qué preguntas!
—Pues vamos hacia allá, que te convido.

MIGAJA

Con una chica cubana
se entiende mi amigo Juan,
y dice el muy tarambana:
—Tengo yo una americana
que abriga más que un gabán.

JUERGA

A mi querida amiga Carlos Arniches,

—Na, que si yo te contase,
por gusto, lo que gocemos
la otra noche, te mordías
de envidia cualquier ojecto.
—Pué que no me le mordiera.
—¡Mia que no! ¡Sería un pueblo!
Dí que no me da la gana
de contarlo, porque tengo
seguridá de que vas
á decir que desagero,
que si no...
—Vamos, acaba,
que no me asusto por eso.
—Pero te quedas.
—Tampoco.
—¿Palabra?
—Palabra.
—Bueno.

Pues verás: hace ocho días,
poco más ú poco menos,
que aquélla me dijo, dice:
«Mira, Valeriano, quiero
que prepares una juerga
pa mañana, porque el cuerpo
me la pide y no está bien
desairarle». Es que pa eso—
la digo yo—necesito
dinero. «Por el dinero—
fué y me contesto en seguida—
no te apures, que yo tengo
quien me lo dé cuando quiera»,
lo cual es el evangelio.
Porque ya sabes, Balbino,
que si le hace fata un peso
no tié más que abrir...
—Corriente,
sí, ya lo sé. Sigue.
—Bueno.
Pues me bajé á la Rivera
de Curtidores, corriendo,
y convidé á la *Mollares*,
á Melitón el burrero,
al *Malgüele*, su señora,
al *Tartaja*, Paco el tuerto
y algunos amigos más.
—Que acetaron.
—Al momanto.
También convidé á Melanio,
pero dijo: «No me atrevo,

porque ésa está así, y es fácil
que la haga daño el jaleo
como la otra vez». En fin,
que nos pusimos de acuerdo
pa aquella noche, y ¿adónde
pensarás que nos marchemos?
—Á la Tienda-Asilo.
—Más.
—A casa del Lhardy.
—Menos.
Á la parte allá del río,
donde tiene el merendero
la Jerónima. ¡Muchacho,
qué comida nos mamemos!
—¿Buena?
—¡De barba de mico!
Veintidós reales y medio
le costó á aquélla el consumo,
conque carcula. Sirvieron
de to: bacalao, alubias,
bacalao, pan, vino y luego
chufas.
—También sus darían
bacalao.
—¡Pues ya lo creo!
¡No faltaba más! Te digo
que hubo de to... por supuesto,
después de aquello, ¡el disloque!
—¿Qué os lo que hicisteis?
—Primero
nos toquemos dos chotises,

y en seguida nos toquemos
otras cosas, pa que hubiera
zaragata y movimiento.
Total, que hasta la una y pico
nos divertimos al pelo;
pero como nunca falta
quien la meta, Paco el tuerto,
que estaba ya un poco curda,
dejó que los cinco dedos
de una mano se le fueran
sin pizca de miramientos
hacia la Inés. Yo lo vide,
y le largué dos meneos
en la cabeza: el Malgüele
me provocó por el hecho
de haberle pegao al otro,
y también le dí pa el pelo.
Se echó encima la Tartaja
(lo cual me chocó); quisieron
desapartarnos; caímos
amontonaos en el suelo,
y si no entra una pareja
de los del catorce tercio
en la alcoba, tú suponte
cómo acaba aquel tiberio.
—Pues, chico, sus divertisteis,
como hay Dios.
—Es que antes de eso...
Na, que fué una juerga.
—Sí.
Una juerga á palo seco.

LA VOCACIÓN

—¿Se pué pasar?
— Adelante.
—Muy buenas noches, don Luis.
—¿Qué desea usté?
—Yo soy
Gorgonio Sánchez Guarrín,
y estoy desde el mes pasao
estudiando pa arbañil.
—Bueno, ¿y qué?
—Pues na, que sé
que tié usté mucho magín
y vengo á que me aconseje,
porque no quiero seguir
cargando cubos de yeso
como si fuera un rocín.
—Hace usté bien.
—Sí, señor:
yo me encuentro más cerril
ca día, y eso está feo

en un hijo de Madriz,
bien educao Además,
me se ha puesto en la nariz,
hace ya tiempo, que no
me llama Dios por ahí.
—¿Y á qué va usté á dedicarse?
—Pues yo quisiera escribir
pa el teatro.
—¡Qué atrocidad!
¿Está usté en su juicio?
- Sí.
—Pero, hombre, ¿cómo demonios
se le ha podido ocurrir
tal cosa?
—Pues verá usté:
el invierno pasao fuí
una noche á la Zarzuela
con el señor Agustín,
el sobrestante, y con otro
que ha sido guardia civil,
y echaron una comedia
que nos hizo de reir
las tripas.
—¿Cuál?
—«Los Tres tristes
trogloditas.»
—¡Hombre, sí,
muy graciosa!
—Pues señor,
que al verla dije: Guarrín,
ahí estás en tu terreno,

porque aunque soy arbañil,
¿quién me dice que no puedo
hacer una cosa así?
¿No le paece á usté?
—Gorgonio,
es usté un calabacín
de los grandes, ó le falta
algún tornillo de aquí.
—¡No hay que atufarse por eso!
—¿Usté supone, infeliz,
que eso se encuentra al alcance
de cualquier chisgarabís
sin educación ni nada?
¿Piensa usté que es escribir
lo mismo que trasegar
espuertas de baldosín,
y que viene á ser la pluma
una azada ó cosa así?
—Lo que yo quiero es dejar
el oficio de arbañil,
porque dan poco y se mata
uno con aquel trajín.
—Pues hágase usté churrero,
pongo por caso.
—Don Luis,
y si yo me meto á crítico,
¿qué diría usté?
—Eso sí:
para crítico no digo
que no pueda usté servir.
¿Conoce usté á los Goncourt?

—No, señor.
—¡Malo!
—¿Sí?
—Sí.
—¿Por qué?
—Porque hay que citarlos
amenudo, pero en fin...
—¡Ay, qué gracia! Eso no importa;
yo los citaré, don Luis.
—Está bien Y de vergüenza,
¿cómo andamos?
—Pues... así
nada más.
—¡Perfectamente!
Eso nos puede servir
de mucho.
— Le azvierto á usté
que me sé á Pérez Escrich
de memoria.
—¡Superior!
—Además...
—¡Basta, Guarrín!
Tiene usté lo necesario
para asombrar al país.
Lávese usté el pie derecho
en seguida, y á ¡escribir!
¡Qué diantre! Para empezar
hable usté mal de Perrín
y Palacios, que este asunto
puede dar mucho de sí,
porque nadie lo ha tocado

y es de actualidad.

—Don Luis,

¡es usted mi papa!

—Bueno.

Vaya usté con Dios, Guarrín.

VECINO

Desde que usté se ha casado
con la hermosa Estefanía,
y en edén ha trasformado
esa alcoba que está al lado
de la mía,
tengo la seguridad
de que no hay en la ciudad
otro individuo que esté
con menos tranquilidad
que este servidor de usté.
¿Que por qué?
Pues porque entre usté y su esposa
(que en lo viva y ardorosa
no admite la competencia)
acibaran mi existencia
de una manera horrorosa;
sí, señor, y ya estoy harto:
hace dos noches ó tres
que al través (1)
del tabique de mi cuarto

se oyen frases insinuantes,
y carcajadas nerviosas
y otras cosas
más ó menos alarmantes,
con las cuales he llegado,
sin poderlo remediar,
á ponerme en un estado
difícil de soportar.
Sé que ustedes, con razón,
harán en su habitación
lo que les parezca bien,
y no he de tomarlo á pecho,
si le cabe á usté el derecho
y á su señora también;
pero ya que, como es justo,
quieran disfrutar ustedes
á su gusto
las mercedes
que el destino
sin duda les concedió
cuando fueron al altar
procured no fastidiar
al vecino
(que soy yo).
Lo que contestará usté
cuando lea la presente,
ya lo sé,
es decir, me lo figuro;
usté dirá, de seguro,
que puedo perfectamente
buscar otra habitación

para recobrar la calma,
y eso haría si pudiera,
pero ¡ay, vecino del alma!
tan triste es mi situación
financiera,
que por fuerza he de *achantarme*
las *latas* que ustedes dos
se han propuesto regalarme
todas las noches de Dios.
Ya he tratado de dormir
metido entre dos colchones,
para ahorrarme de sufrir
cierta clase de impresiones;
pero busco inútilmente
lenitivo á este tormento,
porque con tal precedente,
francamente,
lo que no oigo lo presiento.
Ésta mi situación es.
Así, pues,
ya que usté mi dicha roba,
vecino, ¡por compasión!
¡ó arránqueme el corazón,
ó múdese usté de alcoba!
Y si (lo que Dios no quiera)
llega usté á poder dudar
de esta relación sincera,
póngase usté en mi lugar
un par de noches siquiera

UN VALIENTE

—Pero ¿qué estás ahí gruñendo?
—¡Mia qué preguntas hace éste!
¡No, que voy á estar tocando
la flauta, si te parece,
después de la ación que han hecho
con nosotros los infieles!
—¿Los cuálos?
—Los marroquises.
—¿Y á ti que te importa?
—¡Leñe!
¿Conque á mí no me se importa
el que los moros atenten
contra nuestra madre patria?
¡Hombre, ni aunque uno tuviese
sangre de nabo en las venas!
—¡Vamos, calla, que remueves
el interior cuando sales
con fanfarrias de esa especie!
¿No han ofendido á la tuya

propia, cuatrocientas veces,
y tú lo has visto y te has hecho
el cadáver cuasi siempre?
—Hay muchisma diferiencia.
—Pero, magoy, tú quién eres
pa chillar?
—Un español;
y too español es valiente
á la fuerza, según dicen
á ca paso los papeles.
Y si no, á ver si no salen
toos los días seis ú siete
diciendo que quieren irse
á Melilla á matar gente.
—¡Eso es música, Gorgonio!
—Ya sé que si á mano viene
quizás que luego no fueran
si hiciera falta que fuesen,
pero se ve el primer pronto,
que es el que vale. ¡Yo, dende
que los marroquises fueron
y hollaron impugnemente
nuestro pabellón, estoy
que no hago más que morderme,
y hay días que á media tarde
echo espumarajos verdes,
de rabia que tengo! Anoche
tropecé con el moro ese
que va vendiendo chancletas
colorás por los cafeses ..
¿y qué dirás tú que le hice?

—No sé.

—Pues primeramente
le pisé un callo, y después
le regoldé cuatro veces
detrás de una oreja, sólo
con ojecto de ofenderle.
Lo cual que cuando yo estaba
esperando á que saliese
diciendo *¡Jamalajá!*
ú *¡Jai Alai!*, va y se vuelve
y dice: «¡Pero so guarro,
qué hace ustez!» Pues distraerme
una miaja, como puedo
hacer cuasi toos los jueves
con la morisma Él, entonces
me miró así fijamente,
y añadió: «¡Pero, ceporro,
ni yo he nacido en Brunete!»
En fin, que si llega á darle
la gana de hablarme fuerte
ú si resulta que es moro...
¡carcula lo que sucede
con mi carázter!

—¡Un crimen!

—¡Sí, porque tú ya comprenles
que hay que vengarse cortando
cuellos, y si no se puede
en Madriz, se va uno al África
con una faca de muelles
y un costal, y se lo trae
á España lleno de nueces

de rifleños...
—¡Vamos, hombre,
cálmate y no desageres!
—¿El qué? ¡¡Yo voy y me vengo!!
—¡Ya lo creo que te vienes!
En cuanto que oigas un tiro.
—¡Tampoco!
—Y así que llegues
ties que mudarte por dentro
de resultas.
—Mira, Lesmes,
cuando tocan á la patria
aquí too Dios es valiente,
y yo lo soy más que el gallo
y que el Margallo, ¿me entiendes?
y si dices otra cosa
me denigras y me ofendes,
y voy á infamarte el rostro
na más que pa que te enteres.
—¡Á mí tú! ¿Cuánto te juegas
á que te lesiono el vientre?
—¡Salen granos!
—¿Sí? ¡Pues toma!
—¡Vamos, que haces daño, leñe!
—Pues no vengas con fanfarrias
trasnochás, y ten presente
que el verdadero patriota
obra y calla, so percebe.

UN CARÁCTER

—¡So granuja!
—¡Que te calles!
—¡No me da la gana!
—Mira
que ya me estás calentando
como casi toos los días,
y hoy traigo muy malo el vino.
—¿Y qué?
—Na, que como siga
dándome murga, te meto
dos patás en la espinilla,
lo mismo que hay Dios.
—De boca
metes tú mucho.
—¡Balbina!...
—¿Dónde has estao?
—En el *meeting*.

—Pues en el *meeting* hacías,
de seguro, tanta falta
como los perros en misa.
—Yo hago falta en todas partes.
—¡Tampoco!
—Pero muchisma.
Porque el hombre que se aprecia
debe tener compañías,
y sociedaz, y amistades,
y relaciones, y Biblias
si á mano viene, que el hombre
no es una caballería
pa que esté con su mujer
á todas horas.
—¡Atiza!
Pero ¿quién te ha dicho á ti
que tú eres hombre?
—¡¡Balbina!!
Más vale callar, porque hoy
estás muy provocativa,
y me conozco, y no quiero
ponerte la mano encima.
Saca la cena.
—No hay cena.
—¿Por qué?
—Porque la que había
se la ha comido Polonio,
que ha estao aquí de visita.
—¡Ay, su madre! ¿Y quién le ha dao
la autorización?
—Yo misma.

—¿Tú?
—Yo.
—¡Pues mírala! por éstr
que pierdo el nombre de pila
si no echa mañana mismo
lo que ha cenao.
—¡Qué noticia!
¡Te se van á hacer los sesos
agua! ¡¡Cuidao que cavilas!!
—¿Es que te estás chuleando?
—Una cosa parecida.
—Tú vas á hacer que me se hinchen
las narices cualquier día,
y te caes, porque ya sabes
quién soy yo cuando me se hinchan.
—Una fiera pa el pan.
—¡Ele!
Y pa las personas.
—Mira,
ya te estás diendo pa el catre;
pero cómo, en seguidita,
ú me quito una alpargata
y te doy la gran paliza
pa ti solo.
—Y luego yo
te pico pa almondiguillas,
es un suponer,
—¿Sí, eh?
¡Pues, toma! pa ver si picas.
—¡Estáte quieta!
—¡No quiero!

—¡Que das muy fuerte, Balbina!
—¡Me da la gana!
—Carcula
que haces daño, y que denigras,
y que tengo mal carázter.
—¡Qué has de tener, so gallina!
Vete á la cama.
—Me voy
porque no quiero que digan
en la casa que discuto
con una mujer indizna;
pero en cuanto que te metas
en el catre... ¡ay, tu familia!
Na, que voy á hacer contigo
lo que no he hecho entodavía.
—¿Qué novedaz va á ser ésa?
—Destemplarte la ternilla
de la nariz.
—¡Ay, qué miedo!
—Ríete que, aunque te rías,
lo que es dos ú tres meneos
ni el mismo Dios te los quita.

EL DÍA DE DIFUNTOS

—Se empeñó en ir al Este la Dolores
á llevarle una vela á Baldomero,
que fué quien la trató familiarmente
antes que nadie, y como yo, aunque tengo
este modo de ser y estas creencias
algo desagerás, también comprendo
que deben respetarse en ciertos casos
todas las cosas diznas de respeto,
como son los difuntos, verbo en gracia,
la dije: «Puedes ir, pero te azvierto
que en cuanto que te afeztes y te vea
con los ojos pringaos te zumbo el cuerpo,
porque estás como estás, y no tendría
ni tanto así de gracia un contratiempo».
—¡Ah! pero ¿es que otra vez?...
—Así parece.
—¡No eres manco, Ramón!
—Ya estoy en eso.
En fin, el caso fué que al ver la Lola

que yo no la ponía impedimento,
se arregló medio kilo de livianos
que estaban preparaos para el almuerzo,
y en seguida fué y se hizo una tortilla
de escabeche de atún, pero hecha al pelo,
lo cual que me chocó, porque en tres años
que hace que la sufrago el alimento,
no había notao yo que se viniera
con esa habilidaz.

—¡Anda, salero!
Pues si en jamás ha habido en el distrito
de la Inclusa mujer con tanto mérito
como ella pa esas cosas. Sobre todo
cuando era más soltera...

—Reasumiendo:
que cogió la tortilla, los livianos
y un frasco regular de *anís Quevedo*,
que aquí pa entre nosotros es un líquido
dizno del mismo Dios por toos concetos
y unas veces á pie y otras andando
pa no rendirnos mucho, nos tiremos
la carretera de Aragón arriba
con las bocas cerrás como dos muertos.
Yo llevaba la vela con un rótulo
colorao que decía: «Á Baldomero,
su esposa fracasá, Dolores Trúpita»,
y debajo: «Posdata. Un compañero
al difunto, que esté en la santa gloria.
Amén, Jesús, y he dicho».

—Por supuesto
que, á pesar de que tú la amenazastes.

ella iría afeztá.

—Se iba vertiendo
talmente por los ojos, que aunque en vida
tuvo el finao aciones de cochero
con too bicho viviente, á mí me costa
que á ella la tiene daos ratos muy buenos,
y la chica será lo que tú quieras,
pero ingrata no lo es.

—¡Qué tié que serlo!
—Bien, pa no divagar, que atravesábamos
el puente de las Ventas, cuando en esto
va la Lola y me dice: «Espera un poco,
que voy á aquel desmonte y ahora vuelvo».
Conque yo me esperé, naturalmente,
y me estaba rascando pa hacer tiempo,
y pa ver si además me se quitaba
esta inquietuz que casi siempre tengo
sin saber por lo que es...

—Eso es la sangre.
—No me cortes el hilo.

—Sigue.

—Bueno.
Pues estando en el puente de esta forma,
me se ocurrió mirar al merendero
vulgo denominao de «La Alegría»,
y oí que me llamaban desde dentro,
y me dió en la nariz olor á mosto
y vi mozas, guitarra y movimientos
de caderas pa abajo y dije: «¡Ay, niño,
pa mí que tú no vas al cementerio!»
Conque volvió la Lola al poco rato

algo más animá; la conté aquello
y la dije después: «Mira, Dolores,
tendrá que dispensarnos Baldomero,
porque á mí me se ha puesto en la cabeza
bailar contigo un chotis, por ejemplo».
Ella dijo: «¡Ramón, qué cosas tienes!»
Y yo, que en realidad sí que las tengo,
me empeñé en que acediera motur propio.
«¡Que sí!—¡Que no!—¡Que bajes!—¡Que no quiera
—¡Que te doy con el cirio en las narices!...»
Me ojetó, la ojeté, nos ojetemos
dos ú tres veces más en buena forma,
como gente educá con cierto esmero,
y acedió la mujer al fin y al cabo
y yo hice lo que quise, por aquello
de que uno casi siempre queda encima
del ser más débil.

—Cosas del pogreso.

—Total, que los que estaban en la juerga
me conocían toos. Conque juntemos
el anís, la tortilla y los livianos
con las chapuzas que llevaban ellos,
y se armó la primera cuchipanda
que se ha visto en las Ventas hace tiempo,
y el baile non después de la comida,
y... tú, que no has venido ayer del pueblo,
ya puedes calcular.

—Sí, ya carculo.

.....

.....

—Cinco minutos más ú cinco menos.

á las once volvíamos á casa
rezando por el pobre Baldomero
(que estará echando pestes de nosotros,
con la mar de razón); nos acostemos
pa ver si descansábamos un rato
y ¡lo que es el tener remordimientos
interiores y hacer aciones sucias,
Damián!

—¿Qué sus pasó?

—Que no peguemos
ni un ojo tan siquiera en toa la noche,
y me tuve que estar contando cuentos
hasta las seis y cuarto.

—Pues no vuelvas
á jugar con las cosas de los muertos.
—¡En jamás! Otra vez agarro el cirio,
que aquí, pa entre nosotros, ya está negro
de tanto ir hacia allá sin llegar nunca,
y aunque se empeñe el Sumo, se lo llevo
al finao en persona.

— Pué que faltes.
—¡Antes que faltar yo me cortan esto.
—¿Y si ves una juerga en el camino?
—Voy con gafas ahumás, y no la veo.

CUESTIÓN DE HONOR

—Pues na, que mi señorito
supo, no sé de qué modo,
que la señorita estaba
faltándole con el otro
de una manera indecente;
y el desgraciao, que era todo
un hombre cabal, sintió
coraje y lacha, lo propio
que sentistes tú al saber
lo de la Julia.
—Manolo,
no me hables de esa percebe,
que en gloria esté, porque lloro
de vergüenza.
—¡Tú no tienes
que avergonzarte, Poloniol
que el que sabe ir á presidio
por defender su decoro,
debe llevar la cabeza
pero que muy alta, ¡concho!

¿No es eso verdaz?
—¡Verdaz!
—¿Pues por qué te acharas, tonto?
¿Que tú, porque sorprendistes
á la Julia con el Morros
en tu casa haciendo burla
de tu dignidá y de todo,
les cortastes el gañote
pa que escarmentaran otros?
¡Bien hecho! ¿Que la justicia,
viendo la ley por el forro,
en lugar de darte un premio,
te mandó á Ocaña por ocho
ú diez años?
—Diez.
—Corriente;
pues ya estás entre nosotros,
mucho más honrao que algunos
que van á comer á Fornos
y andan sueltos, en lugar
de estar en un calabozo
pa toda su vida.
—Bueno;
eso ya ha pasao, Manolo.
Ahora cuéntame lo que hizo
tu señor.
—Pues na, que al pronto
pensó en poner á la prójima
de patas en el arroyo;
pero luego se conoció
que quiso ver por sus ojos

si era verdaz ó no aquello
que ya sabíamos todos,
porque fingió que tenía
que hacer no sé qué negocios
en Getafe, y se escondió
dentro del cuarto del mozo
de la cuadra, pa poder
salir cuando fuera el otro.
En total: que figurándose
los gachós que estaban solos,
tuvieron una entrevista
de ocultis; entró hecho un toro
el amo en la habitación
donde estaban los dos tórtolos,
y los sorprendió en fragantis.
¡No quiero decirte cómo!
—¿Y la mataría?
—¡Quiá!
—¿Ni á él tampoco?
—Ni á él tampoco.
—¡Qué demontre!
—Toma, claro.
¿No comprendes que es impropio
de caballeros? Por eso,
aunque estaba muy furioso,
se contentó con llamarles
canallas y escandalosos,
que es como el que tiene anginas
y se frota con un cohombro
las narices.
—¡Me parece!

—Y no es eso lo más gordo,
sino que como el Fulano
del ama es un niño gótico
de esos que están siempre á vueltas
con el honor, fué y al otro
día le mandó dos memos
pa desafiarle. El tonto
del señorito acetó
por causa del amor propio;
se batieron á pistola,
y aunque el niño es un mocoso
que no tiene una trompá,
me le atravesó el mondongo
de parte á parte, es decir,
que le despenó.
—De modo
que ahora estará la... señora
muy acongojá.
—¡Tampoco!
Ahora, como están los dos
solitos y sin estorbos,
carcula tú. Por supuesto
que eso tié que durar poco,
porque ella está dislocá
por este cura.
—¡Manolo!
Pue que te equivoques.
—Claro,
como que yo me equivoco.
En asunto, de mujeres,
menda y el don Juan Tenorio

EN LA TABERNA

PERSONAJES { Tabernero.
Celedonio (Borracho).
Inacia (Mujer del borracho).

—¡Viva la re... cuidadito!
—¡Bah! ya tenemos jarana.
—Dame una tinta.
—No hay tintas.
—Bueno, pues dame una blanca.
—Se han concluído.
—Corriente;
pues dame una tinta.
—¡Vaya,
que no hay vino, Celedonio!
—¡Chist! Para eso no hace falta
ofender á los amigos
que vienen á honrar la casa.
¿No hay vino? ¿Por qué no hay vino?
—Porque no me da la gana.

—Eso está bien, ¿lo ves tú?
Si cuando se usan palabras
elegantes, se queda uno
convencido hasta las cachas.
Dame una tinta. ¿No hay tintas?
Bueno, pues dame una blanca,
es lo mismo.
—Celedonio,
¿sabes una cosa?
—¿Cuála?
—Que los hombres que no saben
beber, se están en su casa,
pa no molestar al público;
conque á ver cómo te largas
á dormir la violina,
que te hace bastante falta.
—Muy bien dicho, y pa que veas
que no soy de esos bocazas
que en cuanto beben dos copas
ya ni Cristo los aguanta,
me marcho inmediatamente,
y tú te quedas, y pata.
Sí, porque es lo que yo digo
muchas veces: ¿qué adelantan
los pelmas, vamos á ver?
Asolutamente nada.
Yo soy, vamos al decir,
un hombre que nunca falta;
pero eso está en los principios
que tienen los hombres
—¡Vaya!

¡Ha visto usté el sin vergüenza!
Sí, ya me lo figuraba
que estarías enviciao
como acostumbras.
—Inacia,
si un hombre, pongo por caso,
se pimpla cada semana
cuatro copas, me parece
que no ofende á nadie.
—¡Lástima
que el vino no te se vuelva
rejalgar en las entrañas,
y revientes de una vez
y me dejes descansada!
—Tú quieres beber, ¿no es eso?
Bueno, pues dale una blanca.
La cuestión es que se calle.
—La cuestión es que te vayas
por la buena, si no quieres
salir de aquí por la mala;
conque andando.
—Tiene usté
mucha razón.
—Tú te callas
y hablas cuando las gallinas...
ecétera. Aquí se trata
ya de una cuestión de honor,
y en estas cosas, Inacia,
te he dicho cincuenta veces
que no puedes meter baza.
—¡Vamos, le parece á usté!

¡Luego dicen que una es mala!
Ea, se acabó; te vienes
ó te llevo yo á patadas.
—Ahora sí. me voy contigo,
pero es porque tú lo mandas;
que te coste. Á las señoras
es preciso respetarlas,
¡y yo te respeto mucho!
(¡No van á ser bofetadas
las que te voy á soltar
cuando lleguemos á casa!)

LA CARTA DEL TRUCHUELA

(Á mi distinguido amigo D. Jacinto Octavio Pizón.)

Señor don Pedro Suárez, el *Turégano*,
capataz del presidio de Alhucemas.
Querido padre: Ayer, por el conduzto
de Saturnino, recibí la esquela
que se ha diznado ustez de dirigirme,
y que no hay ningún dios que la comprenda,
porque tocante á cosas de escritura
es ustez un ceporro, dicho sea
sin agraviarle á ustez en lo más mínimun.
No ostante, me hago cargo de que en ella
dice ustez que le mande un par de mudas
y dos duros, ú tres ú los que pueda,
con cualisquier pariente ú conocido
que vaya á ese penal; y aunque yo sepa
que el hijo, cuando es hijo y tié crianza,
debe cumplir la voluntad paterna
quedándose en pelota si es preciso,

va ustez á permitirme que me atreva
á decirle que no me da la gana
de mantenerle vicios ni á mi abuela,
que en santa gloria esté, que está de fijo
si en la gloria hay mollate y hay galeras.
¿Pa qué quié ustez, que no tendrá en su vida
ni una mala colilla tan siquiera
que llevarse á la boca, gastar lujos
de elástica ú armilla ú camiseta?
¿No comprende ustez que eso es un estorbo
pa llegar con la mano adonde quiera
que le moleste á ustez el mejor día
un hervor de la sangre, ú lo que sea?
¡Cuantísima inquietuz no pasaríamos
si, lo que no es probable que suceda,
obligara el gobierno á que llevásemos
una funda de punto en la cabeza!
Y sobre too, señor, dejando aparte
el que sea un estorbo ú no lo sea,
¿dende cuando se muda por adrento
el que va hecho un marrano por afuera?
Disimúleme ustez, querido padre,
si al dejar consinás estas ideas
he dao alguna coz que haiga podido
herirle á ustez en su delicadeza
(lo cual no creo, porque ustez no es hombre
que se ofende por cosas tan pequeñas).
Quié ustez que le dé pelos y señales
de lo que hacemos toos en esta tierra,
dende el aciago día en que ustez tuvo
la humorá de cortarle la cabeza

al segundo marido de mi madre,
por causas que más vale no hablar de ellas,
y como es natural, voy en el azto
á obedecerle á ustez (por vez primera,
si no estoy trascordao). Mi pobre madre
no habita ya con el señor Candelas,
como ustez la dejó, porque él tenía,
según dicen, algunas desigencias
impropias de su edaz y de su peso
y sobre todo del carázter de ella.
Así es que la mujer, con el disgusto
de que, después de andar como una negra
vendiendo culiflores y repollos
pa llevarle con algo de limpieza,
se haiga comportao él tan suciamente,
y con el flato, que en jamás la deja
sosegar ni vivir, está quedándose
que cuasi, cuasi ya repuzna el verle
y gracias al anís, entodavía
no ha reventao la pobre tan siquiera.
Con respezto á mi hermana Pantaleona,
ú Encarnación, que de las dos maneras
se llama en sociedaz, debo decirle
que si tié aplicación hará carrera,
porque ha nacido pa eso. Sin embargo,
la perjudica mucho el que cambea
de obrador á ca paso, y el que nunca
la pueden ver las otras compañeras.
Pero, en fin, el asunto es que la chica,
con las manos que tié, saca una renta
y se da el primer trato y marcha al pelo,

por más que, según dicen cuatro méndigas,
vive con estrechez y con apuros.
¡Mia que estrechez mi hermana! ¡Ya quisieran
tener muchas señoras de marqueses
lo que ella tié en el monte de reserva,
sin contar las alhajas! Yo contínuo
trabajando con suerte y con guapeza,
muy apreciao de toos los compañeros
y querido del maestro y de la maestra.
Creo que pronto pasaré á relojes,
si no hay ningún tropiezo, aunque mi idea
es ingresar en la sección del timo,
porque hago el portugués tan á concencia
como no se ha hecho aquí dende que el gremio
perdió al *Colín*. En fin, como Dios quiera
darme vista y saluz, y protegerme
la mitaz que á otros muchos sin vergüenzas,
voy á rascar yo más en este mundo
que en algunos fielatos los de puertas.
Conque no canso más, querido padre.
Tenga ustez una miaja de pacencia,
que diez años y un mes se pasan pronto,
y no se apure ustez por lo que pueda
ocurrirle á mi madre y á mi hermana,
que aquí estoy yo, pa que en jamás padezca
su nombre honrao. Adiós, querido padre.
Pida ustez lo que guste, con franqueza,
si tié necesidaz, á su buen hijo,
que lo es Felipe Suárez, el *Truchuela*.

EN LA BARBERÍA

—¡Adelante, don Arturo!
—Vuelvo.
—¡No se vaya usté!
—Hasta la tarde.
—¡Pero, hombre,
si están acabando tres,
y no hay delante más que este
señor.
—Bueno, esperaré.
—Naturalmente...
.....
—¡El primero!
Buenos dias. ¿Qué va á ser?
—Afeitar.
—¿Todo?
—¡No! ¡Todo
no, señor!
—Dispense usté;
como hay algunos que quieren
que se les deje la piel
talmente monda y lironda,

dije digo: quizás que
también al señor le guste.
—Pues no me gusta.
—Está bien
y hace usté perfeztamente.
¡Agua y paño, Bernabé
Sí, señor, porque yo creo
que el hombre debe tener
alguna cosa en la cara;
no tan sólo por mor del
carázter que da, si no
por lo que agracia también.
Ahora, si su ocupación
ó su oficio ó su quehacer
le obligan á que se afeite
ya varía, ¿verdá usté?
Porque claro que un torero
con mosca, es un suponer,
ó un sacerdote con pera
nunca pueden estar bien.
Por lo demás, lo que yo
me he dicho más de una vez:
¡cuando Dios les da los pelos
á los hombres, por algo es!
¿No está usted conmigo?
—Bueno.
—Saque usté un poco la nuez.
¿Hoy irá usté á Jai-Alai?
—No.
—¡Caray! pues vaya usté,
porque creo que han armado

un partido de chipén.
—¿Sí?
—¡Como que juega Irún!
—¡No es mal delantero!
—¡El rey!
Y además juega Pedrós.
¡Buen trasero! ¿verdá usté?
—No le he visto.
—¡Pues no dice
que no le ha visto, rediez!
Puede que sea usté el único
que no conoce á Grabiel.
—Sí, señor, es muy posible.
—¡Ah! ¿De manera que á usté
no le tiran las pelotas?
—Me tiran alguna vez,
pero donde están los toros...
—¡Ay, pues yo soy al revés!
Á mí, en dándome pelotas,
no me puedo contener.
Ahora tengo dos magníficas
de Pamplona.
—Yo también.
—¿Pero de cesta ó de mano?
—De mano deben de ser,
aunque, como entiendo poco,
casi, casi no lo sé.
¡Ay!
— Eso no vale nada;
es un cañón.
—Está bien,

pero me ha hecho usté la cusca.
—Me choca, porque no hay tres
navajas como ésta en todo
Madrid.
—¡Ca!
—¡Como que fué
de Sisí!
—¡Sí!
—Sí.
—Pues siendo
de Sisí...
—No, y que después,
yo no soy alabancioso,
pero la manejo bien,
porque por más que trabajo
aquí, en la calle del Pez,
hoy en día, soy discípulo
de Almeida, que creo que es
algo périto en el arte,
y he servido alguna vez
al señor Chas de Lamotte
y á otros hombres de valer,
sin que en jamás haiga habido
quien se queje de Miguel
Picamoixóns y Brutau,
que es un servidor de usté.
¡Dice usté de la navaja!
¡Ya hubiera querido aquel
que está allí tenerla el día
que sorprendió á su mujer!
¡La atraviesa! Porque el hombre

tiene más alma que un buey.
Gracias á que no iba armado,
que si no, ¡carcule usté!
Ahora ha comprado una faca
por si le ocurre otra vez;
que sí puede que le ocurra,
porque cuando la mujer
llega á enviciarse... ¿verdaz?
¡Un cepillo, Bernabé!
No quisiera verme yo
en el mismo caso que él
mientras me dure esta sangre,
porque perdía la nuez
en un cadalso.
—Lo creo.
—Bueno; servidor de usté.
Allá va: tres y uno cuatro.
Mil gracias.
—Vamos á ver:
¿usté es oficial aquí?
—Soy ayudante.
—Muy bien.
¿Y trabaja usté?...
—Trabajo
unas diez veces al mes:
los sábados y los miércoles.
—Corriente. ¿De modo que,
si uno viene cualquier otro
día, no le encuentra á usté?
—No, señor.
—Pues muchas gracias.

Adiós.

—Páselo usté bien.

.....

.....

—¡Pues señor, tengo la suerte
más cochina que la pez!
Todos me preguntan eso,
y ni Dios los vuelve á ver.

ÉL MATUTE

—Dí lo que te dé la gana;
pero, para mi conceto,
el matute no es delito
cuando permiten meterlo
por un tanto los de puertas.
De modo que el matutero
ejerce una industria lícita,
si se quiere.
—¡Bueno, bueno,
Á ti hay que dejarte.
—Claro:
porque digo el evangelio.
—¡Tampoco!
—Lo que tú quieras.
—¿Es decir que está correzto,
verbi en gracia, lo que ha estao
haciendo *Pepe el Huevero*,
la mar de años, no es verdaz?
—Pero, hombre, no seas terco,

que algunas veces discutes
igual que un cabrito huérfano.
Dí: si tú, en lugar de ser
lo que eres, tuvieras huevos
al por mayor, y pudieras
entrar en Madrid con ellos
sin aforarlos, ¿no harías
la introdución?
—Por supuesto.
—¡Pues naturalmente! ¿Y quién
tendría la culpa de eso?
¿Tú?
— No.
—Ni que decir tiene.
La tendrían los del cuerpo
de consumos, vulgo arbitrios,
si por uno ú dos ú medio
se achantaban. Es igual,
sobre poco más ó menos,
que si á mí me dice el amo
del Banco de España: «Ugenio,
yo le doy á usté permiso
pa que se cuele allá dentro,
donde está el oro, y se cargue
hasta con la Biblia». Bueno,
pues ¿no sería yo un piazo
de melocotón no haciéndolo
sin responsabilidaz?
—Sí, pero estaría feo;
y más feo está el matute,
porque el matute es dinero

de la Hacienda, y á la Hacienda,
que es, como quien dice, el pueblo,
no debe estafarle nadie
que sea probo.
—Por eso
vais toos los días festivos
á las Ventas de paseo,
tú, tu mujer, tus dos chicas,
tu concuñao y tu suegro,
y sus coláis á la vuelta
dos ú tres duros de géneros
de guagua.
—¡Vamos! ¿lo ves?
Eso es salirse del tiesto.
Cuando una cosa es pequeña
se puede meter al pelo
sin perjudicar.
—Lo propio
dicen veinte mil lo menos
que hacen lo que tú, y resulta
que afanáis más que el primero
entre toos.
—Esa no es cuenta.
—No, ¿verdaz?
—Claro.
—¡Te veo!
Así seis la mayor parte
de los que habláis mal, Nemesio;
le robáis á Dios la caspa,
y sus ponéis moños luego.
¿Estaría bien que yo

obrara como obran esos
que van á la iglesia á darse
puñetazos en el pecho,
y cuando les duele un callo
ó en cuando les pica un dedo,
cogen al Topoderoso
y le ponen como nuevo
de inundicia? ¡No, señor!
Yo, cuando me atufo y quiero
demigrar á cualquier santo,
le demigro, y laus el deo,
mas que esté delante el nuncio
ú el direztor de Correos.
—Ya lo sé.
—Vamos, si tú
gozas con el movimiento
de azdomen que tié la *Bella*
Chiquita, y das el dinero
pa verle una noche y otra,
y si á mano viene ciento,
¿vas á decirle á too el mundo
que te da nausias el verlo,
cuando el azto te disloca
na más que porque es onceno?
—Eso no.
—¿Pues por qué dices
pestes de los matuteros,
siendo, como eres hoy día,
más granuja que toos ellos?
—¡Adiós, que tú!...
—Pero yo

digo siempre lo que siento,
y no la doy de persona
decente, cuando no debo.
—¡Así progresas, por primo!
—¿Y á ti qué si no progreso?

EL ATRACO

—

—¡Cuidao que te pones chinche
y apestoso y animal
en diciendo que te empeñas
en no dejarle á uno en paz!
Señor, si cada uno tiene
su manera de pensar,
¿por qué te metes en cosas
que no te se importan na?
—¡Ya la soltastes!
—¡Pues claro!
Si no haces más que graznar
y me pones la cabeza
loca.
—¡Pero ven acá,
que hace falta ser más primo
que el tonto de Colmenar
pa obrar como estás obrando
desde hace una temporá!
No eres, como si dijiéramos,

una notabilidaz
en el arte?
—Ciertas cosas
no se preguntan, Julián.
—¿No apipiolas remontoircs
con la primer su vidaz
y afanas portamonedas
y biblias azucarás
si á mano viene?
—También.
—¡Pues, hombre, si es natural!
¿No bajas á un suterráneo,
cuando hace falta bajar,
y quedas como si hubieses
ido á la universidaz,
de puro bien?
—Tú lo has dicho.
—¿No has probao cien veces ya
que á lao izquierdo no hay guapo
que te aventaje?
—Verbal.
—¿No tienes catorce díplomas
daos por unanimidaz
en la academia?
—Son quince.
—Bueno, quince, me es igual.
¿Tengo razón?
—Sí la tienes.
—Pues entonces, ¿por qué das
pie pa que tres prencipiantes,
que no saben apandar

ni un pimiento, te critiquen
dentro de la facultaz?
¿Vas ganando algo con eso?
¡Con eso no ganas na!
Tienes á Lucio y al *Chichi*
y al *Buey* y al *Episcopal*
quitándote á todas horas
el pellejo por detrás,
y tú, que debes saberlo,
te empeñas en no atracar
ni pa Dios, cuando hoy atracan
toos los de la sociedaz.
¿Es porque tiene el atraco
algo de particular
pa un sujeto de tu práctica?
—Asolutamente na.
—¿Es por miedo, verbo en gracia?
—¡No denigres!
—¿Te se van
á caer las chalreteras
ú alguna cruz laureá
porque te bajes á hacer
lo que hacemos los demás?
¿No nos hemos bajao toos?
—Eso de toos...
—¡Quién será
el que no se haiga bajao
alguna vez, Nicolás!
—Un servidor.
—No profanes.
—Bueno, mira, pa acabar

y pa que no me molestes
con músicas trasnochás,
no atraco por dos razones:
la primera y principal
es que no me da la gana.
—Como no te expliques mas...
—Y la otra es que ese trabajo
no lo puede ejecutar
ningún artista que tenga
tanto así de nombre ya.
Yo cara á cara hago too
lo que vosotros hagáis,
en diciendo que se ofrezca;
pero lo que es por detrás
no trabajo aunque lo mande
la Santísima Trinidaz,
porque se ensucia uno el nombre
y con eso sucio no hay
ni crédito, ni limpieza,
ni lacha, ni autoridaz.
—No, debajo de ese punto
de vista, es muy natural
que obres como obras.
—Entonces,
¿por qué vienes y me dás
estas latas, si te costa
que me hacen la cusca ya?
—Dispensa si te he ofendido;
pero, chico, la verdaz,
no sabía que tenías
ese modo de pensar

tan circunspezto.

—Corriente,
pues pa que toos lo sepáis,
díselo á Lucio y al *Chichi*
y al *Buey* y al *Episcopal*
y al difeztor y al suzjefe
y al verbo y á su mamá,
y si es que no están conformes
con mi manera de obrar,
es un suponer, que vengan
y me lo digan, y en paz,
que tengo yo cinco dedos
muy bonitos pa ganar
la mantención por mi cuenta
con aseo y equidaz,
y ya te he dicho bastante
y hemos acabao de hablar.
—¡Pues no te enfadas tú mucho!
—¡Pues, hombre, si es natural!

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

(FANTASÍA)

—¡Matías! (Pausa.) ¡¡Matías!!
¡Condenao! ¿Quiés dispertar,
ó vas á tenerme toda
la noche desazoná?
¡¡Pero Matías!!... ¡Rediós,
qué manera de soñar!
Vaya, que quites la mano,
si quieres dejarme en paz,
so pesao...
—¿Quién grazna ahí?
—¡La santisma Trinidá!
¡Vamos! ¿te espabilas?
—¡Hombre!...
¡Si no fuera porque estás
laztando á esa criatura,
y porque yo sé guardar
ciertas c nsideraciones

pa con tu seso... ¡mialás!
te daba los santos óleos
con una alpargata!
—¡Quiá!
—Está soñando uno cosas
que tienen pa uno la mar
de atraztivos, y sin que uno
se meta con nadie, vas
y le cortas á uno el hilo
de pronto en lo prencipal.
—Si no acionaras...
—Aciono
porque hace falta acionar
y porque uno cuando sueña
no se da cuenta de na
y procede sin saber
si obra bien ó si obra mal.
—¡De fijo que habrás soñao
alguna barbaridaz,
como acostumbras!
—Asuntos
de política, verás:
salía yo de afeitarme,
por una casualidaz,
de en casa de ese barbero
de la calle del Grafal,
cuando de pronto noté
que me daba por detrás
un hombre; conque volví
la cabeza pa mirar
y me encontré cara á cara

con Manolo *el Federal*,
que fué y me dijo al oído
con la voz entrecortá:
«¡Ya se ha armao la gordal» y esto
lo has debido tú notar,
porque en cuanto que lo dijo
prencipié yo á dar patás
de satisfación, y...
—¡Bueno,
déjame dormir en paz,
que no estoy pa sinfonías!
—Pues señor, que luego va
Manolo y me dijo, dice:
«¿Estás armao?» Á lo cual
yo le contesté: «¡Pa chascol»
y él me contestó: «Pues na;
si es que tienes lao izquierdo
y amas á Pi de verdaz
y á la coalición, arrea
pa alante, que hay que tomar
ahora mismo el menisterio
de Hacienda y la casa real,
entre yo, tú y otros cuantos
sujetos de autoridaz
y prestigio, como son:
Antolín *el Carrasclás*,
el Pocho, el Filimoquete,
el Escacharrao, Julián
y el Cascucia y el Guillamon
y catorce ú quince más
de este tenor; es decir,

personas de actividaz
y con menudillos.—Hombre,
yo no quisiera faltar
á la toma, pero ocurre
que hay una dificultaz
pa el caso», le dije yo,
y él me preguntó que cuál.
«Que no he cenao entoavía
y tengo debilidaz
en los órganos.» Entonces
levantó un remo de atrás
y me dió en la rabadilla,
ú hablando con propiedaz
en el hueso dulce, y dijo:
«No te quisiera faltar,
Matías, pero pa mí
que tú eres un charlatán
y un faltón que no posee
valor cívico ni na,
ni sabe lo que es decoro
ni pazto bilateral.
¿No dices á ca momento
que se encuentra detentá
del too la soberanía
del pueblo ú la nacional?
—¡Me se figura!—¿No dice
que aprecias á Pi y Margall
y que eres sinalamático,
y que hace falta cortar
muchas cosas, con idea
de que haiga fraternidaz?

¿No estás por la antonomía
del municipio, y no vas
presumiendo de que tienes
forro y enjundia?—¡Verbal!
—¡Tú qué has de tener, magoy!
—Eso se prueba, y en paz.
—¡Mentiroso!» Reasumiendo:
que Manolo *el Federal*
me tocó precisamente
la parte más delicá
de mi ser, que es lo que llama
too el mundo la diznidaz
del ciudadano; que á mí
me supo esta ación muy mal,
así al pronto, y que le dije
con la sangre más quemá
que el carbón de coke: «Mira,
ya estamos diendo á tomar
ahora mismo el menisterio
de Hacienda y la casa real,
pa que veas que los órganos
me se importan á mí na
diciendo que se me ofende
de cierto modo». Total,
que fuimos hacia Palacio,
y cuando íbamos á entrar
la ensuciemos, porque estaba
la guarnición prepará
y nos dijo un centinela:
«¡Alto! ¿Quién vive?» Á lo cual
fué y le contestó Manolo:

«¡¡Viva Rispa y Perpiñá!!»
Conque entonces suena un tiro,
se cae Manolo hacia atrás,
mortalmente muerto; sale
toda la guardia á tomar
parte en la ación; yo me atufo,
como era lo natural,
y prencipio ¡pum! ¡pum! ¡pum!
y no queda un melitar
más que el jefe; pero al jefe,
que estaba amilanao ya,
me le agarré de los pelos
y fuí y empecé á tirar
con rabia... cuando de pronto
me distes la manotá
en el brazo, que si no
me cuelo en la casa real
y proclamo la república
con la primer suavidaz,
y voy y te hago azafata.
¡Pero chica!... ¡Pues no está
roncando como un ceporro!
¡Anda, qué casualidaz!
¡Y sueña también!... ¡Tú, Braulia,
á ver si te quiés callar!

QUIEN QUIERA HONRA QUE LA GANE

—¿De modo que, según eso,
no sabe usté nada?
—No.
Como vivo en Valzopeque
desde la revolución,
y á aquel pueblo nunca van
cómicos, gracias á Dios,
me parece que no miento
si le digo á usté que estoy
en el limbo.
—Pues la cosa
para el hombre observador
y estudioso, como usté,
tiene rasgos de *mistó*.
—Sí lo creo.
—¡Los gazapos
que hay detrás de ese telón!
¿Se ha fijado usté en la tiple,
que tiene tan mala voz
y que parece un modelo

de limpieza y de candor?
—Sí, la Gómez.
—Pues la Gómez
está enredada con dos,
y esto sin contar con que Álvarez,
ese tan calaverón,
la paga el cuarto...
—¡Demontre!
Pero ¿es soltera?
—¡Hombre, no!
Casada.
—¿Pues y el marido?
—El marido es un pendón
que vive con la mujer
del segundo apunte.
—¡Oh!
—¡Vaya!
—Quien debe de ser
aplicado es el actor
que hace de gracioso.
—¿Pérez?
¡Es un chico muy precoz!
Gana diez duros de sueldo.
—¿Mensuales?
—¡Ca, no, señor!
Cada día. Verdad es
que tiene disposición
para todo: canta, toca
la guitarra y el fagot,
hace media con los pies
baila de punta y tacón,

y además dice *defezto*,
cáriz, *cólega* y *faztor*.
—¿Y hablando de esa manera
le pagan diez duros?
—Hoy
no se contrata por menos
ningún *Talmita* de pro.
Es costumbre; cualquier tiple
bonita y sin aprensión,
que no sepa, por supuesto,
distinguir el *si* del *do*,
trece duros. Un galán
que abuse del alcohol
y dé saltos en escena
y grazne, si hay ocasión,
diez cuando menos, y así
todos los demás. ¡Adiós!
—¿Quién es ese que saluda?
—Majagranzas, un autor
de varias obras francesas.
—¿Conque es francés?
—Español,
pero...
—Vamos, las traduce.
—Las trucida, que es peor.
Ahora acaba de estrenar
un *vaudeville* hecho *ad hoc*
para la característica.
—¡Esa sí que es superior
como mujer!
—De primera,

pero quita la ilusión
con eso de que al mortal
que la habla una vez ó dos
le pide un par de pesetas.
—¡Qué poca vergüenza!
—No
es un vicio de la sangre.
—¡Pobrecita!
—Sí, señor.
Pero entremos en el palco,
que levantan el telón
y quiero que vea usté
trabajar á Monturiol,
ese barítono nuevo
que hace aquí tanto furor.
—Cantará bien.
—¿Que si canta?...
¡Tiene una preciosa voz
para trapero'.....
. ...
Esto hablaron
Mendruguillo, el escritor,
y un sujeto que tenía
pinta de melocotón,
y al oir aquella serie
de *cosazas* pensé yo:
quien quiera un pedazo de honra
que se la pida á estos dos.

EXAMEN DESGRACIADO

I

—¡Don Lucio Barragán, alias *el Chichil*
—Aquí está un servidor.
—Tome usté asiento.
—¿Dónde?
—Junto al estrao.
—Con el permiso.
—Póngase usted la boina.
—Gracias.
—Bueno.
¿Qué hay que hacer?
—Pues na; yo, como usté sabe,
vengo á desaminarme pa el ingreso
en la sección de asuntos suterráneos,
si es que tengo aztituz, que sí la tengo,
me se figura á mí, por más que sepa
que no está bién el alabarse...
—Ruego
al señor Barragán que se contraiga
y no sea tan lato ú tan estenso,
porque han tomao la vez otros alugnos

y no está el tribunal pa gastar tiempo
escuchando gansás, que no le importan
ni un pepino.
—¡Gachó, pues vaya un genio!
– Relátenos usted su historia artística,
si puede ser con brevedaz y aseo,
pa no molestar mucho.
—Pues prencipio.
Yo, el año antepasao tenía un puesto
de paraguas de seda á ocho y diez reales,
en la plaza del Rastro; pero viendo
que ya la industria paragüera estaba
cuasi como quien dice por el suelo,
y que si continuaba en el negocio
iba á perder un día hasta...
—Lo creo,
pero haga usté el favor de no estenderse,
que me pisa usté un callo.
—En vista de esto
y de que yo he tenido dende joven
la primer afición por los ojectos
de propiedad ajena, entré en el arte
y empecé á trabajar al menudeo
con algún resultao, aunque por falta
de instrución y de cárculo me dieron
más de cuatro morrás.
—Me lo figuro,
porque también á mí me han dao pa el pelo.
Son gajes del oficio, de los cuales
no está libre en el mundo ni el más périto.
–Sí, pero gajes que molestan algo

si lo mira usté bien.
—Ya lo comprendo.
¿Y ha ido usté muchas veces á la sombra?
—Pocas, porque hay un delegao que es medio
pariente de mi hermana, y me protege,
no sólo por cuestión del parentesco,
sino porque si *rasco* algún capricho
de gusto y de valor, voy y le osequio.
—¿Y lo azmite?
—¡Pa chasco! Es él un hombre
muy delicao, pa hacerme á mí un desprecio,
ni á nadie.
—¿Qué registro del *afano*
es el que toca usté?
—Pues toos, esceto
el que dirige el dizno presidente.
—Muchas gracias.
—He sido *descuidero*,
chinador, *espadista*, de la *mecha*,
verifico el *atraco* y el *bicheo*
y domino el *tirón*.
—Perfeztamente.
—Y muy pocos tendrán, como yo tengo,
juntos los requisitos que se esigen
pa ejecutar trabajos de algún mérito,
y que son á saber: poca vergüenza,
tazto, pupila, pies y lao izquierdo.
Por algo me habrá dao en cuatro meses
la facultaz seis díplomas.
—Too eso
está muy bien hablao, pero procure

no hurgarse las narices con los dedos.
—Es costumbre.
—No importa.
—¿Ni por fuera?
—¡No, señor, ni por fuera ni por dentro!
—¡Ay, qué gracia! ¿Por qué?
—Porque es un azto
impropio de este sitio.
—¡Como veo
que se está ustez quitando la alpargata
y rascándose el pie!...
—Porque yo puedo
hacer lo que me sale del estómago,
¡so plazo de venao! ¡Pues hombre!...
Bueno;
mire usté, señor Pepe: como artista
le azmiro á usté, le acato y le venero,
porque es usté una gloria; pero ¡vaya!
como hombre, primeramente ofendo
á su mamá de usté, que en paz descanse,
y en seguida le rompo á usté dos huesos
de un órgano cualquiera.
—¡Quiá!
—¡Palabra!
Na más que pa que guarde usté recuerdo
de un servidor de usté...
—Mejor sería
que respetara usté...
—¿Quién? ¡Yo respeto
cabezas de gorrión.
(El presidente

dirigiéndose al público): —Teniendo
que salir al corral un breve instante
pa mascarle la nuez á este muñeco,
suplico á los alugnos que se sirvan
no ensuciar el salón mientras yo vuelvo.
¿Sus habéis enterao?
—Sí.
—Pues andando.
¡Arree usté pa alante!
—¡Ay, qué salero!
—¡Que arree usté pa alante!
—¡Si era en broma.
—¿Arrea usté pa alante, ú le reviento?

II

—Le he dao á usté dos golpes en el ojo
de la izquierda, na más que con ojecto
de probar ante toos que aún hay ancianos
que tienen los calzones muy bien puestos,
y de que vea usté que la fanfarria
no va á ninguna parte.
—Hombre, es que un hecho
aislao no es suficiente pa probarlo,
me se figura á mí.
—Pues bajaremos
otra vez al corral, y de ese modo

serán dos.

—Señor Pepe, no es mi intento
agraviar á la dizna presidencia;
yo emito mi opinión pero, comprendo
que puedo estar errao muy fácilmente,
porque ninguno es papa.

—¡Claro!

(En esto,
el noble presidente, irritadísimo,
golpea con los cascos en el suelo
y exclama dirigiéndose al concurso
con acento viril):—¿Quién es el cerdo
que se conduce aquí como si fuera
el salón muladar ú estercolero?
Varias voces:—¡Ha sido el Alicáncano!
—¿Están ustés seguros?

—Por lo menos
tenemos la sospecha.

—¡Basta! Echarlo
ahora mismo á patás del aposento,
porque es fácil, si no, que me se suba
la sangre á la cabeza y la ensuciemos.
—¡Señor Pepe!...

—¡Á la cuadra! (Pausa.) *Al Chichi:*
—Habíamos quedao, en el momento
de lesionarle á usté, si no me engaño,
en que usté se dedica á toos los géneros;
es decir, que *bichea, tira, atraca,*
china, ejecuta el *dos, rasca* al encuentro
y hace usté moltituz de operaciones
con tanta habilidaz como el primero.

¿No es eso?

—Sí, señor.

—Muy bien; entonces
sírvase usté explicar lo que es *bicheo*.
—Con permiso de usté, yo no he venido
precisamente á esaminarme de eso,
ni hace falta.

—¡Reconcho!

—No hace falta,
porque es como si á un cura, por ejemplo,
le esigieran saber jugar al tute
pa ir á dar los Santísimos Sacramentos.
—¡Valiente comparanza!

—Sin embargo,
como usté al fin y al cabo es un maestro
dizno de que too el mundo le respete
por su trato, su edaz y su talento,
contestaré con gusto á sus preguntas
aunque se salga usté fuera del tiesto
con alguna pamplina.

—Ese lenguaje
ya prueba más cultura y más respeto.
—Pues bien, por *bichear* se entiende el acto
de ir á una platería con pretesto
de comprar una alhaja cualisquiera,
pa hacer con ella tal ó cual osequio,
y sacarla de gratis, sin que el amo
se la regale á usté.

—Pero el *bicheo*
¿cómo se verifica?

—Se ejecuta

arrempujando así con este dedo
y echándose en la manga aquella cosa
que le llena á usté el ojo.

—Y si el platero
se jama la partida y tié el capricho
de salir por guantás, ¿qué hace usté?

—Creo
que si llegara á verme en ese caso
haría, sobre poco más ó menos,
lo que hice en el corral: tomar la puerta,
porque yo sé muy bien lo que es mi genio.
—Corriente. Y pa el tirón ¿qué es necesario?
—Talones y quinqué.

—¿Na más?

—Y pecho.

—¿Y fuerza no hace falta?

—Como falta...
pa tirar de un tranvía ya lo creo;
pero pa echarle mano á cualquier prenda
de esas que están colgás en los comercios,
sobra la de un mocoso, señor Pepe;
salvo lo que usté diga

—Estoy de acuerdo.
Levántese usté ya La presidencia,
que sabe distinguir dónde está el mérito,
le aprueba á usté ahora mismo.

—Muchas gracias
y acete usté ese puro.

—Se lo aceto,
por más de que es mediano, pa que vean

lo servicial que soy.

—Ya lo sabemos.

¿Conque estoy aprobao?

—Hasta las cachas.

—Entonces, ¿cuándo?...

—¿Qué?

—¿Qué cuándo empiezo
á maniobrar en las cuestiones húmedas
del alcantarillao?

—¡Anda, salero!
¡Si tié usté que esperarse entodavía
ocho ú nueve ú diez años!

—¿Cuántos?

—Esos.
Como que hay azmitidos treinta y siete
pa la primer vacante.

—So cabestro,
¿y por qué no hace usté las azvertencias
antes de prencipiar?

—Porque no quiero.

—¿Sí? Pues deme usté el puro.

—Y un canario.

—¿Que no me da usté el puro? ¡Ya lo creo!
¡Pero cómo, en seguida!

—Usté tié ganas
de perder esta tarde el ojo ileso.

—No hay quién.

—Pa mí que sí.

—Se necesita
tener bastante enjundia pa hacer eso,

y usté es un poco blanco.

—¿Sí? ¡Pues toma!

—¡Ay!

—¡Granuja!

—¡Ladrón!

—¡Gallina!

—¡Méndigo!

(Relinchos, *bofetás*, interjecciones...
y perdonen *ustés* este buñuelo.)

A GUISA DE EPÍLOGO

No trato á Lopez Silva, jamás he cruzado una palabra con él; no le he visto en ninguna parte, y. sin embargo, somos amigos. *¡Pa chasco* que no lo fuésemos!

Hé aquí las «fuentes de conocimiento» de la amistad que me une al inimitable autor de *Migajas* y *Los barrios bajos.*

Desde que Cervantes me roció el espíritu con la esencia ideal de Sancho Panza, y desde que Rabelais me zabulló en el fragante océano de Gargantúa, Pantagruel, Panurgo y demás divinos compañeros, el olor del pueblo ha sido siempre para mí el más exquisito de los perfumes.

Desde entonces ha llovido mucho, y se ha secado la lluvia y ha vuelto á llover, lo cual no ha empecido que yo continúe impávido en mi puesto, cada vez más convencido, más devoto cada vez de esos dos colosos, en cuyas

obras me refugio como en un oasis, porque me sirven de desinfectantes y profilácticos contra el moderno *patchouli* y las obsesiones *degeneratorias* de guardarropía á lo Max Nordau, ese inmenso degenerados.

Creo en Dios y en la belleza artística, por lo cual creo que lo más pulcro y decente de este mundo resulta, si está mal escrito, indecente y guiñaposo, mientras que las porquerías más colosales son eternamente hermosas cuando llevan impreso el estilo de una pluma genial.

Para que nadie se llame á engaño, declaro ante el rostro pudibundo de D Emilio Castelar y el ominoso castellano de D. Pompeyo Gener que *La Terre* de Zola, juzgada por los pulcros un pozo de inmundicia, me parece á mí, considerada literariamente, dechado de pureza, de limpieza, de belleza y de castidad, y que la tengo por la obra maestra de las obras maestras del maravilloso novelista francés.

Y ahora que me digan·

—¡Así discute
cualquier mula de varas, Efrigenio,
pero no un hombre dozto!

como dice al Efrigenio, en *Los traperos en el Centenario*, un conspicuo de la *dozta* corporación.

Es cuestión de gustos. Oigan ustedes á Cas-

telar, contestando á Echegaray, en la recepción de éste en la Academia Española:

«...y luego monte el carro de que tiran las horas, y en torno de cuyas ruedas bailan las Musas, despidiendo poco después de los cálculos y los números alienados en papelotes de covachuelistas, desde su áurea cítara, compuesta con cuerdas de luminosos rayos, cual un dios Apolo descendido del Parnaso, las más dulces y concertadas armonías, en unas metamorfosis, como nunca Ovidio las soñara...»

Habrá muchos que se extasíen oyendo este aluvión de vocalizaciones literarias, vamos al decir.

Pues bien, á mí me asfixian hasta tal punto que, para reponerme, necesito abrir *Los barrios bajos* y bañarme en esto:

—Su señoría
es un morral vendido á los burgueses,
que no quedrá tomarse, de seguro,
cuatro golpes conmigo á la intemperie.
—¡Y cuarenta y dos mil!
—¡Mentira!
—¡Á verlo!
—¡Granuja!
—¡Sin vergüenza!
—¡So castrense!

Cuestión de gustos, no lo olviden ustedes.

Con estos antecedentes comprenderá cualquiera que López Silva se apoderase de mí en

cuanto leí una poesía del autor de *Migajas* y *Los barrios bajos*.

El primero de dichos libros se publicó en 1890; el segundo se ha puesto á la venta hace un mes. El autor ha tenido la felicísima idea de reunir en ambos tomos las composiciones poéticas que andaban diseminadas por esos periódicos de Dios, por lo cual el lector puede ahora saborearlas dulcemente y tenerlas á mano para destruir las miasmas que arrojan la prosa Meneses y el verso Christofle.

Asimilarse la naturaleza del pueblo bajo y presentarlo sin ridículos afeites, atractiva y elocuente en su rudeza brutal, es obra para la cual se necesita un poeta de cuerpo entero, escritor gallardo, corriente y fácil, y finísimo observador.

López Silva pertenece á ese número de elegidos de la Musa, y posee tal potencia de asimilación, ha sabido penetrar tan magistralmente en ese rincón de la naturaleza popular que resulta sencillamente el creador de un género.

Nadie, antes que el autor de *Migajas* y *Los barrios bajos*, había fundido, que yo sepa, en el molde de la poesía, que es, ante todo, distinción y elegancia, cuanto de más soez se halla en el temperamento de la gente *interlope;* y nadie, sobre todo, había logrado dar tan soberano relieve á las escorias del idioma, idealizándolas con una forma poética que conserva

intacta la brutalidad del fondo, y lo despoja de toda grosería, como un nimbo purificador.

López Silva hace pensar en voz alta á sus personajes. Ellos describen la escena; ellos pintan los accesorios; ellos exhiben sus pasiones; y en la inmovilidad á que les condena el poeta hay tal animación, el alma de bronce se exhala con naturalidad tan seductora, que el lector asiste á una escena íntima, y puede examinar aquellos cuadros de género verdaderos, típicos, saboreando sus más nimios detalles.

Hombres y mujeres, ratas, ladrones, mendigos, obreros, gandules de profesión, Celestinas, Mesalinas de vuelo bajo, toda la Corte de los Milagros de Madrid desfila ante la máquina de López Silva, que los clava allí, como los entomólogos clavan los insectos, y hace luego su autopsia con una verdad y un gracejo incomparables.

Á veces, y para dar mayor solemnidad al *azto*, elige el romance heroico, el verso endecasílabo; y aquella hinchazón de la frase, aquella caricatura de la oratoria que sale de los labios de cualquier destrozón como una oleada de lirismo, adquiere grandeza cómica irresistible, atrae las carcajadas y encierra casi siempre una lección.

Consciente ó inconscientemente, López Silva tiene á mano la enseñanza moralizadora, y

no hay sino fijarse con detención en demostrar que el pueblo está sujeto á caer en los mismos extravíos de los burgueses, á quienes ataca sin cesar.

Otras veces pinta con admirable energía el fondo de sumisión bestial que caracteriza á la mujer del pueblo, tanto más enamorada, cuanto el amante la desprecia más.

Una madre que está por lo positivo, increpa á su hija porque ésta mantiene á un gandul que le hace mil perradas. Los consejos de la madre se dirigen á que la muchacha entregue sus hechizos á quien pueda mantenerla. La chica se niega terminantemente, y la madre, fuera de sí, increpa á su vástago en términos durísimos. El diálogo termina del siguiente modo:

—La culpa
la tiene quien se interesa
por animales, sin pizca
de educación ni vergüenza.
¡Así te reviente!
Bueno.
¿Y á usté qué, si me revienta?

Este último verso es de mármol; tiene la concisión, la rudeza y la verdad del temperamento popular, y encierra en sus siete palabras toda la rebeldía del alma y el arraigo que tienen en el corazón de la gente del bronce las pasiones amorosas.

Citar ejemplos, tratándose de López Silva

es asunto muy difícil, porque sobre que sus composiciones forman sendos cuadros que hay que abarcar en conjunto, son todas tan ricas de color, tan sugestivas, que no se sabe en cuál de ellas ha de fijarse la atención.

Pero como muestra admirable de la soltura de mano del poeta, no resisto al deseo de copiar aquí el principio de un boceto que es una obra maestra de naturalidad:

—¡Melitón!
—¿Qué?
—Vamos, hombre,
sácate el ganao y engancha
si es que quieres. Y tú, Lucio,
á ver si arreglas la baca
y metes en un momento
toos los envoltorios que haiga.
—Voy.
—¡Pues no sus cuesta poco
trabajo mover las patas!
Veis que hay en el parador
la mar de gente que aguarda
que salga el coche, y vosotros
como si no viesais nada.
—Bueno, calle usté.
—En diciendo
que no sus da la real gana
de trabajar, ni Dios padre
sus despabila... ¡Sí, canta,
piazo de burro, y verás
cómo te pongo la cara
de mamporros!... ¡Eh, señora!
Pero, hombre, ¡qué poca lacha!
Ya podía usté haber hecho
esa operación en casa.

¡O es que á usté se le figura
que es el patio alguna cuadra? (1)

¡Qué belleza! ¿eh? Así escribe versos López Silva, poeta y observador, como he dicho antes, poseyendo el golpe de vista para coger el lado interesante de la situación; y una pluma que se desliza fácil y corriente, limpia, provocativa y audaz como una chulapa, sin desquiciarse histérica, sin buscar color á diestro y siniestro, ni hacer sufrir á la sintaxis esos ataques epilépticos que están pidiendo á voces la ducha de agua fría ó la paliza soberana.

Migajas y *Los barrios bajos* están llenos de primores así, son dos pequeños museos donde están expuestos los cuadros pintados por López Silva, y constituyen verdadera y regocijada etnología del pueblo bajo de Madrid.

Refúgiense en esos museos quienes no gusten del insoportable hedor que despiden las *cocottes fanées* de la literatura y de la poesía, y allí aspirarán oxígeno puro y sentirán dilatarse los pulmones.

Yo lo he hecho tantas veces y me ha sentado tan bien, que este insignificante boceto de López Silva es para mí el cumplimiento de una sagrada deuda de admiración y de gratitud.

Antonio Peña y Goñi.

(1) *Migajas.—Boceto.*

ÍNDICE

	Páginas.
Epístola...	1
El gavilán y la paloma	3
Meeting de protesta	11
Seguidilla	15
Consulta	17
Plancha	23
Quisicosa	29
En el meeting	31
En el teatro	37
Saetita	41
Del natural	43
Lances del juego	49
Consejo	53
La boda de la Milagros	55
En el andamio	61
¡Pérez!	65
Después del veraneo	73
Soliloquio	79
Á uno	83
Una conquista	85
Tiempo perdido	91
Á Procopio Ruiz	97
Los traperos en el Centenario	101

Páginas.

El teatro por dentro..... 107
Un arreglo..... 113
Cosas de ellos..... 117
La vuelta de presidio..... 123
Entre amigos..... 129
Cosa corriente..... 135
Groserías..... 139
Chismorreo..... 147
Sermón perdido..... 153
Migaja..... 157
Juerga..... 159
La vocación..... 163
Vecino..... 169
Un valiente..... 173
Un carácter..... 177
El día de Difuntos..... 181
Cuestión de honor..... 187
En la taberna..... 191
La carta del Truchuela..... 195
En la barbería..... 199
El matute..... 205
El atraco..... 211
El sueño de una noche de verano..... 217
Quien quiera honra que la gane..... 223
Examen desgraciado..... 227
Á guisa de epílogo..... 237

306633

Author López Silva, José

LS

Title Migajas. Ha.2.

L8647mi

DATE.

NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED